

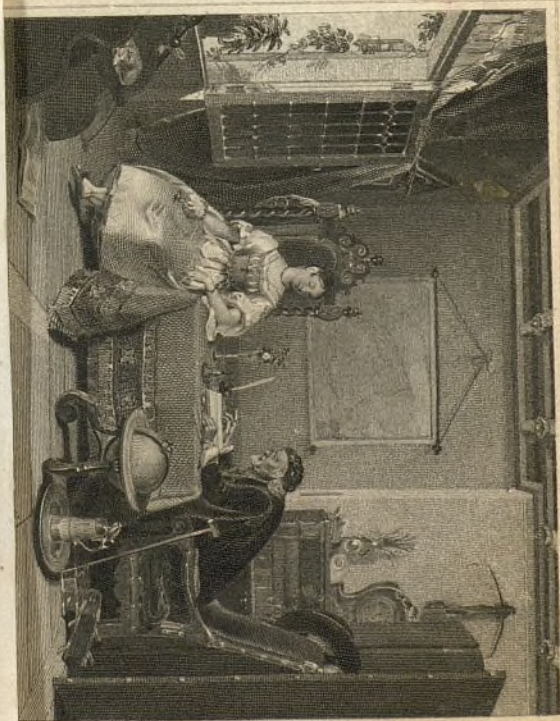
EL AGUINALDO.

AYUNTAMIENTO DE MADRID

SECRETARIA

OFICINA DE LA SECRETARIA

AYUNTAMIENTO DE MADRID



Ayuntamiento de Madrid

EL
AGUINALDO

PARA EL AÑO

DE

1839.



FILADELFIA:

CAREY, LEA, & CAREY.

SE VENDE EN NEW-YORK POR C. DE BERR.

13

A GUIN ALDO

PARA EL AÑO

DE

1888

EMBAJADA

CARREY, EMB. & GARREY

NO VENDRE EN NEW YORK POR



PREFACIO.



OFRECEMOS al ilustrado publico Americano el primer numero del *AGUINALDO*, con la confianza mas fundada de su proteccion, por que hemos procurado consultar su gusto en esta clase de escritos, y ademas, por estar seguros, de que los sujetos encargados de él, harto bien acreditados por sus conocimientos y buenas disposiciones para ello, han llenado nuestras miras y deseos á satisfaccion.

No nos detendremos en ilustrarle sobre la naturaleza de la obra. Su solo titulo *El Aguinaldo* puede ser para los que saben definir esta voz, el mas perfecto comentario que pudiera hacerse de élla, y su lectura dira mejor, que lo podiamos hacer nosotros, lo que baste sobre el acierto, el gusto y la eleccion de las materias y sobre los esfuerzos que se han hecho para darles interes y golosina, evitando las dificultades que se presentaban por la variedad de paladares y de principios, que era necesario contentar. Por esto, no se ha omitido trabajo alguno para complacerle, ni se ha dejado de buscar en la preferencia que de ordinario da el

A *

publico á ciertas piezas, la regla y pauta que se debian seguir en la eleccion de las traducidas y originales. Igual esmero se ha empleado en escoger las laminas, que por si propias, explican su merito en el dibujo y gravado: Todas éllas son de los profesores mas sobresalientes de nuestra epoca, especialmente la que tiene por nombre, *Le chapeau de paille*, cuyo original es una de las obras de mas merito del celebre Rubens.

Nos lisongeamos pues, de que la amenidad de los muchos articulos que contiene este libro, proporcionara á sus lectoras un entretenimiento el mas agradable, con especialidad, durante los dias de Pascua, tiempo el mas oportuno para su publicacion.

Filadelfia, 1º de Octubre de 1828.

INDICE

DE

LAS LAMINAS.

Página.

FRONTISPICIO.

LA LECTURA FASTIDIOSA, gravada por DURAND, y copiada del cuadro original de Newton, de la propiedad del caballero Philip Hone de New York	1
YSCHIA Y PROCIDA, dibujada por BATTY, gravada por KEARNY	31
LA DAMA Y SU MIRLO, dibujo de NEWTON, gravada por LONGACRE	61
EL PODER DEL AMOR, gravada por DURAND,	95
LA CLARIDAD DE LA LUNA, gravada por ELLIS de la pintura original de ALLSTON	125
EL AMIGO FIEL, dibujada por BOADEN, gravada por ELLIS	157
ATENAS, delineada por GREG, gravada por LANG	196
CHAPEAU DE PAILLE, de RUBENS, gravada por HUMPHREYS	233
¿NO RESPONDE V.? dibujada por FARRIER, gravada por KEARNY	271

INDICE

LAS TABLAS

INDICE.

	Pagina.
<i>El Aguinaldo</i>	1
<i>La Lectura Fastidiosa</i>	5
<i>Alcandro y Septimio</i>	7
<i>Soneto á Melendez</i>	13
<i>Los Quince Años</i>	14
<i>Canova</i>	18
<i>El Caracol</i>	28
<i>Anacreontica</i>	29
<i>Yschia y Procida</i>	31
<i>La Luciernaga</i>	35
<i>Dialogo entre Hernan-Cortes y Washington</i> .	6
<i>Soneto</i>	41
<i>El Lobo y los Cuervos</i>	42
<i>Rasgo Heroyco</i>	43
<i>Idilio</i>	54
<i>La Esperanza</i>	57
<i>Epitafio á Dafne</i>	59
<i>Soneto</i>	60
<i>La Dama y su Mirlo</i>	61
<i>La Lechuza</i>	64
<i>Virginia</i>	65

<i>Los Asnos letrados</i>	74
<i>Epigrama</i>	77
<i>Historia de Chorluly Ali Bacha</i>	78
<i>El Honor</i>	84
<i>La Letra de Cambio</i>	86
<i>A Emilia ausente</i>	90
<i>La Consulta</i>	91
<i>A un Justo</i>	94
<i>Himno al Amor</i>	95
<i>El Intrigante</i>	96
<i>Zelos</i>	116
<i>Epigrama</i>	117
<i>Napoleon</i>	118
<i>Soneto</i>	124
<i>A la Claridad de la Luna</i>	125
<i>El Camaleon</i>	129
<i>Historia del Padre Ignacio</i>	130
<i>El Amigo fiel</i>	157
<i>A una Poeta</i>	159
<i>El Hombre y la Mosca</i>	160
<i>Anacreontica</i>	161
<i>La Meca, ó el Peregrinaje de los Mahometanos</i>	162
<i>La Garza</i>	170
<i>Mi Viage á Ermenonville</i>	171
<i>A una Rosa</i>	181
<i>El Sepulcro</i>	183
<i>Epigrama</i>	185
<i>La Venganza Honrada</i>	186
<i>El Gilguero</i>	195

A un
Atena
Morat
Al Sc
El D
El O
El C
Ruben
Trad
A Ca
Al An
A la
La F
El A
Henri
El N
El P
Las
Los
Los a

INDICE

xi

74	<i>A un Pctimetre</i>	196
77	<i>Atenas</i>	197
78	<i>Moratin</i>	208
84	<i>Al Schuytkill</i>	225
86	<i>El Destierro</i>	226
90	<i>El Otono</i>	229
91	<i>El Corderillo</i>	232
94	<i>Rubens</i>	233
95	<i>Traduccion de Horacio</i>	241
96	<i>A Candida. Cancion</i>	243
116	<i>Al Amor</i>	245
117	<i>A la Muerte. Soneto</i>	247
118	<i>La Partida</i>	248
124	<i>El Asno del Librero</i>	255
125	<i>Henrique IV.</i>	257
129	<i>El Naufragio</i>	267
130	<i>El Pastor Desdenado</i>	268
157	<i>Las Bodas</i>	271
159	<i>Los Dias á Pancha</i>	284
160	<i>Los dos Ingleses</i>	287
161		
162		
170		
171		
181		
183		
185		
186		
195		

242	San Esteban
243	San Esteban
244	San Esteban
245	San Esteban
246	San Esteban
247	San Esteban
248	San Esteban
249	San Esteban
250	San Esteban
251	San Esteban
252	San Esteban
253	San Esteban
254	San Esteban
255	San Esteban
256	San Esteban
257	San Esteban
258	San Esteban
259	San Esteban
260	San Esteban
261	San Esteban
262	San Esteban
263	San Esteban
264	San Esteban
265	San Esteban
266	San Esteban
267	San Esteban
268	San Esteban
269	San Esteban
270	San Esteban
271	San Esteban
272	San Esteban
273	San Esteban
274	San Esteban
275	San Esteban
276	San Esteban
277	San Esteban
278	San Esteban
279	San Esteban
280	San Esteban
281	San Esteban
282	San Esteban
283	San Esteban
284	San Esteban
285	San Esteban
286	San Esteban
287	San Esteban
288	San Esteban
289	San Esteban
290	San Esteban
291	San Esteban
292	San Esteban
293	San Esteban
294	San Esteban
295	San Esteban
296	San Esteban
297	San Esteban
298	San Esteban
299	San Esteban
300	San Esteban

EL AGUINALDO.

ES el idioma Español
De un énfasis tan marcado,
Que hay veces que una voz sola,
Encierra sentidos varios.
Del árabe y del latín
Este primor ha heredado,
Y el genio y clima despues
Lo han con el tiempo aumentado.
Sirva de prueba este libro,
Cuyo título, *Aguinaldo*,
Es voz que expresa mil cosas,
Que no trae el Diccionario.
Dice éste (y es lo menos)
Un don de pascua ó regalo.
Mas tambien, quiere decir,
Amistad, recuerdo grato,
Presente, memoria, afécto,
Y al afecto, añade *algo*.

Marca ademas, un motivo,
Que se entiende sin nombrarlo,
Y que por las circunstancias,
Es facil adivinarlo.

Explica una *quisicosa*
Que no expresan los vocablos ;
Un sentimiento sin nombre,
Pero bien significádo;
Pues la magia de la lengua
Dá á la palabra *Aguinaldo*,
A mas del *don*, una prenda,
Que suele venir por álto.
Muchas mas cosas denóta,
Y aunque lo háce callando,
No por eso se le queda
Una siquiera en el sáco.
Algunas dice á las niñas,
Otras dice á los muchachos,
Que con cagétas y golpes,
Andan aguinaldeando.
A las Damas dice muchas,
Ninguna se ha equivocado;
Y no hay memoria hasta hoy,
Desde los tiempos mas altos,
Que el aguinaldo que á una,
Dice *amor*, haya dejado
De ser tan bien recibido,
Como el que dice, regalo.
Cuando gratitud, se quiere

Mostrar con este vocablo,
Unos guantes ó una cinta,
Suelen darse de aguinaldo.
Si esperanza explica, yá
Viene algo mas concentrado,
Y con un rico brillante
Se indica el significado;
Pues aunque se hálle lejos,
El objeto suspirado,
Aquel don, denota bien,
El *porvenir* deseado.
Todo lo bueno que ha habido,
Precioso, rico, estimado,
Tódo, bajo aquesta voz
En la pascua se ha explicado;
Menos las letras y libros
Que por tál, nunca han pasado
Por que siempre se ha creído,
No eran de Damas regalo.
Mas las Señoras del día,
Enmiendan el diccionario,
Y las ciencias y las letras
Las declaran *aguinaldos*.
Apreciandolas aun mas
Que las joyas y brocados,
Pues saben bien que el *saber*,
Es su mas precioso ornato.
Por eso los libros son,
La vez primera este año,

Que de aguinaldo se dán
En un mundo que es mas sabio:
Las Señoras los reciben
Como tal y aprecian tanto,
Que un libro de pascuas corre
En tertulias y en estrados;
Y no como quiera, corre,
Sino que se vá buscando
Como se buscaban antes,
Los abanicos y lázos.



LA LECTURA FASTIDIOSA.

LETRILLA.

Mi padre pensaba
(Es un pobre viejo)
Que cuando el leía
Yo estaba atendiendo :

Ya se vé....era justo,
No me apárto de eso,
Y así yo lo hacia
Allá en otro tiempo.

Más, tengo veinte años,
Poco mas ó menos,
Y si hablan de afuera
Me llaman de adentro.

Cualesquiera sabe
Donde iré primero,
Si al padre que lee,
O á mi mismo pecho.

LA LECTURA FASTIDIOSA.

Yo no tengo arbitrio
Ni hacerme dos puedo,
Acúdo á natura
Que no deja medio.

Mas en vâno sigue
Su merced leyendo:
Alabo sus miras
Y á mi amor atiendo.

La razon no alcanza
A arreglar bien esto,
Pues es menos fuerte,
Que os sentimientos.

ALCANDRO Y SEPTIMIO.

Sperare miseri, cavete felices.

Mucho tiempo despues de la decadencia del imperio romano, todavia se consideraba á Atenas, como el emporio de las ciencias, del gusto y de la sabiduria. El Ostrogodo Teodorico restableció las escuelas que la barbarie habia destruido, y volvió á los sabios, las distinciones y recompensas que los gobiernos avaros les habian quitado.

Por aquel tiempo fué, cuando Alcandro y Septimio se conocieron siendo condiscipulos en Atenas. La fama de éste, como el dialectico mas habil del Liceo, y la del otro, como el orador mas elocuente de la Academia, causó en ellos una admiracion reciproca, á la cual se siguió luego la amistad mas pura. Gozaban con corta diferencia de una misma fortuna, tenian la misma edad, y habian nacido, Alcandro en Atenas y Septimio en Roma, las dos ciudades mas celebres del mundo en aquella epoca.

Vivieron mucho tiempo en medio de una dulce tranquilidad ; mas viendo Alcandro, que habia gastado la mayor parte de su juventud en la indolencia filosofica, juzgó que ya era tiempo de entregarse á

los negocios y las virtudes sociales, y el primer paso que para éllo dió en la carrera del mundo, fué pedir la mano de Hypáta, joven Ateniense de rara belleza. Fijose el dia del himeneo, se hicieron todos los preparativos, y solo faltaba conducir en triunfo la tierna esposa, al lecho del enamorado Alcandro.

El delirio de éste en la proximidad de los momentos de su dicha, ó mas bien, la amistad, no le permitian gozar de una alegría perfecta si Septimio no era testigo de su union. Resolvió pues presentarle á Hypáta, y lo hizo con todo el regocijo de un hombre que siente á un mismo tiempo, las delicias de la amistad y la embriaguez del amor. Mas no bien hubo visto Septimio á la interesante Ateniense, cuando se sintió inflamado de una pasion involuntaria, y aunque hizo los mayores esfuerzos por reprimir sus imprudentes é injustos deseos, las emociones violentas de su alma, le postraron al fin con una fiebre ardiente y un delirio, que los medicos juzgaron incurables.

Alcandro, durante aquella enfermedad, quiso asistir y velar á su amigo é indujo á su amada á que le acompañase á este efecto, lo cual muy luego hizo conocer á los facultativos, que solo el amor era la causa de la enfermedad del joven Romano. Instruido Alcandro de aquel descubrimiento, logró á fuerza de continuos ruegos el que su desgraciado amigo se declarase abiertamente.

Es imposible describir lo que el alma de Alcandro padecía, ni sus combates entre el amor y la amistad; baste decir, que los Atenienses habian llegado á una tal sublimidad de moral, que muy á menudo les hacia excederse en todas las virtudes. En una palabra, Alcandro olvidando su propia dicha cedió á su amigo la mano de su adorada Hypáta; se casaron en secreto y con aquel cambio de fortuna muy pronto se halló restablecido el Romano y pudo ponerse en camino para su patria acompañado de su esposa. Llegó á Roma, dedicose á cultivar los talentos que habia adquirido en Grecia, y muy pronto ascendió á las primeras dignidades del imperio y al cargo de pretór.

Durante aquel tiempo, no solo atormentaba á Alcandro la separacion de su amigo y su amada, sino tambien el pleyto que los parientes de ésta le formaron, haciendo ver que la habia cedido vilmente y aun vendido por dinero. Todas las apariencias eran contra él y casi llegó á probarse el crimen: Fue vana entonces toda su elocuencia contra el partido contrario que era poderoso y que al fin ganó la causa. De consiguiente, fué condenado á pagar una indemnizacion inmensa, y hallandose sin caudal suficiente, lo despojaron de sus vestiduras de hombre libre y lo espusieron en la plaza publica para ser vendido con otros esclavos.

Un mercader de Tracia compró al desgraciado Ateniense y lo condujo con algunos otros compañeros de infortunio á una comarca salvaje y esteril,

donde le encargaron de guardar el ganado de un dueño imperioso y bárbaro. Su unico alimento, se componia de lo que cazaba en los bosques.

Cada dia se aumentaban las fatigas y el hambre, y á cada cambio de estacion se agradaban sus sufrimientos y miserias. Al cabo de algunos años servidumbre tan penosa, halló la ocasion de escaparse, la aprovechó con ansia y despues de haver caminado durante muchas noches y pasado los dias oculto en las cavernas, pudo llegar al fin á Roma.

El mismo dia que Alcandro llegó á aquella capital del mundo, se dirigió al foro y tuvo la satisfaccion de ver á Septimio presidiendo un tribunal y administrando justicia. El desgraciado Ateniese se apresuró á entrar, esperando ser reconocido al instante y abrazado publicamente por su amigo, pero a pesar de haber permanecido algunas horas con su vista fija en el pretór, no pudo conseguir llamar su atencion, pues era tal la mudanza que se habia verificado en toda su persona, que era imposible conocerle. Aguardó á que concluyese el tribunal, mas al irse á acercar a la silla de Septimio, fué repelido brutalmente por los lictores.

Los cuidados del pobre hacen que su imaginacion pase rapidamente de un objeto triste, á otro mas desagradable. La noche se acercaba y Alcandro se vio obligado á buscar un abrigo á su miseria, por que los andrajos que le cubrian y su semblante triste y desesperado, impedian que ningun ciudadano le ofreciese asilo. Creyendo que seria muy expu-

esto el acostarse en la calle, tomó el partido de retirarse á una de las tumbas que se hallaban fuera de las murallas de Roma, las cuales se habian vuelto ya la mansion de la desgracia, del crimen y de la desesperacion. Luego que llegó á aquel retiro horroroso, apoyó su cabeza sobre una urna que vio volcada, y un sueño ligero vino á suspender por algun tiempo los tormentos de su miseria, hallando sobre aquella almohada de piedra, lo que un plumon no procura á los que el remordimiento atormenta.

Poco mas sería de media noche, cuando llegaron dos ladrones cerca del parage en que estaba Alcandro, y habiendose suscitado entre ellos una renida disputa sobre el repartimiento del botin, uno de ellos clavó al otro un puñal en el pecho y lo dejó nadando en sangre á la entrada de la tumba. Hallaron el cadaver, la mañana siguiente, empezaron á hacer perquisas, vieron á Alcandro metido en lo mas hondo de aquel sepulcro, y como es natural fué acusado al instante de asesino y de ladrón. Su estado de miseria confirmaba las sospechas y todas las circunstancias eran para él las mas funestas: Por otra parte, agoviado de infortunios durante tanto tiempo, miraba su vida con desden y detestaba el mundo, en el cual no habia hallado mas que ingratitude, engaño y crueldad. Resolvió pues, no defenderse; lo amarraron fuertemente y lo llevaron casi arrastrando al tribunal que Septimio presidia.

Como todas las pruebas del crimen parecian ciertas y probadas y que Alcandro no se oponia de ningun modo al juicio y cargos que le hacian, iba ya el pretór á condenarle á una muerte cruel é ignominiosa, cuando la atencion del pueblo fué llamada repentinamente hacia otro objeto. El verdadero criminal acababa de ser sorprendido vendiendo su robo, y lléno de terror, confesó el delito por el cual iban á condenar al miserable Alcandro. Conducido el ladron ante el tribunal, lo confrontan con otros complices del mismo crimen, y aparece en todo su brillo la inocencia del Ateniense; pero su imprudente terquedad causó una extraña admiracion á la multitud, y aun se aumentó mas, al ver que Septimio levantandose repentinamente de su silla fué á arrojarle en los brazos del desgraciado Griego, á quien acababa de reconocer como su amigo y bienechor, y en cuyo seno derramó copiosas lagrimas de alegria y de piedad. Mas, cómo podran expresarse la satisfaccion y el gazo de ambos amigos? Alcandro fué colmado de favores, llegó á ser con el tiempo uno de los primeros ciudadanos que contribuyeron á la gloria y felicidad de Roma, pasó el resto de sus dias disfrutando una dicha completa, y al morir, ordenó que gravasen sobre su tumba estas palabras: “No hay trance alguno en la vida por muy desesperado que sea, del que la Providencia no pueda salvarnos.”

SONETO

*A la muerte de D. Juan Melendez Valdés, celebre
poéta Español, que murió en Francia el año de
1817.*

Nínfas: la lira es ésta que algun día,
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tormes, cuya voz armoniósa
El curso de las aguas detenía:

Quéde pendiente en esta selva fria
Del lauro mismo que la Cipria Diosa
Mil veces desnudó, cuando amorosa
La docta frente á su cantór ceñía.

Intacta y muda entre la pompa verde,
(Solo en sus fibras resonando el viento)
El claro nombre de su dueño acuerde:

Ya que la patria en el comun lamento,
Feróz ignora la opinion que pierde,
Negando á sus cenizas monumento.

LOS QUINCE AÑOS.

¿ Qué quince años,
Son estos, madre ;
Que cosas nuevas
Esta edad trae ?
Que hace esta epoca
Asi notable
Que usted hoy tres veces
Mi atencion llame
Y que hoy los cumplo
Quiera acordarme ?
Si yo digera....!
Si yo tratase
De observaciones
En esta parte,
Ay madre ! ha dias,
Que su hija sabe
Iba á cumplirlos
Pronto, al instante.
Natura avisa
En un language,
Que nadie puede

Equivocarle.
Una tristeza
Me dió á mi parte
Y me quitó
Sin yo notarle,
Ni saber cómo,
El placer grande
Que yo en los juegos
Hallaba antes.
Ni las muchachas,
Ni infantil bayle,
Ni las muñecas,
Ni hacerles trages,
Ni el jugar luego
A las comadres,
Arremedando
Lo de las grandes ;
Ni hacer de novia
O hacer de amante
Con cabecéos
Sonrisa y frases ;
Fingir desdenes,
O bien, desayres,
Hacer bautismos
Y convidarse
A tomar dulces
Y chocolate....
Ninguna cosa
Podía alegrarme.

Yo no sabia
Que nombre darle
A esta mudanza,
Que era observable,
Por que me hacia
Otra que antes.
Cada edad tiene
(Y esto es constante,)
Su placer propio
Y su caracter:
Yo algo conozco
Sus variedades,
Pues ya he pasado
Varias edades.
Fui chiquitita,
Despues mas grande,
Fuí mayor luego,
Y en cada clase
De estas mudanzas
Tan naturales,
Tambien cambiaba
(Lo vi palpable,)
Todos mis gustos
Y mis pesares.
No son sin duda
Los que hay me placen,
Los que mi gloria
Formaban antes.
; Ay madre mia

Como me láte
El pecho hablando
Este language,
Que no comprendo
Ni está á mi alcance,
En sus motivos
Ni en sus detalles.
Mas ahora siento
Unos ataques
Que circulando
Ya con mi sangre
Van á mi pecho
Y se me árde.
Mi razon, náda
De aquesto sabe,
Y á mi me dice
Mil disparates,
De estos incendios,
De este quemarse,
Que hoy así noto
Y no era antes.
¿ Que quince años,
Son estos, madre;
Que cosas nuevas
Son las que traen ?

CANÓVA.

BOSQUEJO BIOGRAPHICO.

HEMOS tenido oportunidad de ver en la Academia de bellas artes de Pensilvania, algunas estatuas que representan á Napoleon, su hijo y otros individuos de su celebre familia, regaladas á la Academia por el Conde de Survilliers.

Canóva, celeberrimo estatuario italiano, ha desenvuelto en la egecucion de algunas de éllas, toda la habilidad de su bellissimo arte, comunicando al marmol una animacion y una gracia, que en vano se buscan en otras producciones de nuestra era, por bellas que sean.

La cuestion sobre la preeminencia, entre un estatuario y un pintor, probablemente no será nunca resuelta, y todavia es un punto de no pequeña satisfaccion el que en un pais donde este arte está en la infancia, por cuanto se halla lejos de los lugares en que aquel gran maestro trabajó sus obras, podamos contemplar la unísona prolucion de su genio y comparár las de su cincél con aquellas famosas producciones, debidas á los pinceles de Ruben, Murillo y del Ticiano.

Cada arte tiene verdaderamente una excelencia peculiar, y la decision que resulta de su cotejo, proviene mas bien del gusto del que las juzga que de una decidida superioridad en alguna de ellas. Mr. Mathews, autor de un curioso libro de viages publicado ultimamente, despues de informarnos que la inimitable Venus de Canova ha vuelto á ocupar su antiguo puesto en la galeria de Florencia, prosigue diciendo: “Inmediata y detras de esta estatua está colocada la mas famosa de todas las Venus del Ticiano, que supo representar en su verdadero caracter a la Diosa del deleite, ó ninfa del paraíso de Mahoma, y cuya pintura es de las mas bellas que existen: Pero el triunfo de la estatua es completo, y la impresion que causa, es tan extraordinaria, que obliga al expectador á dejar aquella por venir á admirar exclusivamente esta figura, que podria titularse celestial.”

Aunque nosotros convenimos en un todo con este autor en la preferencia que dá á la estatua y en el rango que asigna á esta Venus, su testimonio, no obstante, es el juicio de un solo individuo, consumado y distinguido, es verdad, pero opuesto á muchos de los pretextos que defienden el trono del pintor contra el de su rival. Tambien se podria objetar al texto referido, que aunque la estatua está trabajada segun la escuela preeminente de la antigüedad, la pintura es, comparada con ella, una produccion moderna; y si los pintores griegos lo

mismo que los estatuarios sobresalieron á los de la ultima edad, no es justo al decidir entre las artes, traer un pincel moderno á contender con el mas bello de los antiguos cinceles. ¿No podrá competir la Venus del Ticiano con cualquier estatua écha por un artista del mismo tiempo? Séa la que fuere la dificultad en sentar esta "*vexata questio*" (y realmente es de poca importancia que élla se decida ó no) no hay duda, que se halla una asombrosa superioridad entre las esculturas antiguas y las modernas. A pesar del auxilio de los antiguos modelos y de todos los adelantos que han echo las artes en nuestros dias, no ha bastado, para rivalizar con los marmoles de la antigüedad, ni la exaltacion del ingenio, ni todos los esfuerzos y trabajos practicados. Entre los candidatos de fama en nuestra edad, el grande artista que hemos mencionado, se sostiene, sino sin competidor, al menos sin uno que le supére. Una breve noticia acerca de este genio extraordinario podrá producir algun interes á los que no han tenido oportunidad de estudiar minuciosamente su caracter y sus obras. Si nosotros hubiesemos de juzgar de su merito por las distinciones que alcanza, por los honores y premios que le han conferido, estados, potentados, papas y emperadores, como asimismo aficionados instruidos y artistas declarados, probablemente podríamos colocarle sobre un pedestal demasiado elevado, para sus justas pretensiones. La excelencia

de su vida privada, sus maneras modestas y amables, su reconocimiento á los favores recibidos y su liberalidad para con todos los que le trataron, le hicieron adquirir, sin duda alguna, sinceros y celosos amigos que añadieron el entusiasmo á su admiracion. Otras causas contribuyeron tambien á que sus talentos adquiriesen sumas ventajas, lo mismo desde su aparicion, que durante sus progresos subsecuentes. En el siglo diez y seis florecian las artes en Italia y ya mostraban un alto grado de perfeccion. Despues de haber pasado por varios grandes y distinguidos hombres de aquellos tiempos, bastará recordar á Miguel Angel, que llegó á la cumbre y fué el unico que pudo sentarse en élla. Desde aquellos dias fué cayendo rapidamente la escultura, y cuando Canóva apareció se hallaba sumergida y abandonada; de consiguiente, no nos sorprenderemos de la subita y temprana reputacion que él adquirió, ni de la admiracion que causaron sus primeras obras, aun siendo joven, si consideramos que el cotejo fué echo con sus contemporaneos, y que Canóva aun no habia sido presentado ante el severo tribunal que debia juzgar y comparar sus fuerzas, con las de los gigantes de la antigüedad. Este es el mismo curso que debe seguirse para colocarlo en el rango de los modernos, si es él quien debe tener el cetro y sentarse en el trono. Su Perséo, dobla la rodilla ante la cabeza del Dios Apolo, y su Venus no puede sufrir la presencia

de la de Medicis, cuya estatua encanta al universo.

CANOVA nació el mes de Noviembre de 1757, en una aldea de la jurisdiccion de Venecia. Dice el autor de esta biografia que “las barrosas paredes “de las cabañas que formaban el lugarcillo de “Alpino, fueron los unicos testigos de los doce “primeros años de su vida, y del alba de un ingenio cuyas producciones constituyen hoy el tesoro “mas precioso de suntuosos y magnificos palacios.” Parece que la naturaleza le señaló y escogió como su hijo favorito pues le confirió los dones mas preciosos del ingenio sin encubrirlos con ninguna deformidad fisica. Era de hermosa figura, y su semblante que mostraba la inteligencia, estaba al mismo tiempo animado con el brillo de la sensibilidad y la dulzura: Sus maneras eran amables y suaves, su indole benevola y conciliativa; ni se envanecía con su merito, ni despreciaba el de los demas. Nunca fué orgulloso, ni irascible á la critica ni á los avisos; al contrario, siempre los recibia con modesta atencion y muy á menudo sacaba de ellos, ventajas. En su trato con otros profesores y artistas, Canóva se distinguió siempre por las mismas cualidades morales con que regulaba su conducta y acciones. Era naturalmente generoso y severamente justo en la estimacion de sus obras; no sentia las pasiones de la envidia ni celos de los talen-

tos y obras de sus contemporaneos, y de consiguiente hablaba con candor y libertad ayudandoles á veces con su opinion y sus consejos.

Su abuelo y su padre fueron canteros; este ultimo murió antes que su hijo cumpliese los trece años, y habiendose vuelto á casar su madre poco tiempo despues, quedó bajo la proteccion de su abuelo, que era respetado de todos sus compañeros y superiores, por su bondadoso y festivo caracter y por la grande habilidad en su arte. Sin embargo era pobre, y su tierno y delicado nieto tenia que sufrir las privaciones que la pobreza ocasiona. La parcialidad del anciano por su profesion y su gusto y adquisiciones en élla, sino crearon, á lo menos produjeron en el joven Canóva la inclinacion á la escultura. Todavía se conservan algunas de las producciones de su infancia, que pueden considerarse como las poesias primeras del Doctor Johnson, mas notables por su eminencia subsecuente, que por su merito real. A la edad de quince años salió Canóva del lugar de su nacimiento y pasó á Venecia, donde halló el auxilio y la sombra de un noble y celoso protector, que conociendo sus brillantes disposiciones, animó á nuestro timido joven, el cual hizo adelantos considerables. Allí empezó á recibir su instruccion de varios maestros, que despues se disputaban aquel honor, y fué distinguido de todos, por su infatigable diligencia y rapidos progresos.

Desde el principio de su carrera, consideró que la simplicidad y la naturaleza eran los dos grandes objetos de su arte, y trabajó incesante por adquirirlos. Los criticos le han tachado en sus obras, su constante inclinacion á ellos y el consiguiente descuido por la belleza ideal, á la cual es forzoso que el artista se adhiera, por ser la que constituye la excelencia y encanto de la escultura antigua. No se créa que haya una figura de muger donde se halle mas bien combinada la belleza, la gracia y la simetria que en su famosa Venus; pero cada parte está copiada del original de la naturaleza, y reúne el genio, el gusto y la habilidad del autor. Todas las estatuas de Canóva parecen haber sido modeladas segun las formas humanas; era exacto en todo; sus conocimientos en anatomia, su grave y constante estudio, eran extensos, y aun despues de haber acabado su Perséo, descubrió algunos defectos en los musculos y divisiones del abdomen, los cuales enmendó, aplicando inmediatamente su cincel al marmol. Esto lo hizo pocos años antes de su muerte, y no sabemos si el molde que hay en la Academia fué echo antes ó despues de aquella reforma; sin embargo, creemos que haya sido trabajado antes de la correccion, por que siempre nos ha parecido defectuosa aquella parte del cuerpo. Ante que saliese de Venecia habia concluido su Eurince, y durante los tres años siguientes no se distinguió por ninguna de sus obras, hasta que

presentó el Orpheo, compañero de aquella, el cual se mostró en Venecia en 1776, cuando solo contaba diez y nueve años, empezando desde entonces la gran reputacion que despues prosiguió rapidamente hasta colocarse en la cumbre de la escultura moderna. Algunas otras producciones se siguieron á ésta, las cuales aumentaron su fama en Venecia, pero la mas notable, fué el grupo de Dédalo é Icharo, ciertamente la maestra de sus tempranas obras. Se dice que es tan evidente la verdad de la composicion y tanto se acerca á la naturaleza, que cuando aquel grupo fué presentado al publico en Roma algun tiempo despues, muchos, entre los cuales habia algunos artistas sospecharon, que las estatuas habian sido copiadas de modelos executados por la practica aplicacion del blando material á las formas humanas. No obstante, se notaban algunos defectos, quizás producidos de la exactitud y fidelidad en copiar lo natural. La escultura y la pintura, deben seguir el egemplo de la poesia en este punto, la cual cuando dá en lo heroyco, nunca se detiene en embellecer el asunto con los adornos de la imaginacion, cubriendolos con una excelencia y belleza perfectas y mayores que la sencilla verdad de la experiencia. Todas las cualidades son naturales, pero su combinacion en un objeto, es el privilegio del genio y del arte.

En el año de 1780, salió Canóva de Venecia para Roma, endonde le esperaba los mas altos y bri-

llantes destinos. Allí fué donde él percibió sus imperfecciones en la belleza ideal, y se aplicó con infatigable celo á la adquisicion y egercicio de élla. El estudió de las estatuas antiguas, fué su escuela favorita, y el efecto, se manifestó en su nueva obra de Teséo y el Minotauro. Esta produccion fué recibida con aplauso ilimitado: "Las sensaciones que causó su inesperada aparicion, no pueden describirse; los sentidos quedaban, al verla, absortos de deleite y admiracion, y fue reputada como la obra mas perfecta de las que Roma habia visto desde algunos siglos antes." Verdaderamente que esto parece exagerado, y es una desgracia para los lectores, que solo desean la verdad, que la biografía, llegue ya á ser un elogio, con todos los atributos de una narrativa historica.

No tenemos copia alguna de Teseo y el Minotauro, y por lo tanto, no podemos egercitar nuestro simple juicio en el merito de un encomio semejante; pero al ver empleado el mismo language (verdaderamente aventajado) quando nos hablan de Perséo, devemos juzgar de otra suerte. Ese Perseo á quien se consideraba digno de ocupar el pedestal vacante de Apolo, entonces en Paris; que por si solo era bastante á hacer eternas las bellas artes en Italia, aunque los monumentos que la han adornado fuesen extraidos del cieno; que se reputa digno sucesor de los nobles y poderosos esfuerzos del ingenio griego; se halla en nuestra Academia de bellas

Artes al lado de su predecesor, y expuesto perfectamente á la comparacion de la que (nos atrevemos á decirlo) resulta un contraste palpable, pues que no hay uno solo, instruido ó ignorante, critico ó moderado, que admita por solo un momento, alguna igualdad entre ellos.

No es nuestra intencion seguir á Canova en sus progresos y curso que hizo en Roma, ni noticiar el gran numero de obras que trabajó desde su establecimiento en aquel imperio de las artes. Su reputacion siguió en aumento hasta su muerte, y fuera de algunas extravagancias que hemos notado, su fama fué bien merecida. Su superioridad, se muestra en las figuras de muger, algunas de las cuales son exquisita y completamente formadas y llenas de gracia y expresion. Su Chloris despierta y Venus Victrix, modeladas para la Princesa Borghese, han sido alta y justamente celebradas. De sus Gracias, hemos visto, no solo una hermosa lámina, sino tambien un buen molde, y nos parece todo este grupo bellamente combinado y en cada figura, perfectamente marcadas la expresion, la gracia, y la hermosura.

EL CARACOL.

FABULA.

UN caracol, como pudo
Subió á la cima de un arbol ;
Vióle el aguila y le dijo,
Como has subido tan alto
Tu natural desmintiendo ?
Y él le respondió, arrastrando.
Cuantos, cuantos caracoles
Pudiera nombrarte, Fabio !

ANACREONTICA.

Prepara la paleta
Diestro Ticiano y pinta
Como yo las cantáre
Las gracias de Pradína:
Cara redonda y blanca,
Frente espaciosa y lisa,
Un cabello castaño,
Que el vientecillo agita,
Ojos grandes y bellos
Y su garganta linda,
Que me arrebatara el alma,
Y mi pasión aviva:
El matiz de la rosa
Colóre sus mejillas
Y que el carmin mas fino
Sus bellos labios tiña.
Al retratar su cuello,
Las azucenas míra,
Y sobre el lienzo docil
Su fresco albór imíta.
Térso, elevado y blanco
El pecho hermoso pinta,
Do Venus dió su beso,

Dó las gracias se anidan.
Expresa con vivéza
La noble gallardía
Y el donaire echicero,
Que la caracterizan.
Pintarás su estatura
Alta, agraciada y fina,
Como la gárza ayrosa,
Como la pálma erguida;
Y si sabér, acáso
Su genio necesitas;
Es mas que el cierzo heláda,
Mas que el cárdo es esquíva.
Dúro, frío es el bronce,
La piedra es dura y fría;
Mas; ay! que aun les excede
Tu corazón, Pradína!



YSCHIA Y PROCIDA.

MEMORIAS DE UN VIAGERO.

Y POR QUE no sucede esto tambien en mi pais? Nuestra latitud, nuestras estaciones son las mismas, gozamos de un cielo igualmente puro y de copiosas y refrigerantes lluvias; el viento es tan impetuoso, los dias tan despejados y las noches de luna tan hermosas y apacibles. Si estudiamos las fieles descripciones que hace Virgilio, si leémos las relaciones de los actuales viajeros, hallaremos en todo, una semejanza palpable y singular entre los climas de la Italia y de la America. Sin embargo, no presenciamos bayles campestres, no vemos ninguno de esos corrillos de paisanos entusiastas que se reunen á escuchar la narracion de una novela ó historia antiguas, ni vienen tampoco á confundirse con el ruidoso murmullo de nuestros rios, los dulces y sonoros acordes de la guitarra y la bandóla: Parece que los cuidados nos agitan, y que la mano con que el juicio oprime nuestra frente, tiene apénas fuerza para levantarse y librarnos de su molesta gravedad.

Éstas eran las reflexiones que yo hacía al observar el jubilo de algunos grupos de paisanos que gozaban sencillamente los encantos de una de aquellas hermosas y tranquilas noches de la Ytalia. Habia recorrido durante el dia, las gratas y risueñas playas que forman la bahia de Napoles, antiguos compos fabulosos del Elíseo, verdadero paraíso de Baiæ, á donde el mas noble y dulce de los poetas, el mayor de los filosofos y algunos otros apasionados á las musas, habian ido á pasar las horas mas felices de sus dias. Sentéme á poco rato sobre la ceja de una eminencia, desde la cual, los padres del Camandoli debian haber fijado su vista con frecuencia sobre la magnifica escena que me rodeaba. Que animada, que bella se presentó entonces á mis ojos! Todavia estaba el sol lejos del horizonte, pero todo el resplandor de sus rayos se ocultaba detras de una extendida, pero delgada nube sobre la cual difundian un color rojo encendido. Esta luz purpurea se esparcia tambien sobre la rada; las islas Yschia y Procida, aparecian como dos fuertes relieves sobre la mar en calma, y de un sinnumero de botecillos que aguardaban la entrada de la perezosa brisa, algunos se retiraban silenciosa y lentamente á favor de sus remos.

Que impresiones aquellas tan profundas y tan fuertes para la imaginacion! con que velocidad recorre en un momento las edades y los mundos! No se descubria una sola nube sobre la peñascosa

eminencia de isla Yschia; no el rumor tremendo de los volcanes resonaba imitando al irritado océano, ni la ardiente lava fluía á torrentes sobre las yá desoladas llanuras: Tódo estaba cubierto de fertilidad y belleza, de viñas, arboledas de arrayanes y diversidad de cabañas de un lado y otro, cuyos habitantes ignoraban que la naturaleza hubiese jamas mostrado allí su calamitosa influencia. No obstante, al fijar la vista en aquella pacífica isla, recordé que algunos siglos antes habia sido desolada, y que sólo fueron muy pocos los que escapando al peligro, pudieron transmitirnos la relacion de un horror tan repentino; recordé en fin que algunos ilusos y fantasticos poetas la habian écho el domicilio ó sepulcro de gigantes, y que el ayrado Jupiter la habia arrojado sobre el monstruo que intentó turbar y atacar los cielos.

Más es esta acaso la única mudanza que la memoria recuerda? Existe aún todo lo mismo que existía, á no ser los verdes montes que han sucedido á las peñas escabrosas? Todavía hay vicisitudes mucho mas extrañas: Estas islas, fueron un dia, la mansion de placeres inocentes de algunos Emperadores poderosos, y tambien el ántro de los crímenes. Aquellas ondas se cubrian antiguamente con crecidas flotas, cargadas de granos y de otros efectos de lujo universal: Los promontorios estaban coronados de templos á donde enjambres de naciones acudian á escuchar los oráculos y pre-

dicciones de la Sibila. Yá Yschia y Procida no son sino el domicilio de familias pacíficas; ya la mar que las rodea no se cubre mas que de un corto numero de embarcaciones costeras, y los promontorios se hallan habitados por monges, profesantes de una fé, que les enseña á esperar los secretos futuros, con incertidumbre ó terror.

El tiempo rueda lenta y progresivamente lo mismo que la procesion de triunfo de los Césares. Una tropa de esclavos encadenados ocupa ahora el parage por donde un momento antes se paseaba el dorado carro del vencedor; á incultos y fatigados guerreros, se siguen los brillantes despojos de las naciones, y al bullicio y alegría de los festines, las lamentaciones y las lagrimas. Cada cosa camina igualmente hacia su fin, hasta aquel dia en que el tiempo páre su carrera, y deje todo lo mismo, que sino hubiese existido.

LA LUCIERNAGA.

FABULA.

Tendida en medio de un obscuro bosque,
Sobre el cesp ed brillaba, sin saberlo,
La luci ernaga grata, como brilla
El precioso diamante. Un vil escuerzo,
S ale del musgo que vecino estaba
Y sin ruido, al luminoso insecto
Se ac erca y en  el l anza de repente
Lleno de s a na, su mortal veneno.
  Cielos ! exclama el simple gusanillo,
  Que te hice yo? Y el animal horrendo
Respondi o; Que ? No est as luz esparciendo?

DIALOGO

ENTRE

HERNAN-CORTES Y WASHINGTON.

WASHINGTON.—La opinion, que no es siempre el éco de la justicia, te ha adjudicado la gloria de libertador de la America, con tu conquista. Tu genio y tu valor, unidos á las circunstancias, en que se hallaba entonces el pais, se han puesto de acuerdo con el tiempo para inmortalizarte. Pero sin mí, estuviera todavia por conquistar la America, para la libertad, que es la vida y la existencia de las naciones.

CORTES.—Yo no les quité á aquellas la libertad que no tenian cuando abordé á sus costas y te las proporcioné al fin para que hicieses lo que has hecho. Esa chispa electrica que en vuestra revolucion saltó desde aqui á la Francia, y corrió por toda la Europa, no hubiera incendiado despues tu continente, si el mar los tuviera todavia divididos y si no hubiese yo antes allanado el camino, y pre-dispuesto las almas.

WASHINGTON.—Estámos de acuerdo, y me alegro cñas precisamente tu satisfaccion y tu gloria

al unico bien que acaso ha resultado de tus conquistas, y puede indemnizarte del gran crimen de tanta sangre como se ha derramado por éllas.

CORTES.—Yo no era entonces la causa, sino solo un instrumento, que el sistema de gobierno en que vivía, y la religion en que me criaron, me hacian la ilusion de un deber, para obrar así, y una gloria de ése, que tu llamas delito, por que vienes del mundo en que se ven las cosas como son. Acá en el en que estamos ahora hablando, se nombra todavia gloriosa y heroyca mi empresa, y soy un heroe por élla.

WASHINGTON.—No siento tanto, que la opinion de ése mundo esté tan extraviada, como lo inverosímil que se me presenta, aun en lo futuro, el completo y constante desengaño, especialmente en los pueblos que por desgracia, piensan todavia con las cabezas de sus opresores, y no con las suyas.

CORTES.—Yo al cabo, pagué bien mi crimen si lo hubo, con el desprecio que hizo de mi despues el opresor de la España, para quien creé con mi conquista un nuevo mundo que no se habia conocido hasta entonces en la historia de la creacion del antiguo.

WASHINGTON.—Cierto es que tu actual desengaño es bien esteril para los demas. Tu pagaste, por que debias, ¡pero que culpa tiene la America de hoy, para que se le castigue como criminal, por que quiere redimir el daño que se le hizo

por tu mano, y ser libre é independiente como nació?

CORTES.—La culpa no está en mi ni en los principios; está en la equivocacion de esos mismos principios, en el trastorno inveterado de la naturaleza de las sociedades, en la rutina de los pueblos y de los hombres, en el extravío de la razon y de la religion, que se ha identificado ya con el tiempo y con las almas, y en el interes de los que mandan y torpeza escandalosa de los que obedecen.

WASHINGTON.—Tu heroismo tiene todos esos lunares y manchas que lo han producido y lo conservan afeandolo y destruyendolo á los ojos de la religion. Está fundado en un bien que no lo era hasta que yo lo barnicé de justicia y de gloria verdadera. Si tengo alguna esperanza de que produzca todo el bien que deseo al genero humano, solo proviene de la consideracion, de que el que yo hice á mi país, puede comunicarse al continente todo, y exterminar esa semilla de males que has enumerado y que vino mezclada con las costumbres y falsos principios, de los que te siguieron.

CORTES.—Como quiera que sea y suceda lo que deséas, he de ser yo siempre, á la fuerza, tu coooperador y participe de esa gloria, que esperas con harta probabilidad. Tu la has hecho ver posible en todo el continente, por lo que has egecutado en tu país por élla; yo no puedo sino obrar contigo cuando despues tu influyas en los puntos en que

yó por mis conquistas habia antes influido. Hoy ciertamente no escogeria yo ya, el influjo con la España mejor que contigo, por que los tiempos apartan absolutamente aquel mal influjo y favorecen el tuyo.

WASHINGTON.—No me desdeño de asociarte á mi gloria, y participar de la tuya, como nos unamos en el fin. La opinion que me ha puesto tambien á mi en la lista de los heroes, donde tu estás, ha dado á cada uno de los dos, su lugar particular en élla. Tu heroismo esta allí sobre falso y contrahecho; el mio vive y vivirá eternamente en el orden de las cosas y en el de la razon.

CORTES.—No aspiro á una preferencia que te rebage; conozco, que para seguir yo envaneciendome con el mio, es necesario que siga tambien con todas sus locuras é ilusiones, el mundo que me ha dado la patente de tal; y que él en que se te ha dado á ti es inmutable en su constitucion y principios; pero aun en ese, cree que no seran desayrados en mi, los elementos de heroismo, que me dio la naturaleza, concediendome un espiritu emprendedor, un ingenio que no me han disputado, ni aun mis enemigos, una magnanimidad que tiene pocos egemplos, un valor calmo y razonado, una firme resolucion en los casos mas desesperados, y unas ideas de justicia, que obraban siempre en mí, cuando la situacion no forzaba mi prevision á traspasarlas; y á seguir una justicia de circun-

stancias (de que no podia separarme) la cual me ceñia por fuerza, al plan formado, é imposible ya de variar, sin peligros enormes é incalculables.

WASHINGTON.—La opinion, por esa parte, creo que hará siempre justicia á tu injusticia; ni yo tampoco desdeñaria verte asociado á mi justo heroismo, que debo al continente donde lo he adquirido y me habias conquistado, para establecer los principios, por cuya destruccion he labrado mi gloria.

CORTES.—Si vivieramos en el mundo, de que hace ya dias partimos, no te cederia ciertamente la preferencia del heroismo que en él se estila; pero en el que existimos y en el de la justicia, es preciso participar del tuyo, para ser yo heroe; y contentarme con las virtudes, que no obstante, hice brillar, y que con otra direccion me hubieran llevado á la inmortalidad y anulado, acaso, todos los heroismos que se habian conocido hasta mi epoca.

WASHINGTON.—A Dios, y volvamonos, ya de acuerdo, al pais de los desengaños, de donde vinimos, no sé si para que nos imiten ó para que nos ridiculicen.

SONETO

*A un General, que despues de haber formado una
conspiracion contra su Rey, á favor de la patria,
vendió repentina y bajamente á ésta y fue á echarse
á los pies de aquel.*

VUELA traidor y de tu odiosa hazaña,
Recibirás el galardón debido ;
Vuela, de rabia y miedo poseído,
La maldición del cielo te acompaña :

Besa la mano que esclaviza á España,
Siervo vñ del tirano fementido,
Humíllate ante el mismo que has vendido
Y trata, en vano, de aplacar su saña.

Los rotos pactos, las holladas leyes,
La traición doble, alegas en tu abóno,
¡ Y el premio esperas de bajeza tanta !

La ingratitud es prenda de los Reyes,
Y esa gran banda que debiste al trono,
Dogal será que apriete tu garganta.

EL LOBO

Y

LOS CUERVOS.

UN Fabulista de antaño,
Cuando los cuervos hablaban,
Les oyó excitar á un lobo,
A que un burro les matara :
Por supuesto, le decían
Que la cosa era una hazaña,
Item mas, que era conciencia,
Pues para éso eran las garras ;
Y el buen hombre nos lo cuenta,
Como una noticia rara.
; Que bien los cuervos conoce
Quien de tan poco se espanta!
Digo, y si ellos saben adonde
Les aprietan las sandalias....
; Sandalias ! La moral toda,
Está en aquesta palabra.

RASGO HEROYCO

DURANTE

LA REVOLUCION DE FRANCIA.

Memorias de un viagero.

ACABABA de cumplirlos veinte y un años, cuando la Revolucion de Francia empezó á declararse en el de 1789, y salí de la Universidad de Cambridge con el objeto de viajar por el continente. Orguloso de haber nacido en la unica nacion libre de la Europa, llena mi imaginacion de los antiguos echos de Grecia y Roma, y seducido con la esperanza de ver lucir el alba de la libertad en Francia, arreglé mis asuntos y me dirigí á Paris, donde pensaba observar y estudiar, los importantes trabajos de un pueblo, que me habia figurado sacudiendo, por un esfuerzo repentino y sublime, las cadenas del despotismo y la ignorancia.

Llevaba muchas cartas de recomendacion, y con éllas, me fué muy facil introducirme en las mejores sociedades, en las cuales tuve sobradas

ocasiones de conocer los sentimientos y partidos distintos que dividian entonces la Capital. La mayoría de la nobleza y del clero se hallaba consternada: el incredulo escarnio con que miraban las primeras demostraciones del sentimiento publico, se convirtió muy pronto en un vil temor, y asi éste como su fatal irresolucion, marcaron su conducta durante todas las escenas de la revolucion. Un día, oponian locamente una debil resistencia, y al siguiente daban todo por perdido; al paso que si hubiesen observado una jovial y moderada condescendencia en un principio, unida á la dignidad y el decoro, se habrian defendido contra las usurpaciones y evitado mil desgracias. La minoridad, se componia casi toda, de aquellos que durante el *antiguo* regimen, habian pasado una vida regalona é ignorada: su sistema entonces era alhagar á la popularidad, á expensas de sus privilegios, aunque de estos, eran pocos los que lo hacian con sinceridad. De los grandes, algunos sentian un verdadero pesar, por la situacion de su monarca, pero no cubrian con un celo hipocrita el sentimiento que tenian de perder sus fueros y preeminencias, que consideraban como derecho divino. Reunieronse al Rey con un entusiasmo digno de alabanza pero mal juzgado, y lo obligaron á adoptar medidas que le produjeron su ruina y la de su familia. Muchos, por otro lado, se adhirieron al pueblo por que amaban la libertad, y algunos de estos fueron los

que yo conocí entonces. Observaba con ansiedad su brillante pero corta y tormentosa carrera; hoy eran el idolo del populacho, y el dia siguiente el oprobio; sacrificaban generosamente distinciones y fortunas ante el altar de la libertad y despues lo regaban con sangre. Pero ninguno de ellos me causó mas simpatia que el joven Conde St. George, á quien ví por primera vez en la sociedad de uno de los primeros miembros de la Asamblea constituyente: Alli le oí exponer con toda la fuerza y verdad de la elocuencia, los abusos y defectos del gobierno, manifestando todos los periodos del despotismo, y comunicando á todos los presentes, el fuego de libertad que ardía en su corazon.

Se han pasado treinta y seis años desde aquella epoca, y los cambios que he presenciado, las vicisitudes que me han cabido en suerte, han templado el ardor de mis sentimientos. Devo confesar sin embargo, que aunque la triste experiencia me ha echo mas discreto, nunca he gozado de mas satisfacciones, nunca he pasado años de mas delicias, ni aun viviendo bajo el techo de la casa paterna. Las visiones de mi juventud iban á realizarse; veia una nacion libre y feliz, poseedora de nuevos derechos; veia en fin, toda la Francia preparar la fundacion eterna de una prosperidad futura. En este febricitante estado de existencia, olvidé parientes, amigos y

aun la patria; bebí en aquella misma copa que embriagaba al pueblo, causandole una alegría frenética y delirante: mas esta felicidad fué tan corta como viva. Mi amigo se habia vuelto uno de los caudillos del partido popular y me regocijé de aquel triunfo como del mio propio; pero muy luego empezó á mudarse aquella hermosa perspectiva. La ambicion, el espíritu de partido, la division, minaron rapidamente el edificio bello y consistente que debia durar hasta el fin de los siglos. Mas para que repetir, lo que yo desearia olvidar para siempre? Pasaronse tres años, y en el cuarto, presencié la prision del Rey, quedando su esposa abandonada á la merced de una plebe irritada. Eugenio hizo el mas noble de los esfuerzos para salvarle; pero en vano. Manifesto con espíritu casi profético los males que amenazaban á la nacion, los dias de horror y sangre que iban á seguirse, pero sus acentos fueron sofocados por los horribles aullidos de los monstruos sedientos de élla.

El Rey pereció en el cadhalso y poco despues fueron encarcelados, sus defensores. Mi amigo fué encerrado en Sta. Pelagia; pasé á verle y le hallé tan entusiasta como siempre y ardiendo en el fuego de la libertad; pero una tristeza profunda se habia apoderado de su corazon, y habiendo perdido ya las esperanzas de hacer libre á su patria, solo suspiraba por la gloria de ser uno de sus martires.

En su misma prision hallé algunos personajes de los que yo habia visto lucir un dia en las brillantes reuniones de la Capital. Iba á menudo á visitarlos y pasabamos el tiempo tan alegremente como sino no estuviésemos en una carcel; pera cada dia hallaba algunos menos de los que habia visto en el anterior.

Llegó en fin el turno á Eugenio y fué expuesto á la burla de una causa ignominiosa, en el mismo salon donde su nombre habia sido aplaudido tantas veces. Habló en tono firme, apeló con dignidad á los sentimientos de la multitud que le rodeaba, y sus acentos amedrentarón á sus jueces y suspendieron el juicio; mas solo fué por un momento. Pronunciaron su sentencia y la oyó con frialdad, pero reuniendo en un instante sus sentimientos é ideas, presentó con energica elocuencia el cuadro horrible de un reyno de anarquia y de sangre que infamaba á la libertad, marchitando hasta sus mismas raices y envolviendo á la patria en mil calamidades: Volviose en seguida á sus gefes, y denunciandolos como tiranos sanguinarios de la Francia, les presagió el destino que les esperaba, la execracion de la posteridad y la venganza del Ser supremo, cuyos altares habian destruido y hollado.

La mañana siguiente fui a la prision y halle al Conde contento y con semblante placentero. "Ya he pagado mi deuda á la patria, me dijo,

y muero contento. Aunque tarde, he llegado á conocer mi error; los Franceses no han nacido para ser libres. Puedan ellos arrepentirse pronto, y volver á adoptar las sabias leyes y saludables limitaciones políticas, sin las cuales reynará siempre la anarquía bajo el nombre de libertad y regaran su suelo con sangre. Hace mucho tiempo que yo previ mi destino, y aunque pude haberlo evitado refugíandome á Ynglaterra, no lo hice, por que conocia que no hubiera podido vivir fuera de mi patria. Vayase V. amigo mio, salga V. de este país; de crímenes y de desgracias, y vuelva al suyo. Ah! mi unico sentimiento al morir, es no haber podido contribuir á liberar y engrandecer á mi adorada patria.

Durante aquellos dias, acostumbraban los presos, reunirse en un mismo aposento, donde hacian disponer una comida esplendida, con el objeto de mitigar sus pesares y despedirse de los parientes ó amigos de quienes debian separarse al dia siguiente. Cuando entré en la prision de mi amigo, ví aquellas tristes paredes, adornadas con ramos y flores, y una gran mesa cubierta con algunos manjares que el avariento carcelero les habia procurado. Eugenio se sento á la cabecera, rogandome me colocarse á su derecha, lo que hice, por complacerle. Era verdaderamente lastimoso el observar á tantos prisioneros, de todas edades, sexos y estados, es-

forzandose con afecto y delicadas atenciones, en disipar las angustias que les devoraban. A pesar de su situacion, se les notaba la viveza y jovialidad nacionales, y al traves de las espesas nubes del pesar y la afliccion, se veían iluminados sus semblantes con rayos de alegria. Las agudezas, las canciones y la musica, hacian volar las horas rapidamente. Nadie hubiera podido persuadirse que aquella era su ultima entrevista; al contrario parecia que cada cual celebraba con aquella comida la llegada de un amigo largo tiempo ausente, ó alguna festividad de familia. Es necesario haber sido testigo ocular de los horrores que entonces se cometian, para poder creer la indiferencia é impavidez con que miraban la muerte las victimas de la Revolucion de Francia.

Llegó la hora de nuestra separacion.....hora fatal, y en la cual Eugenio á pesar de su viveza natural, mostró la mayor resignacion. Despidiose de sus amigos, dió algunas disposiciones, repartió algun dinero entre los criados y bastoneros de la carcel, quienes por un momento, olvidaron sus groserias y las desvergonzadas canciones del dia, y dando un profundo suspiro, subió al carro de los sentenciados. Pedí permiso al oficial municipal para acompañarle, y habiendolo obtenido, procuré sofocar mis suspiros, é imitar la resignacion de mi amigo, á quien aun esparaba otra prueba mas terrible.

No bien habíamos salido de la cárcel, cuando repentinamente oímos entre la multitud, los agudos gritos y gemidos de una joven á quien en vano procuraron detener y aquietar, pues rompiendo por medio del populacho, llegó hasta el carro, subió á él precipitadamente y fue á arrojarse convulsa y tiernamente en los brazos de Saint George. Era su hermana.

Esta Señorita habia salido de Paris, dos semanas antes, para Ynglaterra, en la esperanza de que su hermano se reuniria con élla muy pronto, y ya varias veces, me habia dicho Eugenio que todas las amarguras de la muerte, se templaban con la idea lisongera de que ya estaba en seguridad, la unica reliquia que quedaba de toda su familia. Pero habiendo sabido que el Conde estaba preso, volvió inmediatamente á Paris, pidió permiso para entrar en Sta. Pelagia, lo cual le fué negado, y abandonada aquella infeliz á la desesperacion y al dolor, resolvió esperar á la puerta de la cárcel, el dia fatal en que su hermano saliese para el suplicio, con el objeto de salvarle ó perecer con él.

La inesperada interrupcion del triste silencio que regularmente se observaba durante aquellas procesiones de dolor, templó la aspereza y toscos semblantes de los soldados. Aun las mugeres, que parecia no conservaban de los sentimientos propios de su sexo, mas que un cierto ins-

tinto, ó rasgo repentino de sensibilidad, la cual manifestaban en su grosero, pero energico lenguaje, se interesaron por aquella joven, advirtiendole que aunque hermana del reo, era demasiado hermosa y de edad muy tierna para ir á la guillotina.

Volvió St. George su vista al bellissimo rostro de su hermana casi desmayada en sus brazos, y toda la fortaleza de su alma, empezó á disiparse. Rogó á los que le cercaban, la bajasen del carro, pero en vano, por que asiendose á él con la fuerza de la desesperacion y postrandose ante aquellos miserables que componian la escolta, les suplico con acentos dolorosos, que le salvarsen.— Mas nó, exclamó á poco, nó, su suerte esta ya fijada, permitidme que le acompañe al sepulcro. El oficial de policia, le respondió que no podia ser guillotinado, puesto que no habia cometido delito. *Pues bien barbaro*, le dijo, *yo te forzaré á que me sacrifiques con él*, é inmediatamente hizo resonar repetidos gritos de *viva el Rey*. A este nombre tan detestado entonces, se desvanecio todo el interes que aquella hermosa joven habia exitado en la plebe, y fué atrozmente injuriada por aquellas mismas mugeres á quienes poco antes habia conmovido.

El carro volvió á continuar su lenta marcha, y echando élla entonces un brazo al cuello de Eugenio, manifesto á todos los circunstantes en

su semblante sereno, la satisfaccion interior de su alma en acompañarle al suplicio.

Paris, durante aquellos dias de terror, presentaba el aspecto de una gran Ciudad, desolada por alguna peste horrorosa y abandonada por sus habitantes. Todas las puertas y ventanas de las calles que conducian á la guillotina estaban cerradas. El silencio terrificante y espantoso, solo era interrumpido por algunos grupos de seres feroces, que diariamente atormentaban con nuevas injurias á los infelices que pasaban al patibulo. Al llegar á él, se amontonaron aquellos monstruos al rededor del carro y con aullidos salvages y gritos horribles empezaron á insultar á los presos. Una de aquellas fieras, se atrevió á escupir al rostro de la hermana de St. George, arrancandole bruscamente el chal que cubria su pecho. Sonrojose vivamente y volviendose á ella, *insulte V. injurie cuanto quiera*, le dijo con un acento angelical, *pero no esponga mi persona*. Confundida aquella furia al ver tanta modestia y dignidad, volvió á darle el chal, con el que al instante se cubrio la honesta y virtuosa joven.

Luego que los dos hermanos estuvieron sobre el cadhalso, se abrazaron tiernamente: Eugenio no hizo mas que apretar mi mano en silencio, y su hermana me presentó graciosamente la suya, que no pude menos de estrechar contra mi corazon. Una espesa nube cubrió entonces mis

ojos.....nada volvi á ver.....solo oí un sonido.....
¡ Oh Dios ! aun me parece oirlo ahora.....fué el
golpe del acha que terminó la existencia de dos
personas tan queridas. No sé lo que fué de mi,
ni lo que senti en aquel momento: Retrocedí
lleno de horror, y al verme salpicado de sangre,
sin duda, habria caido accidentado, si un solda-
do, mas humano que los demas, no me huviese
sostenido. Un diluvio de lagrimas, vino á desa-
hogar mi pecho oprimido, y al punto que me sentí
recobrado, hui de aquel horrible sitio, llegue á
mi casa, arregle mis asuntos y salí al dia sigui-
ente de una tierra donde se ultrajaba á la liber-
tad, cometiendo en su nombre los crímenes mas
atroces.

MADAMA DEHOULIERES

A SUS HIJOS.

IDILIO.

EN estos verdes prados
Que el Sena fertiliza,
Buscad quien os carée
Mis obejas queridas.

He puesto de mi parte
Por vuestro bien y dicha
Cuanto de un amor puro
Esperarse podía;
Pero el rigor del hado
Destruye y aniquila,
Lo que yo he trabajado
Obejas mias queridas.

Injusto os abandona
Al furor y rapiña
De lobos tragadores
Que hambrientos os atisban.
De sus voraces dientes
Sereis presa algun día?
¡ Obejas, mis amores...!
¡ Obejas, mis delicias...!

Vosotras de esta aldéa
La honrra y alegría,
Vosotras que lozanas
Y asaz bien mantenidas,
Sobre la verde hierba
Me dabais á porfía
Mil risueños placeres,
Mil gustos y delicias.

O cuanto os compadezco !
Pero no hay quien resista ;
Sin cayádo ni perros
Defendéros podría ?

En vano al cielo clámo,
Con voces repetidas ;
De mi temor se rie
Y sordo á mis porfias,
Ni me vuelve el cayado
Ni guardianes me envía.

¡ Ojalá que contentas
Amables obejellas
Pudierais sin mi ayuda
Pasar felices días !
El Dios de los pastores
Os defienda la vida,
Sólo este beneficio
Le pide el ansia mía.

Sí queridas obejas
Que tan bien mantenidas
Os tiene mi cuidado

En estas praderias ;
Testigos estos bosques
Y estas verdes colinas:
Pan os defiende y guarda
De ultrages y fatigas,
Y desde la mañana
Hasta acabarse el día
Pástos en abundancia
Benéfico os envia:
Esta accion generosa,
Quedará mientras viva
Estampada én el alma
Y en la memoria mia ;
Y mis dulces canciones
Mil veces repetidas,
Esparciran su gloria
Hasta los otros climas,
Donde el astro brillante
Que separa los días
De las obscuras noches
Solitarias y frias,
Vá á proseguir su curso
A alegrar las campiñas
Y esparcir con sus rayos
La luz y las delicias.

LA ESPERANZA.

ANACREONTICA.

EL unico consuelo
Que la Deidad sagrada
Dejó al hombre en la vida,
Fué la dulce *esperanza*.
Por élla el virtuoso
Sufre el que se le abáta
Y que el vicioso góce
Cuando él desdichas pasa.
Por élla sufre el pobre,
Que esclavo pena y cánta,
Esperando que llégue
Su libertad amada.
Con élla se consuela
Quien pretende y afana,
El que pobre se mira,
El que infeliz se halla.
Por élla el triste amante
Suspira llora y ánsia;
Y el náufrago infelice
La tabla toma y náda.

El labrador por élla
Dá al campa lo que guarda ;
Y el mercader arriesga
Su vida y su substancia.
En fin, solo élla alienta
Al hombre, aunque desgracias,
Le aflijan mas que arénas
Todos los mares lávan.
Ella es la que disípa
El tormento y las ansias,
Que maltratan mi pecho,
Y agítan á mi alma :
Ella la que me inspíra
Con su influencia gráta,
La lisongera idéa
De que aun iré á mi patria,
A gozar las caricias
De mi familia amada,
De mis tiernos amigos
Y de *Silvia* adorada.

EPITÁFIO Á DAFNE.

VICTIMA de la parca asoladora,
Yace bajo este marmol Dafne bella;
No túvo á su favor benigna estrella,
Que dejase en su mal de ser traidora.

Del hado se cumplió la vengadora
Influencia terrible, con que sella
El destino mas triste, pues por élla,
El claro rio, inconsolable llora.

No es su desgracia en tanto grado fuerte,
Que se presúma que jamas pudiera
Otra cosa igualarla en lo llorada.

Pues la rara hermosura y no la suerte
Desventurada, llora esta ribéra
De quien mas bella fué que desgraciada.

SONETO.*

HERMOSOS campos de la patria mia,
Nunca marchitos por el cierzo helado,
Vuestra memoria en mi infeliz estado
Me sigue y atormenta noche y dia.

Amigos caros, grata compañía,
Esposa! tierna madre...! hijo adorado...!
Dulces amadas prendas, cuan trocado
Es mi vivir de lo que ser solía!

¡Ay! perseguido de contraria suerte
Hora me ecuentro cerca al frio polo,
Amenazado de temprana muerte.

Lloro mis males y los lloro solo
Y al acercarse mi fatal partida
Temo la muerte sin amar la vida.

* Compuesto en Succia por un Español muy distinguido,
en los momentos mas criticos de una enfermedad aguda, que
le puso al borde del sepulcro.

do,
ue



Painted by G. S. Hewson.

Engraved by J. B. Longacre.

LA DAMA Y SU MIRLO.

LA DAMA Y SU MIRLO.

¿ Adonde, adonde aspiras
A volar Mirlo mio?
Pues qué el prado, las flores,
Los arboles y riscos,
El curso de las aguas,
Las corrientes del río,
Los aromas que el ayre
Embalsaman, y el *pio*
De tiernas avecillas,
Que te huyen por instinto;
El fresco y dulce ambiente
El resplandor y brillo
Que á natura dá el Sol,
Y de alegría y brío
La llena desque sale
Hasta que sumergído
En las ondas, empeña
Y siempre con ahínco
Con su ausencia el deseo
De que vuelva mas vivo.....
Vale esto acaso mas,
Mirlo, que el séno mio?

Dó tu dueño y mi esposo
Está hablando conmigo
De su amor, de su ausencia
Del tiempo que ha que espiro
Por que vuelva, por verlo,
Por besarlo y unirlo.....
A este pecho que ahora
Me está dando latidos,
Que tu si tienes alma,
Si me quieres.....si fino,
Aplicas algun tanto
Tu instinto y tus oídos,
Oirás su voz....mis ansias,
Mis quejas y suspiros ?
No Mirlo, tu no puedes
Dejarme en tal conflicto.
Y por que? por buscar
(Voy con pena á decirlo)
Por buscar á tus Mirlas,
Por verlas en sus nidos,
Por hacerlas caricias
Y juntar vuestros picos ;
Por placeres que el tiempo
Ha tanto repetido,
Y renovar memorias
De los yá recibidos?
Espera....no te ausentes
No me déjes conmigo
Sola, por que mi esposo

Que habita el pecho mio,
Mientras no está presente
Tu me sirves de alivio.
Díme (pues hablar sabes)
Díme de su cariño
Anunciame se vuelta
Ynspirame tu instinto.....
Vendrá pronto? Estará
Muy lejos de este sitio?
Habla Mirlo; que tienes?
Me inquietas y me aflijo;
Nada dices....ni pítas,
Ni me das bocaditos,
Ni saltas en mi mano
Ni marchas á brinquitos.....
Auguras mi desgracia....?
¡Cielos! que es lo que he oido?
Que pitído es aquése
Tan fuerte y tan sentido?
Se ha muerto? Hablame claro.
Nó, le responde el Mirlo
Si mi instinto no engaña
Ni es faláz mi cariño,
Tu marido ha llegado;
No oyes ese ruido
Que su mano está haciendo
En la puerta, ahora mismo
Y que vá hasta tu pecho
Y que repíte el mío?

Cierto, llega el esposo,
¡ Que trastorno Dios mio !
Enagenada, olvida
Pesár, ausencia y Mirlo
Y en un abrazo tierno
Se queda sin sentido.



LA LECHUZA.



Salió al sol una lechuza
Y se quedó casi muerta,
Por que las lechuzas solo
Pueden vivir en tinieblas.
Ilustrad de pronto á un necio,
Vereis repetir la escena.

VIRGINIA.

Pocas personas hay, que hayan dejado de verter tiernas lagrimas al leer la infausta suerte de Virginia, trazada por la mano maestra de St. Pierre. La certeza que se tiene de que el asunto es fundado en el echo, aumenta el interés y el deseo de saber las circunstancias que le motivaron. Por tanto, creemos que la carta siguiente agradará á los admiradores de esta bellissima invencion.

El sugeto que la ha escrito, examino con el mayor cuidado todos los echos relativos á la perdida del buque; y para conocer mejor los diversos lugares mencionados por St. Pierre, hizo el viage de la isla á pie, deteniendose á visitar cada uno de los puntos de aquel paysage encantador. Prestamos pues la mayor confianza á la exactitud de sus descripciones, y la historia no necesita adornos de la fantasia para hacerla en sumo grado interesante.

He echo las investigaciones que V. me pedia relativas á la perdida del San Gerando, y he des-

cubierto que nada hay de mas verdadero, ni mas tierno, que el acaecimiento de la desgraciada Virginia. He examinado y leído la correspondencia de los Directores de la Compañía de la India, lo mismo que las declaraciones de aquellos que se salvaron del naufragio, todo lo cual se halla archivado. Ademas, casi todas las circunstancias de aquel triste evento, las he sabido por un oficial que conoció y acompañó á Virginia en un viage, cuyo caballero estuvo empleado en salvar los efectos del San Gerando, y habia oido todos los detalles de la perdida á un oficial de Marina que afortunadamente se salvo del peligro.

Venian abordo del buque dos jovenes Mademoiselle Caillon y Mademoiselle Mallet, pero no puedo acordarme ahora cual de las dos era Virginia. Lo cierto es, que siendo aun muy joven fué á la Isla de Francia, y que el año de 1741, volvió á Francia con un tio suyo empleado anteriormente en la Isla como gefe de Ingenieros. Era entonces de edad de diez á doce años, de buena presencia y muy bonita, pero sobre todo interesaba por la sensibilidad y modestia extremadas que caracterizaban todas sus acciones. Habia concluido su educacion y ya sus facultades intelectuales empezaban á desenvolverse, cuando habiendo sido reinstalado su tio, Mr. de Belval, en sus funciones de gefe de Ingenieros, tuvo que volver á la isla y determinó traer consigo á su so-

brina, y se embarcaron en el puerto L'Orient abordo del navio de la compania de la India, el San Gerando. Una joven tan hermosa é interesante como Virginia, no podia dejar de atraerse las atenciones y la admiracion de todos los que la rodeaban, y esto fué lo que sucedió á los pocos dias de viage. Mr. Longchamp de Montendu, uno de los tenientes del navio, fué el primero en rendirle sus homenages. Era de edad de veinte y seis años, alto, de bella figura, y de caracter amable, tierno y entusiasta. Muy pronto conoció las virtudes que adornaban el alma de Virginia, y desde luego le declaró su amor y sus promesas. La conducta que élla observó durante aquel largo viage no desmintió la opinion que él habia formado al conocerla.

No puede presentarse una ocasion mejor, para experimentar el caracter de cualquier individuo, que la de un viage largo y molesto. Entre tantas personas como se embarcan sin haberse visto jamas, no deve extrañarse haya muy pocas que congenien. Sucede regularmente, que á los pocos dias se entristecen y agitan, se vejan y atormentan mutuamente y llegan á irritarse tanto, que al fin ya no pueden contenerse y descubren la aspereza del caracter, oculta hasta entonces, solo por la presuncion ó por las consideraciones debidas á la sociedad; de consiguiente, se engendra el hastio y se aumenta el horror de la situacion,

demasiado á prueba ya, con las enfermedades y disgustos de un viage prolongado. Virginia, no obstante, siempre se mantuvo lo mismo; la presencia de tanta gente y las incomodidades y privaciones, no alteraron lo mas minimo su modestia ni su caracter.

No hay momento de mas placer despues de una larga travesia, que aquel en que se llega á descubrir la tierra. El San Gerando se halló á la vista de élla, la tarde del 17 de Agosto de 1744, y la alegria que causó esta novedad, trajo consigo la demasiada confianza, y aun el descuido, que ciertamente fueron los motivos principales de aquella calamitosa perdida. Mr. de la Marre, Capitan del navio, confió su direccion á los mas practicos en aquella costa y antes de anocheecer se pusieron en facha, con el fin de mantenerse lejos, hasta el amanecer del dia siguiente. Muy luego conocieron que la mar y la corriente los aconchaban hácia la costa, pero calculando, que no debian virar hasta las dos de la mañana, siguieron descuidadamente de la misma vuelta. A poco, empezó a cargarse el horizonte, arreció el viento, la mar se labantó aun mas, y cuando se disponian á virar, se hallaron metidos entre arrecifes, contra uno de los cuales los estrelló la marejada. Con aquel choque tan violento, rindieron los palos y el timon, largaron parte de la quilla, perdieron los botes, y póco despues, las

furiosas olas que chocaban en los costados casi abiertos, empezaron á anegar la cubierta.

A visto de un peligro tan terrible, cada cual procuró salvarse como pudo; mas sin embargo de la confusion y las angustias, Longchamp no abandonó un solo momento á Virginia, hasta que resolvió ir á nado á la isla del Ambar que estaba á tres millas, prometiendole que volvería con una canoa, pára librarla de aquella horrorosa situacion, aunque en élla le fuese su vida. Arrojose pues al agua y pudo llegar á tierra sin accidente alguno, lo cual parecia á V. increíble, si yo no le mencionase que el sinnumero de baxios y rocas de que aquello está cubierto, al paso que aumentan el peligro, proporcionan algun descanso. Casi toda la gente siguió el egemplo de Mr. Longchamp, pero muy pocos fueron los que lograron igual suerte, por que la obscuridad de la noche y los despojos del buque, aumentaban los trabajos y el horror. Mr. de la Marre, que juzgó indecoroso el despojarse de su ropa, se agarro á un tablon, mas despues de haber luchado durante mucho tiempo con la fuerza irresistible de la mar, fue victima de una ola furiosa que le estrelló contra una peña. No bien habia amanecido el dia siguiente, cuando el navio se abrió y en él, la sepultura de cerca de cien desgraciados enfermos que yacian en sus hamacas, imposibilitados y sin esperanza de salvarse. Virginia,

era casi la única que en medio de los destrozos del naufragio, presenciaba las horribles imágenes de la muerte que turbaban sus sentidos. Juzgue V. de su situación horrorosa, al verse rodeada de cadáveres y moribundos, oprimidos por el maderage flotante, y cuyos lastimeros gemidos, iban á confundirse con el ruido violento y estrepitoso de las olas.

Sin embargo, hay ocasiones en que nos familiarizamos con la idea de la muerte bajo cualquiera forma que se presente. Parece que la Providencia, siempre misericordiosa aun en sus mas severos juicios, dulcifica el aspecto destructor de aquella; y que la naturaleza humana, aniquilada por tan intensos sufrimientos, recibe alivio, de la misma pena, en los brazos de la muerte.

Todas las esperanzas que Longchamp tenia de hallar recursos se desvanecieron al pisar la playa, pues era inhabitada, y pasó la noche errando de una parte á otra, creyendo que al amanecer podría quizás buscar algun auxilio. Con los primeros crepusculos de la aurora, acabo de distinguir la soledad que le rodeaba, y para colmo de desesperacion, al dirigir sus tristes miradas al casco casi sumergido del navio, vio, ó mas bien su amor le hizo ver á su adorada amante. Devorado por los sentimientos tiernos y generosos de su corazon y sin escuchar mas que las voces de la amistad y el amor, se arrojó al agua, y

evitando con destreza y valor increíbles, los riesgos que le circundaban, llegó á la vista de Virginia. La presencia de esta joven aumenta su animo y sus esfuerzos y consigue llegar abordo. Allí empleo todos los argumentos que su imaginacion le sugeria para persuadirla á que se despojase de sus vestidos, pues de otro modo era casi cierto el perecer: mas todas sus suplicas fueron vanas; Virginia se rehusó abiertamente. Viendo pues Longchamp que su situacion no admitia el mas leve retardo, la tomó sobre sus hombros y se echó al agua, confiando en la providencia, mas bien que en su valor y sus fuerzas. Animado con la esperanza de salvar á su amada, continuó nadando por largo tiempo, á pesar de la carga preciosa que llevaba, hasta que abrumado con élla y estrechado por las brazos de Virginia, cuyas ropas tambien le impedian nadar, conoció que las fuerzas le abandonaban, y que le era imposible resistir mas tiempo al turbulento océano. Virginia en aquel momento, abrazó á su amante, y al dirigirse mutuamente sus ultimas miradas, fueron sepultados por una ola furiosa. Parece que la mar quiso respetar aquella sagrada union, trayendolos á la playa, donde despues se hallaron, fuertemente abrazados.

Este fue el fin de aquellos infelices amantes, victimas de una pasion tierna y generosa y de la extremada modestia de Virginia, que en otra edad

mas madura, habria sin duda sacrificado, por salvar su vida y la de su amante. No hay ninguna lapida que transmita á la posteridad, la memoria de estos dos seres tan interesantes, cuya noble y generosa conducta, fue un tributo á la virtud y al amor mas puro.

De doscientas y cincuenta personas que venian en el navio, solo se salvaron un oficial y ocho marineros. La perdida, no se supo en Puerto Luis, hasta dos dias despues; de modo que todos los recursos que trajeron fueron inutil, y solo te ocuparon en dar sepultura á los cadaveres que salieron á la playa, á cuya solemne ceremonia asistió el cura de la parroquia de las Pamplemusas. He examinado las fees de muertos que se hallan en el archivo de la Iglesia, pero no he visto las de aquellos amantes. El *Cabo Desgraciado*, toma su nombre de las rocas y arrecifes que le circundan, los cuales han ocasionado algunas desgracias. La *Bahia del sepulcro*, es asi llamada por haberse enterrado cerca de élla un caballero Holandes, en los tiempos en que esta isla pertenecía á aquella nacion. El San Gerando se perdió á tres millas de la isla del Ambar y á cuatro de la de Francia; por esto se le ha dado el nombre de *paso del San Gerando*.

LOS ASNOS LETRADOS.

FABULA.

MANOS á la obra
Oygan en silencio,
Una historia cierta
Que parece cuento,
Y á módo de fábula
Se ha puesto por eso.

Había dos Asnos
De famosos tercios
Y de pelo rúcio;
Pero, ahora en pélos
No hay por que pararse,
Pues se pierde el tiempo.
Sucedió que el úno
Dijo al compañero;
Me ha ocurrido, amigo,
Un gran pensamiento;
Que así como hay hombres,
Que presumen sérlo,
Y por táles pásan
Siendo Asnos eternos....

Si en lugar de albarda,
Cápa nos ponemos
Y la demas rópa,
Logrando el intento
De andar en dos pátas,
O á fuerza de ingénio
O ya bien, sacando
Algun privilegio,
(Que no es imposible
Segun anda el tiempo)
Será cosa fácil
Por hombres pasémos,
Y aún por hombres sabios
Si nos sópla el viento:
Y si por desgracia
No sále el proyecto,
Asnos nos quedamos
Y nada perdémos.

Aprobó el amigo,
Tan justo deséo
Y pregunta al ótro,
¿A qué nos pondrémos?
¿A que? á estudiantes,
Replicó el primero;
Pues viendo á los hombres
Vestidos de nuevo,
Cargados de libros,
Siempre decidiendo
Y hablando, con guantes,

Corbata y pañuelo,
Teniendolos todos,
Siempre en movimiento,
La opinion se lógra
De sutil ingenio,
Y vuela su fama
Por todos los reynos.

No dice la história,
Como consiguieron
Encontrar un sastre
Tan hábil y diestro,
Que los disfrazase
De sabio al momento :
Quizá sera uno
Que á cierto jumento
Le ha cortado un sáyo,
Que vá descubriendo
Siempre lo que es,
Cual si fuera en cueros ;
Mas esta no importa,
Volvamos al cuento.

Nuestros dos borricos
Fueron al Licéo,
Compraron sus libros
Y á lucir salieron
Entre literatos,
Mas con mucho miedo,
Por que se temían
Viesen lo *jumento*

LOS ASNOS LETRADOS.

Y llevar mas palos
Que dá un arriero:
Pero la costumbre
De tratar el pueblo
Con mas que llovidos
Lo mismo que ellos,
Hizo que ninguno
Les tocase al pelo,
Y que se lograsen
Todos sus deseos.
Hicieron sus cursos
Con gran lucimiento,
Pasmaron al mundo
Con sus argumentos;
Rebuznos humanos
Fingían, tan diestros,
Que los de su pálo,
Que eran hombres hechos,
(Pues los hay tan burros
Como los jumentos)
Decian de su ciencia
Prodigios, portentos.
Tomaron sus grados,
Y doctores héchos
Pasan ya en la villa
Por hombres perfectos.

¡ Lo que hacen la rópa
Y el atrevimiento !
En la sociedad
Hay millones de éstos,
Y como otra cosa
Pásan entre ellos.



EPIGRAMA.



Cuando os cura el doctór fiel
El vivir que lograis vos
Es que así lo ordenó él,
Y el morir (caso cruel)
Es que así lo ordenó Dios.

HISTORIA DE CHORLULY ALI BACHA,

SUCESOR DE BALTAGI MEHEMET PACHA.

CHORLULY ALI BACHA, nació en Chorlo, ciudad de Tracia, de la cual tomó su nombre. Sus parientes, que eran sumamente pobres, le hicieron aprender el oficio de barbero, cuando aun contaba doce años.

Cara Bairam Ogli, Capugi Bachi, en un viage á Andrinopolis, donde Mahomet IV. tenia entonces su Corte, fué á rendir una de sus jornadas á casa del padre de Chorluly, y habiendole agradado sobre manera su aspecto y disposiciones naturales, se lo llevó consigo á pesar de su familia. Luego que llegó á la Capital, lo puso en una escuela, y sus progresos fueron tan rapidos y singulares, que Cara Bairam se privó generosamente de los servicios particulares que debia esperar del alumno, y lo presentó en la Corte, con el objeto de que fuese util al estado. En efecto, tuvo bastante favor para proporcionarle varios empleos en palacio, y cuando Mustapha II. subió al trono, ya

ocupaba Chorluly el de camarero. Esta fué la epoca en que él pudo mostrar los brillantes cualidades que le adornaban y que habia tenido ocultas durante los reynados anteriores. Muy pronto percibió Mustapha el merito del camarero, y no tuvo reparo en honrarle con los titulos de amigo y confidente; de modo, que antes de dos años ascendió á la segunda dignidad del imperio, y á poco á la Visir, prometiendole al mismo tiempo la mano de su hija, cuando ésta cumpliese los diez y seis años.

Despues que Ahmet, destronó á Mustapha, sufrió Chorluly las humillaciones y trabajos consiguientes, hasta que informado Ahmet de sus meritos y circunstancias lo creó Baja de Damas y de Tripoli, y dos años despues le dió en matrimonio á su sobrina, por cumplir con la promesa de su hermano le habia echo.

Luego que llegó á la dignidad de Visir, adquirió tan gran reputacion que á no haberla eclipsado con el defecto de la avaricia, sin duda mereceria ocupar un lugar entre los grandes hombres de su siglo. Jamas opinaba por la guerra, especialmente contra los cristianos, por que estaba persuadido que el furor y la multitud, valian muy poco contra enemigos bien disciplinados. Habiendo sido acusado de mala fé por el Rey de Suecia, y depuesto por las razones que ya se saben por la historia, pidió y obtuvo del Sultan el permiso de retirarse á vivir como simple particular á un pueblecillo

extramuros, llamado Eyub. Mas sin embargo, recibia continuamente en su retiro las visitas de los primeros personajes del imperio.

Un dia que le hablaban sobre su deposicion, tuvo la imprudencia de contestar, "Que lo que mas sentia en medio de su desgracia, no era la perdida de una dignidad cuyo peso le habia agoviado largo tiempo; sino el haber perdido su alma, por satisfacer la ambicion del Emperador y haber reducido á la indigencia á muchos ciudadanos honrados." No faltó quien refiriese esto á Ahmet, el cual irritado con aquel discurso, y sospechando que su objeto era tramar alguna conspiracion contra él, lo nombró á pocos dias Baja de Egipto, con la orden de que saliese al punto, para su destino, dando por otro lado, la de que le detuviesen en el camino y condujesen desterrado á Mitylena, donde le tuvo entretenido con dulzura y alhagos, durante todo el tiempo que duró su guerra con la Rusia, pues su objeto, en caso de algun reves, era llamarle, aprovecharse de sus sabios consejos y acaso entregarle las riendas del gobierno: mas luego que se considero seguro, le mandó decapitar.

Dicen que Ahmet se arrepentia frecuentemente de haber egecutado un acto tan cruel y violento, pues con él habia privado al imperio otomano de un grande hombre y de su mas firme apoyo; y efectivamente era uno de los que podian colocarse

entre los genios de primer orden de la Europa. Su penetracion, su juicio, su memoria y elocuencia eran cualidades que todos admiraban en él. Entre el sinnúmero de negocios que tenia que despachar diariamente, hacia que le leyesen dos á la vez y los comprendia con una facilidad singular, sin equivocarse jamas en sus decisiones, aunque al mismo tiempo le fuese preciso atender á las causas que se juzgaban en el *Kandilas Ker* y tuviese que dar su opinion sobre ellas. Muchos egemplos se citan de su justicia admirable, entre los cuales basta referir el siguiente.

Un mercader turco habia perdido en la calle una bolsa que contenia doscientas monedas de oro. Dirigióse al pregonero publico y le dijo declarase que el dueño de la bolsa, daria la mitad de la suma al que la hubiese hallado. Un honrado marinero que habia tenido la fortuna de hallar la bolsa, prefirió mas bien entregarla y gozar legitimamente de la recompensa ofrecida, que el guardar toda la cantidad y esconderla, especialmente, cuando un articulo del Alcoran, previene que aquel que conserve una cosa perdida despues de haber sido pregonada, será declarado, ladron. De consiguiente, se presentó al pregonero con el hallazgo diciendo que estaba pronto á entregarlo luego que recibiese el premio ofrecido. Llegó en esto el mercader, quien muy contento de haber hallado su bolsa, trató de retraer su palabra, y no pudiendo conse-

guirlo, recurrió á la mentira, diciendo que ademas de las doscientas piezas de oro, habia dentro de la bolsa una esmeralda preciosisima la cual no cesaba de reclamar del mismo marinero. Este infeliz, juró por el cielo y por el profeta que no habia hallado semejante esmeralda, mas sin embargo fué conducido ante el Cadí y acusado de robo. Sea injusticia ó bien descuido, el juez aunque muy luego descargó al marinero del crimen que se le imputaba, no dejó de reprehenderle agriamente por la perdida de una alhaja tan preciosa, y le forzó á que entregase al mercader la bolsa con las doscientas piezas de oro, sin derecho á reclamar recompensa alguna. Una sentencia tan injusta, que disipaba á un mismo tiempo la esperanza y honradez del pobre marinero, obligó á este á llevar la queja al Visir, quien la juzgó muy digna de su atencion: Presentaronse las partes y despues de haber oído al mercader, preguntó al pregonero, cual era la orden que habia recibido de aquel, y en que terminos le habia mandado anunciar la perdida. Respondió ingenuamente que el mercader no le habia hablado mas que de las doscientas piezas de oro; y éste se apresuró á replicar que si no habia mencionado la esmeralda fué, temiendo que la bolsa cayese en manos de algun ignorante que no conociese el valor de la alhaja, ó de algun otro, que conociendolo, la ocultase maliciosamente. Oyó el Visir en seguida al marinero, el cual terminó su

narracion jurando que solo habia hallado en la bolsa los doscientos escudos de oro.

He aqui la decision del Visir, por la cual puede juzgarse de su rectitud, juicio, y experiencia.

“Puesto que el mercader ha perdido una esmeralda con doscientas monedas de oro, y que el marinero jura, que en la bolsa hallada no habia tal esmeralda, es claro que la bolsa y el oro que el marinero halló, no son los que el mercader ha perdido, y que esta perdida la ha hecho alguna otra persona. En vista de lo cual, haga el mercader que continuen pregonando su oro y su esmeralda, hasta que se presente con ellos alguno otro hombre honrado y timorato. Por lo que respecta al marinero, conservará y guardará su hallazgo, por espacio de cuarenta dias; y si durante aquel tiempo, no se presenta el dueño de la bolsa, podrá gozar legitimamente de la cantidad que contenia.”

EL HONOR.

¡Oh honor! O falsa sombra de la idea!
Fantasma del discurso, idolo vano;
En cuyo inutil culto el hombre empléa
Los sacrificios de su ser humano.
Tu haces que esclava vil, la razon séa
De tu imperio politico y tirano;
Y en fin, por tí se vé forzado el juicio,
A seguir el error, á amar el vicio.

Hijo de la ambicion, (madre de cuantas
Desventuras el orbe en sí contiene,)
Pues de ofensas al mundo aumentas tantas
Que aun la luz natural no las previene.
Con aparentes dichas nos espantas,
Con aprehension tu engaño nos detiene,
Y esclavizando en tí nuestro talento
Te llamamos placer y eres tormento.

Solo al capricho vano recompensas
Dejando á la razon siempre quejósas;
Siempre tus premios son del juicio ofensas,
Y es sola la ilusion por ti dichosa.
Del claro ingenio á la virtud y expensas,
Nos finges una sombra venturosa
Y nos haces buscar contento extraño,
Nó en la verdad, sino en el duro engaño.

Por tí, se ven esclavas las naciones,
Desmintiendo de libres los vivientes ;
Juzgan de realidad las aprehensiones
Las cultivadas y estudiosas gentes.
Por tí todo se funda en opiniones
Con placer y pesar solo aparentes ;
Y el juicio natural desordenado,
Todo lo lleva por razon de estado.

La vida que la alhaja de mas precio
Por la divina mano recibida,
Lo es por tí tan solo de desprecio
Si en tu interes hay causa que lo impida:
Toda accion corre expuesta al menosprecio
Si se opone á tu ley descomedida ;
¡ O cuantas el amor con yerro insano
Victimas hace del linage humano!

Estimacion y aun gloria, te apellidan
Los que adoptan tus locas opiniones,
Y aquellos que por tí la suya olvidan
Te dan trono en sus viles corazones:
Justo es que vanos nombres solo pidan
Quienes se pagan solo de ilusiones,
Viendo que aun el gentil de errado juicio
No te ofreció su altar ni sacrificio.

LA LETRA DE CAMBIO.

ANECDOTA.

HACE algunos años que un comerciante ingles salió de su pais, á establecerse en una de las colonias del Oeste, el cual, despues que hubo adquirido una fortuna inmensa, juzgó que no podia ser enteramente feliz, sino la dividia con una muger de merito. Empezó á practicar las mayores diligencias, pero viendo que no era facil hallar en la isla, ninguna que le conviniese, resolvió dirigirse á un amigo y corresponsal suyo, residente en Londres, de cuya exactitud y providad estaba muy satisfecho. Siguiendo el estilo epistolar del comercio á que estaba acostumbrado, escribió una carta, en la que, despues de hablarle sobre varios negocios, añadia: “Debo participar á V. que habiendo “resuelto casarme y no hallando en ésta ningun “articulo proporcionado, util y conveniente, he “de merecerle á V., que se sirva buscar en ésa “y remitirme por el primer buque con direccion “á este puerto, una joven de las cualidades y ba- “jo las condiciones que indicaré, sin necesidad de “que V. se pare en la dote, pues no la pido ni

“ nec
“ com
“ de
“ su
“ bast
“ cam
“ V.
“ to
“ ver
“ dist
“ son
“ pue
“ can
“ una
“ par
“ que
“ nad
“ cac
“ casa
El
parraf
su fut
fardo
mitirle
laconic
que s
efecto
uno de
joven

“necesito. Quiero que sean honrradas, asi élla
“como su familia; de veinte á veinte y cinco años
“de edad; de caracter suave, sin tacha alguna en
“su reputacion; de buena salud y de constitucion
“bastante robusta para sobrellevar las fatigas y
“cambio del clima, y no verme obligado á pedir á
“V. otra, por enfermedad, achaques ó fallecimien-
“to de la que me envíe; lo cual, creo deber ad-
“vertir á V, vistos los peligros del mar y la gran
“distancia que debe atravesar. Si V. halla la per-
“sona, con las cualidades y requisitos que exijo,
“puede remitermela desde luego con una letra de
“cambio en que se detallen sus circunstancias, y
“una copia de esta carta, certificada en forma,
“para evitar accidentes; en la inteligencia, de
“que si llega á puerto de salvamento, acondicio-
“nada como corresponde y debo esperar de su efi-
“cacia de V, me obligo á honrrar la dicha letra y
“casarme con la portadora, á quince dias vista.”

El corresponsal de Londres leyó y releyó este parrafo tan extraño, en el cual, su amigo trataba á su futura esposa, del mismo modo que si fuese un fardo de generos ú otro de los efectos que debia remitirle, y admirando la prudente exactitud y estilo laconico del americano, empezó á dar los pasos que se requerian para lograr complacerle. En efecto, á pocos dias, tuvo la fortuna de hallar en uno de los barrios mas retirados de Londres, una joven bella y amable, que reunia ademas, todas

las condiciones expresadas, la cual, viendose sin caudal ni esperanzas, aceptó la proposicion al momento. Pasaronse dos semanas en hacer los preparativos para el viage, al cabo de las cuales, se embarcó la novia en el mismo buque en que iban los demas efectos, proveida de certificaciones y documentos que acreditaban su conducta y circunstancias, y á mas, de la letra de cambio endosada por el corresponsal, quien al mismo tiempo aprovecho la salida de otros buques, para enviar las cartas de aviso, incluyendo á la novia en la factura general bajo los terminos siguientes. “Una joven de veinte y un años de edad y de las cualidades mencionadas, en orden de V. recibida al efecto, como verá por las certificaciones y documentos que élla mostrará á su llegada.” El comerciante recibió los avisos, dias antes que arribase al puerto el genero que tanto deseaba, y se preparó á recibir á la novia, muy persuadido de que seria segun él la habia pedido á su amigo. Llegó el buque con toda felicidad en treinta y dos dias, é inmediatamente fué abordo, donde vió a una Señorita muy hermosa, quien despues de haberse informado del nombre del comerciante, se dirigió á él y con una voz dulcisima, le dijo: Caballero, traygo una letra de cambio para V, la cual espero se servirá áceptar y satisfacer cuando convenga; y al mismo tiempo puso en sus manos la carta de su corresponsal en cuyo sobre estaba escrito de su puño—La portadora de esta

carta
viase
nunca
cialm
envia
tarla
perma

La
cion c
lebró
cio, á

carta es la esposa que V. se sirvió ordenarme le enviase:—*Senorita*, dijo el ya enamorado americano; *nunca he dejado de pagar mis letras de cambio, especialmente las que me ha dirigido el sugeto que ahora envia ésta; de consiguiente, no puedo menos de aceptarla gustosísimo y me consideraré dichoso si V. me permite satisfacerla antes del termino que previene.*

La novia fué conducida al instante á una habitacion que se le tenia preparada, y á pocos dias se celebró el matrimonio, con lo que se dió fin el negocio, á gusto y satisfaccion de ambos.

Á EMILIA AUSENTE.

Ya sin tu vista se entristece el prado,
Las fuentes todas su clareza pierden,
Y ya tu ausencia el claro Hudson llora,
Lloran sus Ninfas.

Ya cesó el canto de sonoras aves,
Ya se marchitan las fragrantas flores,
Y todo anuncia, todo nos presenta,
Tristeza y llanto.

Yo miserable sin cesár me aflijo
Cual tortolilla que perdio á su amante,
A todas horas arrojando al viento
Tiernos suspiros.

Quieran los cielos conservar tus gracias,
Y á aqueste sitio te retornen presto
Para que logre tu presencia el prado,
Felice Emilia.

LA CONSULTA.

Extractado de una obra inglesa.

UNA Dama desconocida, tuvo la bondad de honrarme dias pasados, con una visita. Su edad, al parecer, era de veinte y ocho á treinta años; brillaba en su rostro la salud, y sus ojos mostraban una vivacidad que absolutamente convenia, segun yo creo, con el tono lastimero de que usó al hablarme. No sé si élla lo percibió, pero noté que repentinamente bajó la vista y con triste acento me dijo; Mr. Bickerstaff, aqui tiene V. la mas desgraciada de las mugeres: La reputacion que V. goza, no solo de gran jurisconsulto, sino tambien de habil astrologo y fisico consumado, me han hecho venir á implorar de V. sus consejos y auxilios para obtener el divorcio, que creo debe acordarseme, segun las leyes. Señora respondí; si V. desea y pretende mis consejos sirvase explicarme claramente sus pesares. No creia yo, replicó al instante, que se necesitase ni aun la mitad de la ciencia que V. posée para adivinar los motivos que pueden inducir á una muger á separarse de su marido. Es verdad, Señora; pero aqui no se trata

de adivinar, por que un proceso, no puede ni debe formarse sobre congeturas. Entonces, cubriendose el rostro con su abanico; mi marido, dijo, tiene tanto de marido, (aqui, ya no pudo contener sus lagrimas) como los Italianos que cantan en la Opera.

Señora, le contesté; las leyes pueden proporcionar un remedio á la afliccion y desgracia de V; pero antes de todo, es preciso que V. considere bien, las infinitas mortificaciones que tendrá que sufrir si este asunto se hace notorio. Podría V. tolerar las risas, tal vez, descompuestas, de todo un tribunal, las reflexiones licensiosas de los abogados, y ademas de todo esto, los comentarios é interpretaciones del publico y el colorido que se daría en la sociedad á la conducta de V.? Como, dirían, no ha tenido esta Señora, fortaleza para moderar sus deseos y ocultar defectos inevitables?

Iba á continuar, pero me interrumpió, no sin alguna emocion, diciendome, Mr. Bickerstaff; al entrar aqui, dí á V. media guinea, con el fin de saber su opinion, sobre el metodo que debo seguir para obtener mi divorcio; de consiguiente á V. es á quien toca—Pues bien, Señora, respondí al instante; sirvase V. decirme que edad tiene su marido. Tiene, dijo la bella afligida, cincuenta años y hace quince meses que nos hemos casado.—Pero V. debia haber venido á quejarse mucho antes; tiene V. herederos, ó amigos acreedores á

su conf
grimas,
desgra

Conf
aquel
ñora,
desgra
zan á
Mas es
mas, y
joven
que yo

su confianza? ¡Ay! contestó, echa un mar de lágrimas, solo hace doce dias que me sucede esta desgracia.

Confieso, que toda mi gravedad vino á tierra en aquel momento, y no pude contener la risa. Señora, las leyes, le dije, no pueden remediar tales desgracias, ni toda la fisica, ni la astrologia alcanzan á curar la impotencia que tanto aflige á V. Mas esto, no solo, no la satisfizo, sino que la irritó mas, y se fué diciendome iba á consultar con un joven legista de Oxford, que sabia cien veces mas que yo y que toda mi familia.

Á UN JUSTO.

EPITAFIO.

En la inerte ceniza que reserva
El breve hueco de esta losa heláda,
De un volcan de piedad acrisolada
El pabulo dichoso se conserva.

Aunque su llama por la furia acerba
De la parca parece sofocáda
Allá en el firmamento colocada,
Está burlando su intencion proterba.

Muevan, expectador, tu tierno llanto,
Un sol de caridad enardecida
Un heroe de virtud acreditada;

Un varon justo, religioso y santo,
Un modelo egemplar de buena vida,
Un todo de piedad que ya hoy es nada.

al Ma



EL PODER DEL AMOR.

Engraved by A. B. Durand from a beautiful Antique Painting in the possession of Mr. Paff of New York.

Ayuntamiento de Madrid
Carey, Lea & Carey Philad. 1829.

H I M N O,

AL AMOR.

Amor poderoso en el cielo y tierra,
Dulcisima guerra de aquestos sentidos,
¡ O cuantos perdidos con vida inquieta
Tu imperio sujeta!

Con vanos deleytes y locos empleos,
Ardientes deseos y helados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Usurpas los años.

Tirano violento de tiernas edades,
El bien persuades y el mal precipitas,
El fin solicitas del mismo á quien quieres :
¡ Tan barbaro eres !

Huid sus engaños haced resistencia
A tanta violencia ó locos amantes,
Que son semejantes al aspid en flores
Sus vanos favores.

Templa las flechas en agua de olvido,
Amor bien nacido, de iguales extremos,
Por que cantemos tus loores divinos
En saficos himnos.

EL INTRIGANTE.

SIEMPRE ha sido fecunda la Italia, en hombres de ingenio; pero entre algunos, los ha habido de una agudeza extraordinaria. El sugeto, cuya sagacidad y ardidés, vamos á exponer, pertenecía á una honrada familia de Final, cerca de Genova; y puesto que su nombre en la causa ruidosa que se le formó en Paris, era el de Francisco Fava, natural de Capriola, Doctor en Medicina, continuaremos nombrandole asi.

Este Fava, en la primavera de su edad, salió á viajar por las provincias de Italia, en las cuales egerció la medicina, distinguiendose especialmente por las curas de los venenos, en cuyo arte, era consumado. A la edad de treinta y cuatro ó treinta y cinco años, se estableció en Orta (condado de Novarra) donde, continuando siempre la profesion de medico, llegó á enamorarse de Catalina Oliva, hija de un tratante en aceytes, residente en aquel pueblo. Pidiola en matrimonio, nombrandose Cesar Fiori, natural de San Saverino cerca de Napoles, pero como Oliva no le conocia mas que por su habilidad, ni sabia su extraccion ni el lugar de su nacimiento, deseó instruirse y tener algun testimo-

nio autentico antes de dar su palabra. Fava, para satisfacer aquel deseo, forjó un testimonio que escribió y selló autenticamente, en el cual se certificaba que pertenecía á la casa de San Severino y que era soltero. Con esta seguridad, consintió Oliva en darle su hija y duró este matrimonio diez ó doce años, durante los cuales tuvo varios hijos. Despues de haber permanecido algun tiempo en Orta, mudó Fava su habitacion, pasando á domiciliarse á Castelarca siete ú ocho leguas distante de Plasencia, con el nombre de Francisco Fava.

Al principio del año de 1607, se halló Fava rodeado de una familia numerosa á cuyos gastos no podia subvenir con la profesion que egercia. Concivio pues un proyecto temerario y peligroso y resolvió dar el golpe, con el objeto de asegurar su subsistencia para el resto de su vida. Partió de Castelarca en los dias de Pascua, llegó á Napoles, y despues de haberse informado que el banquero de mas reputacion en la ciudad, se llamaba Alejandro Bossa, se dirigió á él, fingiendose Abad, con el fin de librar en una letra de cambia, 50 escudos á un sobrino suyo estudiante en Roma que á la sazón se hallaba en Venecia con motivo de algunos asuntos. Entregó á Bossa la referida cantidad y recibió de él una letra por igual suma. Guardó Fava aquel documento durante algunos dias, se retiró á su cuarto y se entretuvo en aprender á imitar la firma y letra de Bossa, para lo cual tenia una destreza y

habilidad singulares. Al cabo de quince dias, volvió á casa de Bossa con la letra de cambio y retiró sus 50 escudos, manifestandole que sus negocios estaban ya terminados en Venecia, y por consiguiente no necesitaba poner alli dinero alguno.

Cuando Fava habia ido á casa de Bossa para tratar sobre el negocio de la letra pudo coger del escritorio algunas cartas y otros papeles, que aunque inútiles, podian serle interesantes, por cuanto estaban escritos por el mismo Bossa y por uno de sus corresponsales llamado Francisco Bordenali. Aun hizo mas; espíó la hora en que Bossa salia de su casa, se dirigió al escritorio, en donde solo halló un muchacho, fingió tener algun asunto que tratar con su amo, y le pidió papel y tintero diciendo que queria despachar su correo mientras aquel venia. Efectivamente, escribió cinco ó seis cartas, las cerró y selló, cubriendolas en seguida con otro sobre, al que puso tambien el mismo séllo.

Dos objetos fueron los que le obligaron á escribir; el primero, con el de examinar la marca del papel en que por lo regular escribia Bossa y comprar de la misma calidad, lo que hizo; y el segundo para asegurarse del sello. Llegó á su casa y se dió prisa á arrancar los sellos que debian servirle en adelante, fuese para colocarlos sobre otras cartas que pensaba falsificar ó bien para mandar hacer uno totalmente igual al de Bossa.

Ademas de los quince dias que Fava habia re-

sidido en Napoles, permaneció mes y medio mas, durante cuyo tiempo acabó de perfeccionarse en la falsificacion de la letra de Bossa y en la de Bordenali.

En el mes de Julio, salió de Napoles con direccion á Padua, en cuyo punto, pensaba egecutar el stratagema de falsedad que habia imaginado. Luego que llegó á aquella ciudad, se vistio de simple sacerdote y ya entrada la noche, se presentó en casa del Obispo de Concordia, de quien habia oido hablar varias veces, suponiendose y haciendole saber que era el Obispo de Venafrý, en el Reyno de Napoles, á quien algunos Señores napolitanos habian imputado tener amores con una sobrina del Duque de Gaëtan; que esta acusacion, le habia forzado á huir de su Obispado y á hacer un viage á Roma para justificarse con Su Santidad; pero que á su llegada á aquella Capital, sus enemigos no habian cesado de conspirar contra él, publica y clandestinamente, hasta el punto de haber llegado á corromper con dinero á uno de sus sirvientes para que le envenenase; de suerte, que para salvar su vida, se vió en la necesidad de disfrazarse y salir de Roma para Padua, durante cuyo viage habia sufrido infinitos temores; pero que considerandose ya en un santo asilo, esperaba que su S. I. le tendiese los brazos, ayudase y favoreciese. La gracia que esperaba alcanzar del prelado, era que por medio de su credito (pues no se

atrevia á emprender nada por si mismo, temiendo ser descubierto por sus enemigos) le proporcionase un sugeto, por cuyo nombre y mediacion pudiese poner en Venecia diez mil ducados que tenia en Napoles, en poder del Señor Juan Bautista de Carraciola, Marques de Saint-Arme y hermano del Arzobispo de Bary, unicos Señores que le asistian en su desgracia, como amigos y aliados; especialmente, habiendo prometido en casamiento, una de sus sobrinas con ciento y cincuenta mil ducados de dote, al citado Marques, cuyas bodas debian solemnizarse por Pascuas; y que de los diez mil ducados, era su intencion comprar algunos diamantes, perlas y cadenas de oro, para hacer un presente á aquellos Principes, los cuales podian con su influjo arreglar sus asuntos y hacer que se le repusiese en su obispado.

El Obispo de Concordia, condolido de su situacion, prometio favorecerle y servirle, especialmente con la amistad de un confidente suyo llamado Francisco Bertoloni, comerciante y banquero residente en Venecia, por cuyo medio se podian hacer remitir facilmente á aquella ciudad, los diez mil ducados que tenia en Napoles, en poder del Marques de Saint-Arme, á fin de que por una orden se los entregasen en Venecia. Despidose del Obispo, el cual quiso ir á acompañarle hasta la puerta de su posada, pero Fava se excusó, dandole gracias, temiendo que aquella ceremonia pudiese

descubrir quien él era. Uno de los familiares del Obispo, llamado D. Martin, entraba cuando aquel salia; y sea, ó por que lo creia, ó por que hubiese oido hablar á Fava y desease contarselo á su amo, le dijo que le parecia haber visto aquel hombre en Roma, vestido de Obispo; de modo que si el de Concordia, hubiere tenido alguna sospecha sobre Fava y su calidad, el testimonio de D. Martin habria bastado para disiparsela.

Fava, siguiendo el proyecto empezado, fingió que habia escrito, y dejó pasar diez dias, que era el tiempo que se necesitaba para ir de Padua á Napoles y volver de éste á Venecia; y al cabo de ellos entregó á Octavio Oliva, uno de los hermanos de su muger, que habia traído en su compañía, un paquete de cartas para que las llevase á Venecia (fingiendo ser un correo que venia de Napoles) á casa de Angel Bossa, comerciante y banquero, tio y corresponsal de Alejandro Bossa, banquero residente en Napoles.

Oliva entrega el paquete á Angel Bossa; lo abre y halla dentro una carta para él, de su sobrino Alejandro, y otras tres cartas del Marques de Saint-Arme, dirigidas, una al Obispo de Venafrý, otra al de Concordia y la tercera á Antonio Bertoloni. Envia Angel Bossa el paquete de tres cartas al Obispo de Concordia; éste hace llamar al supuesto prelado de Venafrý, le entrega la carta que venia para él y envia á Venecia la de Antonio Berto-

loni con un aviso del negocio, sin decirle que el sugeto por quien habia de recibir los diez mil ducados era el Obispo de Venafry, ni por que el negocio se hacia de aquel modo; sino rogandole simplemente que recibiese aquella suma para un prelado amigo suyo cuando le enviaron la letra de cambio, con la cual, haria lo que él le explicase mas adelante.

Todas estas cartas, habian sido falsificadas por Fava; á saber, la de Alejandro Bossa, escrita en papel comprado en Ancona, y sellada con el sello del mismo Bossa; y las del Marques de Saint-Arme, de otro papel, letra y sello distintos.

Tres dias despues de esto, supuso Fava haber recibido otro paquete con cinco cartas: la primera, era una letra de cambio firmada por Francisco Bordenali corresponsal de Alejandro Bossa; la segunda una carta de credito de éste á su tio Angel Bossa; y las otras, del mismo Marques de Saint-Arme, á Fava, Obispo supuesto de Venafry, á el de Concordia y á Bertoloni, todas las cuales eran falsificadas como las anteriores.

La del Obispo de Concordia decia asi. *Debo participar á V. S. Ima. que segun las que le dirigi hace tres dias he entregado los diez mil ducados que tenia para el Señor Obispo de Venafry, al banquero Alejandro Bossa, de quien he recibido una letra de cambio á nombre del Señor Antonio Bertoloni y cuyo documento remito al Obispo de Venafry. Sirvase V.*

S. Ima, dar una orden para que este Señor reciba los diamantes, perlas y cadenas de oro que gustare.

Despues que el Obispo de Concordia hubo visto estas cartas, aconsejó á Fava que pasase á Venecia á enterarse del pago y escoger por si mismo las alhajas, advirtiendole que nada tenia que temer, ni podia ser reconocido en el camino de Padua á Venecia, pues el viage se hacia por agua y en una barca de cubierta.

Fava, no obstante, temia ir á Venecia, donde una casualidad ó evento podian descubrirle, pero instado por el Obispo de Concordia, se resolvió á hacer el viage y al efecto tomó las cartas de credito del prelado para Bertoloni. Luego que llegó á aquella ciudad, acompañado de Juan Pedro Oliva (otro hermano de su muger) pasó á casa de Bertoloni y le entregó las cartas del Obispo de Concordia.

Bertoloni, recibe á Fava, le hospeda en su casa y obsequia como debe, á un prelado que tanto le recomiendan; toma la letra de cambio, la presenta á Angel Bossa, el cual la acepta y promete pagar á su debido tiempo. Luego que Bertoloni se aseguró de que Bossa pagaria, se adelanta á negociar la letra, busca los mejores joyeros, lleva á su casa las piedras y perlas mas ricas que pudo hallar y se las muestra á Fava, el cual escoge la calidad y cantidad que quiere, dando orden ademas de que le hagan algunas cadenas de oro.

Todas estas alhajas, las paga Bertoloni con su dinero y cubre asimismo otros gastos necesarios para la compra. Durante los seis dias que se pasaron en este negocio y en acabar las cadenas, era verdaderamente maravilloso, ver y oir las acciones y discursos de Fava en casa de Bertoloni. Unas veces, virtiendo maximas del Evangelio y recomendando su practica; y otras, sentado ó paseandose con un breviario en la mano (el cual no entendia) edificaba á cuantos le veian y obligaba á que todo el mundo le considerase y respetase como el prelado mas digno, piadoso y devoto.

Un dia que se hallaban sentados á la mesa, fijó Bertoloni su vista con mas cuidado, en el supuesto Obispo, y figurandose que su fisonomia no le era del todo desconocida, le dijo en confianza: *Me parece haber tenido ya el honor de ver á V. S. Ima. antes de ahora, pero no puedo acordarme en que parte.* Si, respondió Fava, previniendole sutilmente; *tambien creo yo haber visto á V, y le diré adonde: Fué, si no me engano, en la casa de Campo del Marques de Plavisina, cerca del rio Salo, un dia que fuimos á pescar carpas; por cierto, que tuvimos en nuestra compania á una Senorita, parienta del Marques, sumamente hermosa y divertida.* Sea ó por que Fava se hubiese hallado alguna vez con Bertoloni, ó que tuviese algun conocimiento de lo que decia, era muy cierto que éste habia concurrido á casa de Plavisina y lo mismo cuanto aquel acababa de ex-

poner, aunque si, era falso, que Fava hubiese visitado jamas al Marques; pero de tal manera contó las particularidades de aquel encuentro, que Bertoloni lo creyó y se vio obligado á responderle; *Si Señor, sin duda fué allí, donde tuve el honor de ver á V. S. Ima.*

Tales fueron los discursos y la conducta de Fava durante los seis dias que vivió en Venecia con Bertoloni. Exponer detalladamente las demas particularidades, que hicieron notar su juicio, su talento y experiencia, seria muy largo; baste decir que lo creyeron universal, no solo en las ciencias divinas y humanas, sino tambien en el conocimiento de todos los negocios secretos del mundo, lo cual hacia que Bertoloni le honrase y estimase tanto mas, cuanto creia que su merito correspondia á su calidad. Con todo, antes de entregarle las piedras, perlas y cadenas, Bertoloni, que era hombre avisado y principalmente en lo que pertenecia á negocios de banco y comercio, pues habia vivido treinta años entre banqueros, viendo que la carta de recomendacion del Obispo de Concordia, solo decia que se hiciese pagar del contenido en la letra de cambio perteneciente al prelado, que era el portador y no expresaba, *que diese el contenido de la letra, luego que la recibiese*; dudó y escribió al Obispo de Concordia para saber si daria las alhajas al portador de la letra de cambio.

Bertoloni, recibio la respuesta del Obispo y

con arreglo á ella, no tuvo inconveniente en entregar á Fava (como lo hizo el 20. de Agosto) los zequines, diamantes y perlas mencionados en la letra de cambio, cubriéndose con un recibo que aquel le dio, concebido en estos terminos.

Yo Carlos Piroto, Obispo de Venafrý: He recibido del magnifico Antonio Bertoloni, tres mil ducados de seis libras cuatro sueldos cada uno, en zequines; y ademas, seis mil trescientos cincuenta y seis ducados y doce adarmes, en joyas, cuya cantidad me ha contado y entregado, en nombre y por orden del Ilustrisimo y Reverendisimo Mateo Sanudo, Obispo de Concordia; siendo el total, nueve mil trescientos cincuenta y seis ducados y doce adarmes: y no sirva la presente carta de pago, sino por sola una vez, bien entendido que he formado otra igual en el libro de recivos, del dicho Sr. Bertoloni. Yo el susodicho Carlos Piroto, Obispo de Venafrý, lo escribo y firmo de mi puno y letra.

Dió gracias Fava á Bertoloni por los buenos oficios que habia recibido de él, le reembolsa sesenta ducados, pagados a los corredores, por la compra de las alhajas y quiso ademas, gratificar y recompensar su buena recepcion; pero atendiendo Bertoloni á la recomendacion hecha por el Obispo de Concordia y creyendo obsequiar (en Fava) al de Venafrý, no quiso recibir gratificacion, ni cosa alguna, cumpliendo asi como Caballero Veneciano.

Fava, antes de salir de Venecia, quiso tener con que pagar los gastos de su viage y se propuso dar

el ultimo golpe. Ya hacia tres ó cuatro dias que habia notado en el gabinete donde dormia, un baul, en el cual tenia Bertoloni una crecida suma de dinero; forzó la cerradura, abrio el cofre y tomó de él cuatrocientos escudos de oro, volviendolo a cerrar de manera, que era imposible conocer hubiese sido abierto.

Al dia siguiente Fava, seguido de su cuñado Juan Pedro Oliva, y acompañado de Bertoloni sale de Venecia para Padua, y luego que llegó á esta ciudad, se dirige al Obispo de Concordia á quien hace una relacion circunstanciada de las distinciones y favores que habia recibido de Bertoloni. El Obispo lo convida á comer, pero Fava se excusa, diciendole que quiere salir inmediatamente para Turin, donde tiene que ver al Marques d'Est, para arreglar sus asuntos, y que solo se detendría en la posada donde antes vivia, con el objeto de tomar algun refrigerio. Suplicó al Obispo el que D. Martin le acompañase, pero el prelado y Bertoloni juzgaron que no era á proposito, temiendo que si por acaso lo robaban, no llegase á sospechar en D. Martin, y se contentaron con decirle que á la sazón se hallaba ausente. Despidiose Fava y salió inmediatamente de Padua, acompañado de Juan Pedro Oliva.

Bertoloni volvió á Venecia, y siete ú ocho días despues cobró de Angel Bossa los nueve mil trescientos cincuenta y seis ducados y doce adarmes que habia anticipado por él. La mañana siguiente á

este pago, llega un expreso de Napoles enviado por Alejandro Bossa, con la noticia de que éste no habia dado ninguna letra de cambio al Señor Marques de Sant-Arme, ni sabia nada acerca del negocio que se trataba. Angel Bossa hace informar inmediatamente á Venecia contra Carlos Piroto, Obispo supuesto de Venafrý, y obtieniene un decreto del tribunal superior de policia. El Obispo de Concordia, Bertoloni, Bossa y Bordenali, salen al punto en todas direcciones para saber que camino ha tomado Fava y ver si pueden alcanzarlo y D. Martin se dirige á Flandes, muy persuadido de que habria huido hacia aquel punto; mas todas las pesquisas fueron vanas y lo unico que pudieron hacer fué enviar por las provincias de Italia y fuera de élla, razon circunstanciada del numero, calidad, factura, precio y peso de los diamantes, perlas y cadenas de oro, que habian sido robadas, con la noticia de la madera y echura de las cajas en que estaban guardadas y de las cifras y otras marcas que tenian, á fin de que si alguno las exponia á la venta, se apoderasen de éllas inmediatamente; y ofrecian una cuarta parte del valor á cualquiera que descubriese el robo. Tambien enviaron las mismas instrucciones al Señor Lumagnes banquero de Paris, el cual mandó sacar algunas copias y las repartió entre los joyeros.

En cuanto á Fava, en vez de tomar el camino de Turin, vuelve á Castelarca, entre en su casa, hace

creer á su muger que sus negocios estaban arreglados, y que puesto que habia cobrado lo que le debian, deseaba pasar á Francia con el objeto de hacer fortuna. Preparanse para el viage, toma sus zequines, diamantes, perlas y cadenas, y acompañado de su muger, tres hijos, Octavio y Juan Pedro Oliva, sale de Castelarca, pasa por Venecia, atraviesa la Suiza y parte de la Francia, y llega á Paris en el mes de Noviembre.

Mientras que Fava, esperaba la respuesta de un boticario amigo suyo residente en Flandes, á quien habia escrito que pasase á Poitou, donde se reunirían para egercer la medicina y la farmacia, trató de vender sus alhajas; y al efecto se dirigió el sabado 12. de Enero del año siguiente, al puente, que llaman del *Change*, en donde, despues de haber observado con atencion y recorrido varias plate-rias, entró en la de un joyero que vivia cerca de la Iglesia de Saint Leufroy, á quien dijo que necesitaba un corredor que se encargase de la venta de algunas alhajas. El platero le ofrecio hacer de tal en el negocio, y Fava entonces, le mostro y entrego cuatro cajitas que llevaba consigo y tomó un recibo; advirtiendole que antes de cuatro horas, se volveria á ver con él para saber si habia hallado algun comprador.

El platero, como es de creer, se ocupó durante aquel tiempo en buscar quien comprase las alhajas, y al efecto, mostró las cuatro cajitas;

mas dio la casualidad, que entre las personas que las vieron se hallaban dos lapidarios de los que habian recibido las instrucciones enviadas de Venecia, y juzgando por las marcas de las cajas, que eran los mismos diamantes, tan recomendados y mencionados en la instruccion, hablaron al platero y se asociaron los tres para repartir entre si la cuarta parte del valor, ofrecida á los que descubriesen el hurto. En consecuencia, dan inmediatamente aviso de este negocio á un agente de policia, el cual se disfraza y prepara para la hora en que Fava debia volver á hablar con el platero. Llega este á la hora señalada, fingese el agente un tratante que deseaba comprar los diamantes, empiezan á hablar sobre el negocio, y muestra Fava diez cajas mas, las cuales, luego reconocen ser de las expresadas en los avisos de Venecia; mas reparando Fava que todos observaban con demasiada atencion las cajas, perlas, labor y cifras de las alhajas, empieza á sospechar, y para librarse del golpe que le amenazaba, finge tener una cita, á que indispensablemente debe asistir, y ofrece dejar las alhajas y volver al instante. Declarase entonces el agente de policia, se apodera de él, y le dice, está seguro de que aun le quedan otros diamantes, perlas, &c. los cuales, es indispensable entregue al momento. Fava, confiesa que tiene en su casa diez cajitas mas, pero que asi estas como aquellas, las habia comprado licita-

mente como hombre de honor y comerciante honrado. Sin embargo, el agente de policia, acompañado de los lapidarios pasó á casa de Fava, y habiendo hallado los efectos designados, (excepto una perla y un diamante de corto valor, extraviados sin duda con tanto abrir y cerrar las cajas) y á mas, ochocientos zequines y otras monedas de oro, empezó á formalizar el proceso, sobre estos datos, estimó las alhajas, hizo el inventario y dió parte por escrito al tribunal de que dependia.

Cuando Fava observó las formalidades con que procedian al inventariar, dijo que no le afligia el verse con todas sus alhajas en poder de la justicia, sino por la duda que tenia de volverse á hacer con éllas (aunque era muy cierto que las habia comprado de buena fé) pues segun aparecia, se reclamaban por alguna persona á quien habian sido robadas.

El mismo dia de la captura, procedió el juez al interrogatorio de Fava, quien respondió era natural de Capriola, en los confines de la Liguria, Doctor en medicina y de cuarenta y cinco años de edad: dijo asimismo, que aunque su profesion principal era aquella, habia, no obstante, traficado algunas veces en pedreria y comprado en Plasencia los diamantes, perlas y cadenas de oro en cuestion, á tres personas (de las cuales, solo á una conocia) por el precio de cinco mil, ciento cincuenta ducados, y que su ob-

jeto al hacer la dicha compra, fué con el de pasar á Francia ó Flandes, comerciar con éllas y comprar otros efectos.

Al dia siguiente, continuaron el interrogatorio, pero con tal arte, que no sabiendo ya Fava como responder á los cargos, se postró ante el fiscal, declaró el robo, dijo que todo cuanto habia expuesto el dia anterior, era falso, y pidió usasen con él de misericordia. En seguida, contó los lances, del modo que ya se han referido en esta historia, concluido lo cual, fué asegurado y conducido á un calabozo de Fort l'Eveque.

Viendo su crimen descubierto y la imposibilidad de huir de la prision, intentó darse la muerte. Para éllo, picó las venas de sus brazos con un cortaplumas, y aunque llegó á perder mucha sangre no consiguió su designio, por que el frio intenso que hacia, cerró sus heridas, y á pesar de su debilidad pudo hacerse oír del carcelero, el cual no solo se dió prisa á curarlo, sino que con su cuidado y vigilancia, logró verle restablecido á pocos dias.

El boticario Corsina, de quien ya se ha echo mencion, llegó á Paris poco despues y pasó inmediatamente á la prision á consolar á su amigo; mas, habiendole dicho entre otras cosas, que Bertoloni, acababa de llegar con el fin de agitar la causa, recibió de Fava, el encargo de comprar una cuerda larga con muchos nudos y una

escala bastante alta, de las cuales, queria servirse para huir por encima de la muralla opuesta al Colegio de San German. Corsina echó la cuerda á la hora y por el parage en que habian convenido; mas, aunque Fava, tuvo bastante tiempo para escapar, no se atrevió en un principio por que la escala estaba demasiado baja; sin embargo, se decide, empieza á descolgarse, pero habiendo sido sorprendido en el acto, fué encerrado al instante en otro calabozo.

Luego que Bertoloni llegó á Paris, presentó inmediatamente al Señor Fresne, las reclamaciones del gobierno de Venecia, y el Canciller dió cuenta al Rey, quien al punto, ordenó se administrase justicia. De consiguiente, abren de nuevo la causa, reciben las declaraciones de Angel Bossa y Bertoloni, traen á Fava, lo carean con estos testigos y vuelve á confesar su delito. Conociendo bien, que muy pronto seria juzgado, determina atentar segunda vez contra su vida, pero de un modo violento y seguro, para evitar la verguenza y el horror del suplicio. En la mañana siguiente, viene á verle su muger y le dice que deseaba comer de una especie de pasta italiana, de que él gustaba mucho. Esta infeliz, que no sospechaba el designio de su marido, llega á su casa, prepara el pastel y al dia siguiente (Domingo) se lo envia por su hijo mayor á las seis de la tarde. Parte Fava un pedazo,

mezcla con él una gran porcion de arsenico (que sin duda le habia proporcionado el mismo Corsina) y come la mayor parte, bien persuadido de que muy pronto dejaria de existir. Vuelve de allí á una hora su muger, quájase á élla Fava de los dolores que sufre, pero sin decirle los motivos; dá la bendicion á su hijo, los despide y manda llamar á un Confesor; mas habiendo rehusado el primero que llegó, envian á buscar otro, y entretanto, empieza el veneno á hacer su operacion con una actividad extraordinaria; pide entonces que le acuesten sobre un gergon, diciendo que queria morir sobre él, y efectivamente á poco rato, espiró atormentado por convulsiones y dolores violentisimos, sin que ni el carcelero, ni nadie pudiesen adivinar la causa de una muerte tan repentina é inesperada.

No bien se habian reunido los jueces muy temprano, la mañana del lunes 24. de Marzo, con el objeto de sentenciar á Fava, cuando recibieron, por el preboste de la condestablia, la noticia de su muerte repentina. Procedese, sin perdida de tiempo, á la inspeccion del cadaver, se descubren los efectos del veneno, hacen comparacer á su muger, y por su declaracion, reconocen el resto del pastel, en el que nada se halla. Por ultimo, terminan el proceso, en el cual, no solo aparecia perfectamente probado el robo de los nueve mil trescientos cincuenta y seis ducados,

doce adarmes en diamantes, perlas y dinero, sino tambien, el horrendo crimen de haberse envenenado; por todo lo cual, sentenciaron, que su cadaver fuese arrastrado boca abajo y arrojado á un muladar para ascamiento y horror de los falsarios, como efectivamente se egecutó el mismo dia.

Asi es como la Providencia, inexcrutable en sus secretos juicios, permitió que se descubriesen las falsedades de aquel insigne intrigante, y que viniese á perecer, cuando mas seguro se creía de su triunfo y de su dicha.

ZELOS.

ROMANCE.

ZELOS pide Líseo á Flora,
Y á Celio darselos quiere:
¡ Pobre Líseo! que se afana,
Por que los dos le desprecien.

Cuál al oido de Flora
Misterios finge! y parece
Que de sus labios, derrama
De amor regaladas nieves.

Tal se engrie y empabona
El buen Líseo, que no advierte,
Que Celio se rie y Flora
Se cansa de oirle y verle :

Que un amador importuno
A la mas altiva ofende
Y lo que en otro es donayre
Son necedades en éste.

Si en blanda paz ve gozarse
A los dos amantes fieles,
Desdeñoso y desdeñado
Se retira y se enfurece;

Por que todos de él murmuran
Y á nadie sus ansias mueven,
Al fin vuela despechado
A su aborrecido albergue,
Donde de sus crudos males,
Amargamente se duele,
Y vuelve mas fino á Flora,
Mas tan necio como siempre.



EPIGRAMA.

DELIO, para mi reposo,
Estimula mi deséo :
Y en el altar de Himenéo,
Me quiere de Lydia esposo.

Otros, dicen que me guarde
De rendir mi libre mano,
Pues siendo mozo, es temprano,
Y en siendo viejo ya es tarde.

NAPOLEON.

De las Memorias de un viajero Ingles.

¿QUIEN será aquel que pueda contemplar, sin sentir una profunda admiracion, este gran prodigio, que en medio de nosotros, sobresalia como una de esas antiguas ruínas, cuyo aspecto infunde espanto, á los ojos mismos, atraídos por su magnificencia?

Grande, sombrío y semejante solo á sí mismo, estaba sentado en el trono como un Soberano selvático é impenetrable entre las sombras de su formidable originalidad. Un genio atrevido, audaz, independiente y decisivo; una voluntad despótica, una energia precursora de la egecucion mas rapida y una conciencia doblegada siempre á los impulsos del interés, formaban los principales rasgos distintivos de este caracter extraordinario, el mas extraordinario, tal vez, que jamas se haya elevado, reynado y caído, en las anales del Universo.

Apareciendo en la sociedad, en medio de una revolucion excitada por la energia de un pueblo

que no reconoce superior, comenzó su vida civil, como extrangero por nacimiento y alumno por caridad. Sin otra fortuna que la de su espada, sin mas patrimonio que sus talentos, se lanzó en una carrera, reservada á la opulencia, á la grandeza y al ingenio, y los concurrentes huyeron despavoridos ante él, como ante la fatal urna de los hados.

No conoció otro movil que el del interés; no aplaudió otro termino, que el de resultados felices; no adoraba otra Deidad, que la ambicion, y se prosternaba delante del objeto de su culto con devocion oriental. Por eso no habia religion que no profesase, ni opinion que no promulgára. Sostuvo el imperio de la media Luna, con la esperanza de una dinastia, y se arrodilló ante la Cruz para obtener un divorcio. De huerfano de San Luis, vino á ser el hijo adoptivo de la Republica, y por una ingratitud parricida, elevó el edificio de su despotismo sobre las ruinas del trono y de la tribuna. Catolico de profesion arrestó al Papa: supuesto patriota, empobreció su pais, y en el nombre de Bruto, se apropió sin rubor ni remordimiento, la diadema de los Césares.

Desde la representacion de esta politica singular, la fortuna favoreció sus caprichos. A la menor señal suya, las coronas caen; los mendigos reynan; los sistemas se destruyen; las teorías mas extravagantes, toman color de sus ideas; lo vene-

rable por antigüedad y lo estimable por novedad, cambian de lugar y de opinion, con la rapidez de un drama. Las derrotas verdaderas, toman las apariencias de victoria, y una fuga del Egipto, basta para asegurarle los honores del triunfo. Aun la peste misma, contribuyo tambien á entronizarlo en el imperio.

Pero si su fortuna era grande, su genio no era menos colosal. La decision salia de sus consejos con la velocidad que el rayo sale de la cargada nube; resolver y egecutar, era para él una misma cosa. Sus combinaciones, parecian á los ojos de los talentos medianos, absolutamente imposibles, y sus proyectos, del todo impracticables. Sin embargo se desenvolvian en sus manos con la marca de la sencillez y el exito justificaba su adopcion.

Su fisico participaba del caracter de su espiritu. Si este no cedia jamas en el gabinete, tampoco aquel sucumbia en las campañas. La naturaleza no tenia, para él, obstaculos invencibles; el espacio, no incluía oposicion incontrastable. En los precipicios de los Alpes, en los desiertos de la Arabia, y en el centro de los yelos del Polo, este hombre parecia superior á todos los peligros, y dotado de fuerzas para vencerlos.

Todo el continente de la Europa tembló al aspecto, y osadia de sus designios y de los prodigios de su egecucion. La novela tomó el aspecto de

la historia; nada parecia imposible, cuando la tierra veía que el Corso tremolaba su estandarte imperial sobre las torres del Kremlin y de otras capitales tan antiguas. Todas las visiones de los siglos remotisimos, fueron para él sucesos vulgares. Las Reyes eran su pueblo; las naciones sus vigias; y el dispuso de las cortes y coronas, campos, iglesias y gabinetes como si fuesen dignidades titulares de su agedrez.

En medio de todas las conmociones Europeas, era el unico que aparecía inmovil como la roca. En los campamentos, como en los salones; con el populacho, como con las grandes de las Cortes; cubierto con el gorro jacobino, como con la corona de hierro; desterrando á un Braganza, como tomando por esposa una austriaca; dictando desde un barquichuelo la paz al Czar de las Rusias, ó contemplando su propia ruina bajo los muros de Leypsic; jamas dejo de ser en todas y por todas partes el mismo despota militar, el gran capitán del orbe, el profundo politico, el hombre preformidable.

Criado en los campamentos, fué el idolo de sus egercitos hasta el ultimo instante. Ni uno siquiera de sus soldados le abandonó hasta el momento en que su amor le fué del todo inutil: y aun entonces su primera estipulacion, fué la seguridad de gefe predilecto. Ellos sabian bien que si era prodigo de la sangre agena, no fué

avaro de la propia, y que si los exponia á los riesgos, los recompensaba con el pillage. Por ellos impuso contribuciones á todo el mundo, y aun hizo que el mismo orgullo pagase tributos á su pueblo. El veterano victorioso brillaba con los despojos del triunfo, y la Capital rebosaba en troféos de las Artes, haciendose metropoli del Universo, en miniatura.

En tan singular concurso de circunstancias, no debe olvidarse su afectacion á favor de la literatura. Tirano de la prensa, supo aparentar al mismo tiempo ser protector decidido de las letras. Proscribiendo libros, promovió la filosofia; persiguiendo literatos y asesinando impresores, pretendió credito de promovedor de las ciencias. Asesinó á Palm, impuso silencio á Dertaad y denunció á Kotzebue; fué el amigo de David, el bienhechor de Delisle, y remitió premios academicos á un filosofo ingles.

Tan extraordinaria reunion de propiedades contradictorias con una fortaleza individual como la suya, no se ha verificado jamas en el caracter de una persona. Realista, republicano, y Emperador; mahometano, catolico y judio; subalterno y soberano; traidor y tirano, infiel y cristiano, fué él mismo al traves de todas estas vicisitudes, austero, impaciente, inflexible, original, siempre incomprehensible, siempre misterioso; en fin, siem-

pre el mismo, esto es, un hombre sin modelo que le precediese ni copia que le pueda seguir.

Su caída engañó todos los calculos, del mismo modo que su poder los habia frustrado. En una palabra, la historia entera de hombre tan singular, es la de un sueño de Universo, y ahora mismo, nadie sabe como el mundo se ha despertado, ni por qué.

No es dudoso que hizo mucho mal, pero tampoco debe negarse que produjo bienes infinitos. Por su medio (conforme ó no á sus intenciones) la España, el Portugal y la Francia, gozaron las ventajas de una constitucion libre. Las supersticiones fueron sepultadas bajo los escombros de la inquisicion, y el sistema feudal con todos sus tiranuelos satélites, habia desaparecido enteramente.

Tal es el retrato, aunque imperfecto y debil, del caracter de Napoleon Bonaparte, Emperador de los Franceses y Rey de Italia; del hombre portentoso y admirable, cuyos echos y cualidades singulares, han llenado al mundo de su fama, y cuyo nombre, sobrenadará eternamente en la historia de los siglos venideros.

SONETO.

A Apolo los mortales cierto día
Mil suplicas humildes presentaban;
Las mugeras belleza suplicaban,
Los poetas vigor y fantasía.

Uno pide memoria, otro pedía
Buen genio : Otros rendidos, le rogaban
Éxito en los proyectos que pensaban;
Otros, gala, prudencia y gallardía.

Mómo que estaba oyendo con cuidado,
Soltó una carcajada, de repente:
Febo enojádo dice, que es tu intento?

No quieres que me ria si he notado
Que habiendo tanta falta en esta gente,
No hay ninguno que pida entendimiento?



Engraved by Geo. T.

LA CLARIDAD DE LA LUNA.

Painted by W. A. Johnston

Á LA
CLARIDAD DE LA LUNA.

APENAS desplegado
Ha sus vuelos sombríos,
La oscura noche, por el vasto cielo;
Y yo triste arrojado
Sobre este verde suelo
Me entrego todo á los pesares míos;
Cuando salvando la elevada cumbre
De esas montañas asperas y exentas
Con apacible lumbré
Al mundo, dulce Luna, te presentas.
Confuso y vergonzoso,
Al punto se obscurece
El coro de las luces celestiales;
Tu carro presuroso
Por sendas eternas
Vuela, ausenta la sombra y resplandece.
Salve, ó deidad augusta, y el mezquino
Llanto, contempla de un mortal que mira
Tu felice destino,
Con envidiosos ojos y suspira.

Con ojos envidiosos
Que en un tiempo miraron
Otros que de su mal se condolieron:
¡ O momentos preciosos,
Que rápidos huyeron,
Y en amarga ponzoña te trocaron!
Del cano invierno el riguroso frio,
Al agostar del campo la verdura
En el triste amor mio,
Agostó la esperanza y la ventura.
¡ Que diversa tú ahora
Por las selvas sombrías
Vienes de perseguir las crudas fieras!
Con planta voladora
Ellas huyen ligeras,
Mas, vanamente de las castas Drias;
Que tú la flecha rapida lanzando
Quebrantas su fiereza embrabecida;
Y agonizan bramando
Y vertiendo el aliento por la herida.
¡ Magnifica victoria,
Dignisima conquista
Del arrogante corazon ingrato
De aquella cuya gloria,
Es esquivar el trato
Y aborrecer los hombres y su vista.
Tu lo probaste, escarnecido Alféo
Y tu tambien Actéon desventurado,
Por tu ardiente deséo
En ciervo convertido y desgarrado.

Mas el cielo importuno
Ya que el ser me prestase;
Por que prestarme un corazon de cera?
¿ Por que no me dió uno,
Que de diamante fuera,
Y á la beldad y gracia contrastáse?
¡ Ah! si ésto fuera así, no me veria
Siempre tan desolado y abatido,
Y con verguenza mia
Detras del carro del amor, traído.

A ti ¡ O Diosa ! al contrario
Cuan felice te ha echo
Desvaneciendo tu dureza esquivia
Este numen voltario!
El, con fuerza excesiva
Su dardo abrasador hundió en su pecho;
Y el pecho, que de risco antes se vía,
Entonces blandamente palpitaba,
Blandamente gemía,
Y en fuego, blandamente se abrasaba.

Ya Endimion se envanece
Por que sus dulces lloros
Vierte por él la Luna; ¡ Ay ! que ya llega,
Su claridad le ofrece,
Le alumbra y resplandece,
Enagenada y ciega
Y del eburneo seno los tesoros,
Que destilan la luz aun por los poros.
Feliz mortal! La dicha le anegaba

Mirabale su amante con ternura
Y el besaba y gozaba
Y el besaba y gozaba.....Que ventura!
¿Que me alumbraste Luna,
Sino mi paraíso
Que tu luz, que lo hizo, me deshizo.
Alumbra y haz felices,
Que á mi dicha faltaban tus matices;
Tu luz es mi fortuna;
Bendita claridad la que hacía
Mirar mi cielo, que ocultaba el día!
Mi ingrata me mataba
Cuando era mi consuelo,
Y tú Luna, mirabas desde el Cielo
Lo que ella me costaba,
De angustias y desvelos:
De nubes ya velada,
Tu Luna, te retira
Al horizonte en rapida carrera.
A dios deidad amada,
Endimion ya te espera
Y por tus brazos candido suspira.
Ah!... que envidia te tengo!.. Yo entre tanto
Volver mirando tu ridente cara,
Quisiera verte, entonces
Tu claridad fulgente me alegrara.

EL CAMALEON.

SIEMPRE con ánsia espéra
El camaleon el ayre que respira
Para segunda vez echarlo fuera :

Más si alguno le mira,
Observará al instante,
Cual muda de semblante
Y de todos colores á su antojo,
Excepto blanco y rojo.

Así quien sabe el arte de adular
Se mantiene del viento popular,
Del que no se empalaga,
Hasta chupar los huesos del que alhaga.

HISTORIA

DEL

PADRE IGNACIO.

Poco mas hace de seis años, que algunas circunstancias particulares, me obligaron á hacer un viage desde Vigo al Ferrol, con cuyo motivo pasé por un pueblo del interior de la provincia, notable por la excelencia de sus aguas, y especialmente por un Convento de Benedictinos, cuyos pinturas atraen la curiosidad de cuantos por allí pasan.

Al llegar á Santiago, me ví precisado á detenerme dos dias, en compañía de un pariente mio, el cual, despues de haberme mostrado lo mas digno de verse en aquella ciudad, me introdujo á una familia que debia salir para aquel pueblo, con objeto de tomar baños. Al amanecer de un sabado, nos pusimos en marcha, y á las seis de la tarde llegamos á una casa muy antigua perteneciente al Conde de San Juan, pariente de las Señoras que yo acompañaba, quien tres dias antes habia tenido

que salir para la corte, y con él un primo suyo, Oficial de la Marina real, cuya ausencia no dejé de sentir, por que era amigo mio y deseaba verle.

En la mañana del Domingo bajé al jardin, desde donde ví el Monasterio, situado como á dos millas de distancia sobre una colina, no muy elevada, cuyo suave declive baja á unirse con las frondosas margenes de uno de los brazos principales del rio Miñq. Salimos á las nueve y entramos en la Iglesia, á tiempo que empezaban la misa mayor, concluida la cual, vino á saludarnos el P. Prior y nos condujo á la Sacristia. Despues de haber visto muy despacio las bellas pinturas y reliquias que la adornan, pasamos á los claustros y de éstos á la hermosa huerta del convento, donde permanecimos hasta que tocaron la campana á refectorio, en cuyo momento, determinaron las Señoras retirarse á casa. Agradecieron mucho al Reverendo sus atenciones, suplicandole fuese por la tarde á tomar chocolate, cuya oferta aceptó, diciendome al mismo tiempo, que tuviese á bien volver al Monasterio antes de visperas, por que deseaba mostrarme la biblioteca y algunos otros cuadros de la Iglesia.

No bien hube acabado de comer, monté en uno de los hermosos caballos del Conde, y en menos de quince minutos, llegué a la puerta del Convento. Al instante se me presentó un Monge, el cual me dijo tenia orden de acompañarme y conducirme á

donde gustase mientras no venia el Superior, ocupado á la sazón en su celda con una visita. Entramos en la Iglesia, y no pude menos de detenerme algun tiempo admirando el asco, la antigua, aunque costosa arquitectura de los altares, sus ricas alhajas y pinturas exquisitas.

Poco mas hacia de una hora que estabamos en élla y ya íbamos á retirarnos, cuando al pasar por delante de una Capilla, oímos los desconsolados y repetidos sollozos de un Religioso, prosternado ante una imagen de Jesus Nazareno, colocada debajo de una ventana gotica, cuyos vidrios pintados reflejaban una debil luz sobre la frente del religioso, cubriendo su rostro con una de aquellas sombras fuertes, que tanto se admiran en las pinturas de Rembrand y del Beroneso. Paréme á contemplar aquel cuadro viviente, y conociendo mi conductor, la impresion que me habia causado, me hizo retirar cerca de un confesonario al lado de la Capilla, diciendome en voz baja. “Ese es el Padre Ignacio, religioso de esta comunidad, el mas severo para consigo y el mas indulgente para sus progimos. Es un modelo de virtudes; en él, hallan consuelo y auxilios, no solo los enfermos y moribundos, sino tambien los desgraciados que vienen á consultarle sus infortunios. La austeridad de su vida, excede á las reglas del orden, y solo su humanidad puede hacer creer que es sensible.”—Que edad tiene? pregunté al Monge.—“Cuarenta y cinco años, y solo

hace ocho, que entró en el Convento, al parecer, agoviado por algun infortunio que hasta ahora nadie ha podido saber, ni aun sus mismos superiores se han atrevido á preguntar."

Yo era joven, curioso, muy sensible, y lo que el Monge acababa de decirme, excitó mas mis deseos de hablar al P. Ignacio; supliquele me dejase solo por algunos momentos y me acerqué á la capilla con intencion de aguardar á que el devoto Religioso concluyese sus oraciones. A poco rato, fijó su vista en mí, y sea ó movido de mis deseos manifestos, ó que mi exterior le inspirase confianza, se dirigió al sitio en que yo estaba, lo cual me obligó á adelantarme y decirle. Padre mio; dispense V. si le he interrumpido su devocion, pues mi intento solo era, esperar á que V. se levantara. "Caballero, contestó con mucha dulzura, ya he concluido, pero no puedo menos de extrañar que V. pretenda y guste conversar con un hombre como yo. V. está en la primavera de su edad y segun veo en la carrera de la milicia, donde es muy raro, hallar sugetos que gusten visitar estos lugares de retiro y austeridad. Se halla V. rodeado, al parecer, de alegria y placeres; yo tambien me ví asi algun dia y aun hoy á pesar de este habito, no soy insensible á las dulzuras de la vida. La bondad que V. muestra en dirigirse á mi, me complace infinito y desearía ocuparme en su servicio." Padre, le respondí; mi objeto era pasar á ver la

biblioteca con aquel Religioso que V. ha visto, el cual al referirme las virtudes de V, excitó en mí un vivo deseo de tratarle, aunque no déjo de considerar que mi edad y mis divisas, son dos inconvenientes para grangearme la confianza de V. El deber me obliga á salir mañana muy temprano, y ya que me he detenido el dia de hoy con objeto de visitar el Monasterio, desearia ver su famosa libreria, antes de continuar mi viage, por si la casualidad no me permite volver á este pueblo. “Ya es tarde, me dijo, sinó, acompañaria á V. con mucho gusto; no obstante, espero que V. preferirá á volver por este camino, que segun he oido es mejor, y entonces, si V. tiene á bien pasar á mi celda, le mostraré algunos escritos interesantes.”

En esto, ya habiamos empezado á atravesar la Iglesia para salir por una de las puertas laterales, durante cuyo transito, me hizo varias preguntas, relativas á mi comision, y especialmente sobre asuntos del dia, á lo que conteste con bastante exactitud pues me hallaba bien informado. Facil me fué conocer por el estilo interesante de su conversacion, que era hombre de mucho entendimiento é instruido. En su fisonomía, aunque expresiva y agradable, se percibian no obstante, las sombras de un pesar y sentimiento profundos, y asi en sus maneras, como en su delicado modo de producirse, se echaba de ver que habia recibido una educacion escogida y muy distinta de la que

se necesita para entrar en un convento; por cuyo motivo y algunos otros que despues me expuso, preferia la soledad y el recogimiento, á la sociedad (si asi puede llamarse) de los Monges con quienes vivia.

Cuando llegamos á los claustros, hallé á mi conductor, el cual venia de parte del Prelado á suplicarme subiese á su celda. Entonces fué preciso despedirme del P. Ignacio, y lo hice, asegurandole que dentro de algunos dias tendria el gusto de verle: tomó mi mano, se cubrió con su capilla y haciendome una modesta cortesia se dirigió á la Iglesia.

Ya eran cerca de las seis, cuando entré en la celda del Prelado, por cuya razon, le advertí seria mejor dirigirnos al pueblo y dejar la libreria para mi regreso; pero habiendome contestado que su quebrantada salud y algunas ocupaciones, no le permitian pasar á recibir la atencion de las Señoras (á quienes me suplicó, saludase de su parte) me retiré y monté á caballo, muy contento por verme libre de la compañía de un hombre extraño, cuya conversacion deseaba evitar, pues á decir verdad, no solo no me habia agradado por su aspecto y modales, sino que á juzgar de su razon é ideas por el corto rato que con él hablé, me pareció un verdadero hipocrita, muy pagado de su dignidad, y de consiguiente, nada afecto á las instituciones que entonces regian y sobre las cuales

temía entrar con él en materia, pues eran mi asunto favorito.

Al llegar á casa, referí á las Señoras el motivo de mi detencion y las excusas del Prior; pero esto en nada alteró su plan de diversion, antes bien, dió lugar á que pasasemos la noche muy entretenidos hasta las diez en cuya hora que me despedí, para salir en la mañana siguiente, ofreciendoles volver á disfrutar de su compañía, antes de dos semanas.

Solo permanecí en el Ferrol cinco dias, y al ses-to, vispera del corpus, salí para la Coruña, donde tuve que detenerme dos mas, con el fin de visitar á la Condesa de Medina, para quien llevaba cartas de introduccion, y al General Quiroga, que no habia visto despues de dos años. Volvi á emprender mi marcha, y á la segunda jornada, despues de haberme detenido á comer en una aldea inmediata al camino real, tomé la vereda que conducia al Convento con intento de aprovechar la tarde y pasar en seguida á hacer noche al pueblo inmediato.

Al apearme, me dijeron que el Superior estaba ausente; pregunté por el P. Ignacio, me conducen hasta la puerta de su celda; tóco á élla dos veces, y viéndo que no me respondian, la entreabro y lo veo arrodillado delante de un Crucifixo, del cual pendia una miniatura, que al pronto, me pareció la de la Virgen. Un sentimiento de compasion, mezclado de curiosidad, me hizo permanecer perplexo y sin atreverme á interrumpirle. Los

sollozos que salian de su pecho oprimido acabaron de conmovirme é iba ya á retirarme, cuando observé que descolgó el retrato, lo besó dos veces y mirando al cielo, articuló algunas palabras, lanzando un suspiro profundísimo, que por el momento, pareció templar su dolor. En esto se levanta y me percibe; quise disculparme, pero conociendo mi turbacion, vino hacia mi, me tomó de la mano y conduciendome á una silla—"Nada importa, me dijo, que V. me haya sorprendido: Sentóse sobre su tarima y añadió. Parece que la casualidad se empeña en que yo declare á V. quien soy y que le refiera mis infortunios. ¡ Ah ! Nunca mejor que ahora necesita mi corazon de algun desahogo. Las lagrimas que vierto no son de piedad, sino producidas por la violencia de mis remordimientos. V. es joven y me parece ingenuo; la relacion de mis errores, puede servirle á V. de mucho en el mundo, y evitar que algun dia sea V. victima de sus sentimientos honrrados, de una falsa virtud ó de un honor mal entendido. Sirvase V. pues prestar atencion, y disimularme si soy difuso.

"Mi nombre es Manuel de Medrano, y pertenezco á una familia antigua y respetable, á la que algunos acontecimientos desgraciados privaron de la mayor parte de sus bienes. Mi padre, murió antes que yo tuviese edad bastante para sentir su perdida, y la indulgencia y cariño de una tierna

madre reemplazó, aunque no pudo suplir, la atenta vigilancia y cuidados paternales. Luego que hube concluido mis estudios en la Capital de mi provincia, me envió á Madrid, con un joven de una casa vecina, menos antigua es verdad, pero mas rica que la nuestra. A él le destinaban á la carrera de las armas y entró á servir en uno de los regimientos de guardias; yo debia seguir la del foro, por que este era el deseo de mi madre y el de algunos de sus amigos que se lo habian aconsejado, diciendole tenia yo disposiciones para éлло.

“Llorente (así se llamaba mi amigo) miraba con alto desprecio todas las profesiones, y solo amaba la suya. Hizo todo cuanto estuvo á su alcance por inspirarme los mismos sentimientos, que al fin concebí y adopté cada dia con mas intereses, por que me hallaba en la Capital, donde el orgullo de la juventud militar, la altiva superioridad que mostraban sobre el resto de sus conciudadanos, su brillantez y el partido que tenian en la sociedad, llegaron á deslumbrarme, movieron al fin mi emulacion y disiparon mi timidez. La naturaleza me habia dotado de una sensibilidad extremada, especialmente en punto al honor, de tal suerte, que no podia resistir el ridiculo, ni aun de parte de mis inferiores. El descaro y presuncion de la ignorancia me imponian silencio aun sobre aquellas materias en que yo estaba perfectamente instruido y mis principios mas solidos, cedian frec-

entamente á los arrogantes sofismas ó vicios impudentes de mis amigos.

“Sin embargo, la profesion que debia abrazar exigia mucho tino, reserva y circunspeccion; pero todas estas virtudes, me parecieron poco recomendables por que juzgaba como muy humillante, la carrera del foro. Avergonzado de las bellas cualidades con que la naturaleza me habia favorecido, buscaba extravagancias y caprichos, que detestaba en el fondo de mi alma. El victorioso Llorente, gozaba de mi apostasia, y aunque mientras residimos en el colegio, siempre habia yo obtenido todas las muestras de distincion á que él aspiraba en vano, en Madrid, supo vencerme y triunfó de mi. Su fortuna, le permitía poder brillar mas que yo, y el uniforme le infundia una confianza á que yo no podia aspirar; de modo, que animandome á la disipacion y á la licencia, me arrastraba como á un joven alumno, á quien segun él, era necesario instruir en el arte de gozar y de vivir independiente.

“La ciega condescendencia de mi madre me proporcionaba los medios de disfrutar de la compañía y placeres de mis amigos; placeres siempre emponzoñados por mis inquietudes, siempre seguidos de reprensiones interiores de mi conciencia, cuyo imperio, como quiera, aun no estaba destruido. Desinteresado, benefico y virtuoso á escondidas, hacia muy á menudo un uso lauda-

ble de mi tiempo y mi dinero, é iba despues á mi peligrosa sociedad á lisongearme de haberlos gastado en el libertinage y la disolucion. Las costumbres á que me arrastraban, empezaron á embotar por grados mi rectitud natural, y á tranquilizarme sobre mis excesos; mas la partida de Llorente, que poco tiempo despues recibió orden de unirse á su regimiento en Barcelona, vino á disolver nuestra union y conexiones. Segun sus deseos, lo acompañé hasta Aranjuez, donde tenia algunos parientes con quienes pensaba pasar algunos dias. “Yo te presentaré, me dijo chanceando, y estoy seguro de que muy pronto serás el favorito de toda la familia. Acevedo mi primo, es tan recatado, timido y pedante como tu lo eras cuando te conocí.” Efectivamente, el digno mortal que Llorente me pintaba así, poseia todas las virtudes, de que el me había hecho sonrojar.

“Muy pronto volví á recobrar en el seno de aquella familia el caracter que la mala compañía me habia hecho cambiar en Madrid. Su ejemplo y sus virtudes despertaron y dieron vigor á mis antiguas inclinaciones morales. La interesante Margarita, hija de Acevedo, era la que especialmente me atraía á la virtud por un encanto irresistible. Sus echizos y su sencillez, unido á una educacion brillante, la aseguraron muy luego en mi corazon, la superioridad, sobre las demas personas de su sexo que continuamente visitaba en aquel pueblo.

Llorente, al contrario, fatigado de las inspidas cualidades de su sobrina, se despidió á los tres dias, prometiendome que muy pronto volveria á verme en Madrid, por que segun él creía, su regimiento debia ser relevado antes de seis meses. “Aquí no “se goza, me decia; Aranjuez solo es bueno, durante dos meses del año y no mas.” ¡ Ah ! que distinto modo de pensar era el mio ! La presencia de Margarita era mi primera necesidad.....Mas, para qué recordar aquellos dias en que disfrutaba de una dicha tan pura !

“No cansaré á V. mucho, añadió Medrano: Margarita vino á ser mi esposa al poco tiempo y por esta casualidad. El invierno se acercaba y la salud de su padre que iba debilitandose por instantes, nos obligó á pasar á Madrid. Penetrado de las bondades del enfermo, no podia separarme de su lado, y la sociedad de su hija por otra parte, me hacia pasar las horas mas deliciosas de mi vida. Nuestros cuidados, el arte de los facultativos, todo fué inutil : Acevedo, murió en nuestros brazos, y poco antes de espirar, confió su hija á mi ternura y amistad. Unieronse mis lagrimas á las que élla vertió sobre la tumba de su padre, y pocos dias despues, me decidí, aunque temblando, á preguntarle si me consideraba digno de ser el unico que la consolase en sus amarguras. Margarita, era demasiado candorosa y sincera para disimular los sentimientos de su corazon; á los seis meses me dió

su mano recompensando y afirmando con élla las virtudes que yo conservaba todavia, y en seguida pasamos á Aranjuez. El merito de mi esposa era igual á la felicidad que ambos sentiamos. ¡ Ah ! este recuerdo me averguenza y causa el tormento de mis dias; sin embargo, yo no era aun criminal, y merecia bien la dicha que gozaba.

“Mas de un año se habia pasado en aquella situacion afortunada, cuando Margarita se vió proxima á ser madre. Mi inquietud y mis cuidados, fueron los de un esposo enamorado y sensible. Le propuse un viage á Madrid, en cuya capital podiamos hallar facilmente mas recursos para su situacion, y un primo suyo, hijo del Administrador general de correos en la Corte, me lo aconsejó, tambien diciendome que el permanecer por mas tiempo en Aranjuez seria manifestar pobreza y ahorro. Yo era muy delicado en este punto; volví á rogar á Margarita, y uní á esta razon, la de hallarme nombrado de albacea en la testamentaria de un amigo que habia muerto algunos dias antes en la Corte. Mi esposa venció al fin su repugnancia, salimos para Madrid, y fuimos á parar á la misma casa en que su padre, al espirar, me la habia recomendado á mi cariño y atenciones.

“Apenas salí á la calle, durante las primeras semanas: el recuerdo de los acontecimientos pasados, esparcia una dulce melancolia en nuestra sociedad mutua, y rara vez admitiamos visitas. Toda mi

atencion, toda mi ternura, se reunian para combatir los presentimientos y temores que la afligian. “No, ya no volveré á Aranjuez, me decia á menudo; ya no me pasearé mas contigo en las margenes de aquel frondoso rio, donde ibamos con frecuencia á disipar nuestros pesares, y donde sentiamos en el silencio, lo que no puede expresarse en ningun language; ¡ Ah Medrano ! si algun dia vuelves allá, recuerda á tu esposa y á su padre.....”

Aquí, el sensible Religioso no pudo resistir á las ideas que se agolpaban á su imaginacion; sus lagrimas le interrumpieron un breve rato, y con voz debil y entrecortada continuó diciendo.

“Perdone V. mi llanto y tenga compasion de un desgraciado.....los recuerdos que acabo de exponer mitigan algun tanto el rigor de mis penas.....bien sé que no merezco este consuelo..... escuche V. ahora mis remordimientos y la relacion de mis errores.

“Dos meses hacia que habiamos llegado á Madrid, cuando Margarita, dió felizmente á luz un hermoso niño á quien élla misma quiso criar, considerandose dichosa en cumplir con un deber tan sagrado y suplir de este modo, á la dificultad de hallar una nodriza saludable y de conducta. Despues de este feliz evento, nos propusimos regresar á Aranjuez luego que su salud lo permitiese, y entre tanto me dediqué exclusivamen-

te á terminar los negocios que mi amigo, al morir, habia dejado á mí cargo.

“Un día (sin duda, el mas desgraciado de mi vida) al salir del prado para la calle de Alcalá, encontré con mi antiguo amigo Llorente: abrazome con un afecto que no pudo menos de sorprenderme, por que nuestra amistad y correspondencia habian estado interrumpidas durante algun tiempo. “Mucho me alegro de verte, me dijo con tono festivo; ya yo sabía que estabas en “Madrid, pero no he podido averiguar donde vivias, á pesar de las diligencias que para éllo he “hecho.” No podia yo ciertamente haber tenido un encuentro mas fatal; por que asi en la corte como en Aranjuez, habia oído hablar varias veces, de las calaveradas de Llorente y de muchas de sus aventuras, dudosas, solo para las personas de candor y de juicio que no estaban familiarizadas con los excesos de las Capitales. Sin embargo, tal era el imperio que sobre mi egercia, que no pude menos de disculparle en mi interior y de créer que sus desordenes se exageraban demasiado.

“Despues que me hizo varias preguntas y felicitaciones sobre mi dicha y estado actuales (de que sin duda, refa interiormente) me suplicó con tanto interes que fuese á cenar con él aquella noche, que á pesar de la promesa que tenia hecha de retirarme siempre muy temprano, tuve que aceptar su oferta.

“Solo hallé en compañía de Llorente, dos oficiales de guardias y un Coronel del egercito cruzado de Santiago, el hombre mas amable de los que hasta entonces habia visto. Toda la repugnancia y el temor que sentí al salir de mi casa, creyendo hallar en la de mi amigo, otra sociedad muy distinta, se disiparon al punto, y mi alma, hasta entonces encogida, se dilató con la alegría de los convidados, especialmente con la conversacion amena é instructiva del Coronel, cuyo juicio y bellas cualidades, me agradaron tanto mas, cuanto no esperaba hallar en casa de Llorente un sugeto de tales prendas. Ya era muy tarde quando salimos, y al separarme del Coronel, me ví precisado á admitir el convite que me hizo de ir á comer con él al dia siguiente.

“Fui en efecto y hallé una concurrencia brillante. Presentome á su hermana, y la casualidad hizo que me sentase á la mesa, al lado de una joven viuda amiga suya, quien sin ser una hermosura perfecta, poseía un encanto mas seductor é irresistible que la belleza misma. Poco habituado á la galanteria y cumplimientos fastidiosos del gran mundo, guardé silencio al principio, por que aunque deseaba, no pretendia parecerle amable; pero habiendo observado mi timidez, me dirigió la palabra, y al fin, me fue facil persuadirme que mis obsequios la agradaban.

“Despues del cafe, me propuso el Coronel que

jugasemos en compañía y tuve que acceder, bien á pesar mio, por que con esto me iba á privar de una conversacion que tanto empezaba á interesarme. Llorente era el compañero de la viuda; su caracter naturalmente arrebatado y su ambicion, se contuvieron al comenzar el juego, pero muy pronto llegó á picarse, en terminos, que antes de dos horas hizo una perdida crecida: solo el Coronel y yo estabamos disgustados con nuestra ganancia. En fin Da. Catalina (este era el nombre de la viuda) fué la primera que se levantó y dirigiendose á mí con una sonrisa que mostraba su indiferencia por la cantidad que habia perdido, me suplicó la acompañase á su casa, lo que hice, muy satisfecho de la preferencia con que me honraba.

“Margarita, parecia estar gustosa con la distraccion que la sociedad me proporcionaba; pero luego que observó mi asiduidad á las reuniones de la viuda, y que mis ausencias fueron mas frecuentes y por dias enteros, empezó á manifestarse sentida, aunque sin darme la mas minima queja. Facilmente adiviné sus penas secretas y las recibí con ternura. Dejé de concurrir á los repetidos convítes del Coronel y de otros amigos y permanecí en casa acompañando á mi muger, quien al verme silencioso y sin humor, conoció muy pronto que los atractivos de Catalina empezaban á eclipsar los suyos.

“Así se pasaron veinte y dos días y aun se habrían pasado muchos mas, si Llorente, que aun no habia visto á Margarita, desde que residiamos en Madrid, no hubiese venido á hacerla una visita y á convidarme á comer, con gran empeño. Unieronse á sus ruegos, los de mi esposa; accedí, subí á mi gabinete y cuando estuve listo, baje á despedirme de ella.....ví sus ojos, cubiertos de lagrimas.....y quise permanecer....; Ah! una sola mirada de Llorente, bastó para avergonzarme, y decidirme á salir.

“Muy luego conocieron mis amigos la tristeza que me devoraba; mas, los chistes de Llorente, y aun del Coronel, á quien se le ocurrieron algunas especies sobre el himeneo, me hicieron recobrar algun tanto, y por la primera vez en mi vida, llegué á sentir la carga de mi estado. Jugamos hasta muy tarde y se atravesó mucho dinero: distraído y ocupado solamente en desechar de la imaginacion el temor que mi esposa me inspiraba, no figé mi atencion en lo grueso de las puestas. Por ultimo, perdí una cantidad considerable, y al amanecer entré en mi casa con el corazon roído de pesares.

“No ví á Margarita hasta la hora de almorzar; toda su fisionomia estaba demudada: nada me preguntó, ni le dije; pero bien note que con sus languidas é interesantes miradas reprendia amargamente mis excesos, y sin embargo cometi la injusticia de resentirme interiormente. Aquella

misma mañana vino Llorente á convidarme, y habiendole chocado la extraordinaria melancolia de mi esposa, no pudo menos de preguntarle la causa. No es nada, respondí al instante; en el campo se restablecerá.—En el campo? dijo élla; pues que, te precisa salir de Madrid?—Sí, y dentro de muy pocos días.—Cuales son los motivos, Medrano? Yo creo que tienes muchos para permanecer aquí.—Muchos? le repliqué asperamente.—Sí, tus diversiones y la amistad; pero si esto no te basta.....la ternura de una persona como Da. Catalina.....No puedo significar á V, prosiguió Medrano, de que modo la miré; solo se decir que no se atrevió a continuar; retiróse á su gabinete anegada en llanto, mas esto no obstante salió al momento con Llorente y despues de comer nos dirigimos á casa de la viuda, la cual, vestida con una elegancia extraordinaria, no solo se atraia las atenciones de todas los concurrentes, sino que tambien acabó de enagenarme con las distinciones que me prodigaba. Algunos instantes despues recayó la conversacion sobre mi proyectado viage al campo, y esto dió lugar á que mis amigos ridiculizasen mis ideas y modo de vivir. Solo la viuda no tomaba parte en aquellas chanzas fastidiosas y de cuando en cuando fijaba sobre mi sus miradas, como para significarme lo sensible que le era mi separacion. Avergonzado y sentido al mismo tiempo, gozaba sin embargo interiormente de la preferencia que aquella

muger me mostraba. Tan cobarde en seguir el vicio, como en practicar la virtud, procuraba cubrir con el mas perfido disimulo mi conducta escandalosa y funestos extravios. El alma de Margarita era demasiado bella para sospechar mis infidelidades, ni manifestarse celosa; al contrario, se dejaba engañar facilmente, aun de un novicio como yo en el arte de mentir. Llorente por otro lado me servia de apoyo y auxiliar poderoso; habia llegado á recobrar su antiguo ascendiente sobre mi debilidad y mi amor propio, y esto, unido á la belleza talento y gracias de Catalina, aceleró mi perdicion.

“En estas circunstancias me hallaba, cuando Margarita, recibió una carta de Burgos, en la que le recomendaban á un famoso pintor en miniatura. Mi esposa, que adoraba á su hijo, formó la idea de retratarlo durmiendo; comunicosela al pintor y éste la aplaudió, mas suplicandole que se dejase retratar con el niño dormido en sus brazos. En efecto, guardaron el secreto, con el fin de sorprenderme agradablemente, y aun élla misma, me proponia que saliese á pasearme y divertirme, para dar tiempo con esto, á que el artista concluyese su obra.

“¡ Ah ! Que distante estaba la infeliz de sospechar el verdadero motivo de mis continuadas ausencias! Esclavo del vicio y de una desastrosa prodigalidad, no me contentaba con serle infiel en

los brazos de la mas artificiosa é indigna de las mujeres, sino que disipaba al mismo tiempo, con libertinos corrompidos, el caudal que debía sustentar un dia á mis hijos. Llorente y sus compañeros, cubrian con los apariencias de afecto y generosidad, los lazos que me disponian y el abismo de males en que me precipitaban. Catalina, por su parte, habia logrado persuadirme que era victima del amor que me tenia: quiso al principio reembolsarme mis perdidas, y á los pocos dias tuvo el descaro de suplicarme interesase mi honor, para librarla del pielago de infortunios, en que, segun élla, la habia yo sumergido.

“Bien sé, que después de haber agotado casi todo mi caudal y perdido mi credito, debía haberme retirado á vivir con lo poco que aun conservaba; pero la idea de volver á Aranjuez donde todo el mundo me conocia y habia presenciado el luxo de mi familia, y el presentimiento de que mis antiguos amigos, no se dignarian ni aun mirarme, me postraron, é hicieron tomar un partido desesperado. Fui á casa de Llorente, arriesgué el resto de mi caudal, con la ilusoria esperanza de recobrar parte de lo perdido.....; Oh recuerdo....! la desgracia se declaró contra mí mas que nunca.....colmose la copa de mis amargos pesares.....; Ay de mí!...aquella noche fatal acabé de arruinarme y de hacer infeliz á mi esposa y á mi niño.

“Luego que el horror de mi situacion se mitigo

algun tanto, y que pude discurrir sobre mis males, pasé á ver á la viuda y le espuse sincera y afligidamente mis desgracias; mas no contenta con decirme que ya su interes y su amor por mí, se habian disipado, tuvo la osadia de descubrirme sus falsedades y nombrarme el promotor de mi ruina. No pude reprimir mi cólera; la dije mil injurias, la agravé de maldiciones horribles, que escuchó con la fria é impudente desvergüenza del libertinage mas refinado. Salgo al punto de su casa, desesperado y delirante, mas no sabiendo adonde dirigir mis pasos, empiezo á errar por las calles, con el corazon devorado de amargura. Al cabo de algun tiempo me veo, sin saber como, ni pensarlo, enfrente á mi puerta, y retrocedo despavorido. La noche estaba muy oscura; el silencio sepulcral que me rodeaba aumentó el horror de mi situacion, y no pudiendo resistir á las terribles imagenes que se me representaban, fuí á caer en medio de la calle, deseando que la suerte condugese hacia aquel sitio un asesino, para que acabase de arrancarme la existencia dolorosa que arrastraba.

“ El recuerdo de Margarita y de mi hijo excitan al fin mi llanto; tóco á la puerta; me abren, subo, entro en silencio en la alcova de mi esposa, y á favor de una lampara que ardia encima de una mesa, la veo dormida con el niño entre sus brazos. A este aspecto se renuevan todos mis pesares; la idea de la miseria que esperaba á aquel-

la infeliz, trastornó del todo mi juicio, y me vi impelido á cometer el crimen mas horrible.... ¡O Dios mio! como me atreveré á confesarlo! Mi brazo desesperadamente armado iba á caer sobre el seno tranquilo de mi tierna esposa, cuando, el cielo sin duda que velaba sobre élla, hace que el niño la despierte. Levantase asustada, detiene mi mano y la estrecha contra su corazon sin articular una sola palabra: vuelvo mi vista horrorizado, empiezo á desfallecer, y no pudiendo resistir á la idea de mi delito ni á la ternura de Margarita, salgo del gabinete apresuradamente, abro la puerta de la calle, llégo á una fonda, y escribo á mi muger instruyendola de todas mis desgracias y del crimen que habia querido cometer, instigado solo por mi delirio, anunciandole asimismo mi desigño de salir de España al punto y de no volver, hasta haber expiado mis errores y reparado con mi industria y trabajo, su ruina y la de su hijo. En fin, concluí mi carta recomendandolos á la bondad de mi madre y á la proteccion del cielo á quien élla jamas habia ofendido, y despues de habersela enviado, sali de Madrid, con intencion de tomar el camino de Andalucia y embarcarme en Cadiz para un punto cualquiera de las Americas.

“Ya habia caminado algunas leguas antes que el sol saliese, y sin detenerme un solo instante proseguí con mucha prisa mi viage durante aquel dia y los dos siguientes, aunque atormentado por las re-

flexiones mas tristes y con una calentura que á cada paso se aumentaba. Mas en la tarde del cuarto dia, al entrar en un pueblo distante de Madrid treinta y dos leguas, conociendo que mis fuerzas me abandonaban y que ya me era imposible resistir á la fiebre ardiente que me consumia, entré en la primer posada, donde al momento pedí que me asistiesen. Un caritativo Religioso de esta orden, que á la sazón se hallaba en ella, subió al punto á mi cuarto, á prodigarme auxilios y recursos de todas especies, con los cuales y su constante cuidado, no solo logré verme fuera de peligro antes de una semana, sino tambien fortificar mi espiritu y aplacar los remordimientos de mi conciencia.

“ Al cuarto dia de mi convalecencia oí parar á la puerta de la posada un coche de camino, y pocos minutos despues, véo entrar en mi cuarto al Religioso, acompañado del pintor que tanto nos habian recomendado. Demasiado debil todavia para poder sufrir la impresion que su vista me causó, caygo desmayado y al volver en mí, me echo á sus pies y le ruego me diga lo que sabe de mi desgraciada esposa y de mi hijo; mas tal éra el espanto que mi presencia le infundia, que permanecio algun tiempo sin contestarme. Vencido al fin por mis instancias y preguntas repetidas, rompió el silencio y empezó á referirme la serie deplorable de desgracias que habian sucedido desde mi precipitada salida de Madrid.

“ Margarita, habia recibido mi carta, y con élla, el terrible prenuncio de la muerte. Desconsolada y debil al extremo, no pudo sobrellevar el horror de su situacion; cayó enferma con una fiebre maligna, á la cual se siguió un delirio violento, y á los dos dias espiro, siguiendola tres horas despues, su infortunado infante. En los momentos de razon que precedieron á sus ultimos suspiros, hizo llamar al pintor, le entregó el retrato y suplicó averiguase el camino que yo habia tomado, advirtiendole que si me hallaba, lo pusiese en mis manos y me asegurase de su parte, el perdon se mis ofensas.

“ No sé como pude sobrevivir á esta relacion, especialmente á la vista del retrato que no cesaba de bañar con mis lagrimas : solo el estado de debilidad á que mis males me habian reducido, pudo conservar mi vida. Mi alma abatida por el dolor, no podia abrigar sentimiento de ninguna especie, por que el largo y penoso tormento que habia sufrido, llegó á hacerla al fin insensible al exceso de mi infortunio y de la desesperacion. Puseme en seguida, en manos del Religioso, y cuando á fuerza de cuidados logró verme restablecido, me condujo á este convento, del cual no he salido hace ocho años, mas que para ir á llorar sobre la tumba de mi esposa y de mi hijo.

“ Aquí todos ignoran mi historia y se asombran de la austeridad de mi vida; pero ésto no basta para

obtener el perdón de mis culpas. Nó, no basta el arrepentimiento, es preciso además, mortificaciones, silicios y actos de beneficencia repetidos para aplacar la colera del Cielo, á quien tanto he ofendido, y alcanzar su misericordia....No obstante, mis pesares se van disipando de día en día, con los consuelos que el Ser supremo, derrama á cada instante en mi alma. Ya un rayo de luz pura y celestial viene esparciendo sus átomos divinos sobre mis declinantes días, y mi cuerpo consumido y flaco empieza á hallar descanso sobre esta dura tarima.”

Cesó de hablar el compungido Religioso, y quedé como petrificado, sin saber que responderle: en seguida, coge el retrato, me lo muestra, vuelve á estrecharlo contra su corazón y lo baña con sus lágrimas. Conmovero de sus infortunios y especialmente de la situación en que le veía, quise articular algunas palabras con el fin de consolarle, cuando al mismo tiempo oygo la campana del Convento, y sin darme lugar, se levanta apresuradamente, toma mi mano y con voz enternecida me dice—“Ya tocan á visperas y me es preciso asistir á ellas. Mucho siento haber detenido á V, tan largo rato; sin embargo, conozco que mis desgracias han echo en V. una impresión profunda.....; Ah! que placer para mí, el de hallar una persona que compadece mi situación y mis

“infortunios! Nó, no es posible que el vicio lle-
“gue á seducir á V; mas si algun día se viese do-
“minado por él....recuerde V. al instante el P.
“Ignacio, y muy pronto volverá á tomar la senda
“de la virtud—Adios, buen viage, sea V. dicho-
“so.”

Besé respetuosamente su mano; en seguida se dirigió en silencio hacia la puerta del Coro desde la cual me hizo una profunda cortesía: baje inmediatamente, monté á caballo, y muy pronto tuve la satisfaccion de saludar á las Señoras que ya he mencionado, quienes no pudieron menos de enternecerse al oír la relacion que luego les hice de los infortunios del triste Medrano.”

lle-
do-
P.
da
ho-

se
de
in-
nto
ue
nos
les



Painted by John Bowden

Engraved by Geo. B. D.

EL AMIGO FIEL.

EL AMIGO FIEL.

APOLOGO.

QUE perro tan mono,
Madre, es mi perrito,
Y como me quiere;
Es mi fiel amigo.
El me lame y besa,
Me dá bocaditos,
La cola menéa
Con gracioso ahinco:
Corro, me persigue,
Páro, dá ladridos
Se tiende, y mi cara,
Mira de hito en hito.
Vuelvo á la carrera,
Y vuelve lo mismo;
Le riño ó hago fiestas,
El responde á brincos.
Si acaso me siento
Cansado y rendido,
Al punto se acuesta
Y me hace cariños:

Con los cuales, madre,
Este perro lindo,
Claramente dice,
Soy tu fiel amigo.

Oyólo su Madre
Y le dijo, ay niño,
Eres todavía
Un inocentito:
No confíes mucho
En tu fiel perrito,
*Pues bocas que lámen
Dan también mordiscos.*
El hombre y el perro
Son muy parecidos,
Y los dos calculan
Sobre sus lamidos.
No hay pues que fiarse
De saltos y brincos
Ni de manos dadas,
Abrazos, besitos:
Ni de frases bellas
De idioma lucido,
Pues solo negocio
Dicen, nó cariño.

Á UN POETA.

SONETO.

Si de modernos clásicos poetas
Quieres ver aplaudidos tus renglones,
Ni *sonetos* escribas, ni *canciones*,
Ni compongas *octavas* ni *cuartetas*.

Dedicate á *letrillas* muy discretas,
Haz de autores latinos traducciones,
Imíta á Horacio en sus composiciones,
Y jamás á hacer *decimas* te métras.

Enigmas, *himnos*, *satiras* y *liras*
En este siglo están en mucha moda;
Las *églogas* también, si bien lo miras,

Al gusto de eruditos acomoda;
Pero si al sumo honor, *Gavino*, aspiras,
Tus conceptos escribe siempre en *Oda*.

FABULA.

EL HOMBRE Y LA MOSCA.

QUE donde la fuerza está
Y más, unida al ingenio,
Es la victoria segura,
No se ha dudado un momento:
Que me lo digan á mí,
Que á fé lo desmienta presto.

Una mosca, el sér mas débil
Y mas vil del universo,
Me venció á mí todo un hombre,
Batiendonos cuerpo á cuerpo.
Yo me empecé contra élla,
Ella sostuvo el empeño,
Y con que teson, ni César,
Sila, Mario, ni Pompeyo
Mas decision pronunciaron,
Que este miserable insecto.
Yo la persigo, y la mosca,
Burlá al fin mi atrevimiento,
Y cuando yó ya cansado
Desisto, abandono el campo,

Me rindo y me tiro al suelo,
Mi ridiculo enemigo
Se sienta en mi rostro mesmo,
A cantar allí su triunfo,
Sin quedarme otro remedio,
A pesar de su insolencia,
Que confesarlo y creerlo.

¡ Una mosca! y todavia
Posible es nos engañemos!



ANACREONTICA.

No cambiaria, Arsindo
Por la dorada copa,
Aquel pequeño vaso
Que con sus labios toca:
Por que yo se lo hice
De aquella encina propia
Que veces mil dió abrigo
A la que su alma adora.

LA MECA:

Ó EL

PEREGRINAGE DE LOS MAHOMETANOS.

Extractado de las memorias de un Viagero.

LA Meca es una ciudad de la Arabia, tenida en gran veneracion por los Mahometanos, los cuales, créen que es indigno de entrar en élla, todo aquel que no pertenece á su secta. Esta es la razon por que no permiten que nadie se acerque, ni aun á muchas leguas, observando en ésto tal rigor, que si un cristiano fuese sorprendido dentro de la ciudad ó en su recinto, solo podria expiar su sacrilegio, purificandose por el fuego, ó mudando al instante de culto.

Muchos Musulmanes, hacen el viage por devocion, y otros, y son los mas, por traficar, para lo cual vienen de todos los puntos del Asia, á desembarcar al puerto de Gedda ó Zieden, sobre el mar Rojo, distante poco mas de quince leguas de la Meca.

Este viage absuelve todas las culpas y una vez

hecho, ya no hay que temer el ser perseguido por ninguna clase de delito.

Todos los años hay cinco caravanas, á saber: la del gran Cairo, que se compone todo de Egipcios y de los que vienen de Constantinopla ó de sus alrededores; la de Damas, que trae los de la Siria; la de los Pomentoís, que comprehende todos los peregrinos de Berberia, Fez, Morea, ect. que se reunen en el Cairo; y la de Persia y de las Indias ó del Mogol. Solo hablaré de la primera y bastará para que se forme una idea de las demas.

Despues de diversas ceremonias echas en el Cairo durante algunos dias, salen por la tarde y van á acampar á doce millas de la Ciudad, cerca de un lago llamado *Birca*, punto de reunion de todas las caravanas, que muy frecuentemente suelen formar una de mas de cien mil personas.

Solo marchan de noche para evitar el calor ardiente, y cuando no hay luna, encienden faroles: en cuanto á los camellos, van atados uno á otro de la cola y no hay necesidad de conducirlos.

El viage del Cairo á la Meca, se hace en treinta y siete dias y siempre por medio de los desiertos de Arabia. No comen mas que de las provisiones que llevan y el agua que se encuentra es poca y muy mala; pero lo que hay aun de mas incomodo, son los vientos calientes que casi privan la respiracion, y sin embargo, muchos ancianos, mugeres

y niños emprenden y concluyen con felicidad este viage.

Durante la marcha, cantan versiculos del Alcoran con tanto fervor y tanta devocion, que á veces caen de sus camellos rendidos de la fatiga y muchos mueren cantando.

Dos dias antes de llegar á la Meca, se despojan de la mayor parte de sus ropas, como una muestra de respeto, y se descalzan las sandalias por no hollar una tierra que consideran sagrada: tambien observan una abstinencia rigorosa durante ocho dias, pero los enfermos solo hacen limosnas.

La Meca es una ciudad tan grande como Marsella: está rodeada de altas montañas y todos sus edificios son de piedra. Hay una gran Mezquita, en medio de la cual está el *Kyábé* ó *Bait Allah* (casa de Dios) que los mahometanos, dicen haber sido edificado por los angeles, visitado por Adam, transportado al Cielo durante el diluvio, y despues vuelto á edificar por Abraham, con arreglo al plan antiguo que para éello, le fué enviado del Cielo. Conservan una gran veneracion por este templo, lo mismo que por una piedra negra, colocada á mano derecha de la puerta principal, y la que creen se ha vuelto de aquel color, por los pecados del genero humano. Aseguran ademas y estan muy persuadidos que la piedra era blanca, cuando el Arcangel Gabriel la entregó á Abraham y que éste se sirvió de élla como de andamio, cuando

edifico
tojo p

La a
bre ot
ancho.
que un
de pla
ancho
escala,
que p
marla

El t
pilares
de altu
hombr
de rica
parte c
en Dan
impide
entre

Dos
exterio
la azot
una ca
aquella
lluvia,

Hay
ble par
te de

edificó el templo, subiendola y bajandola á su antojo para evitar el hacer agujeros en las paredes.

La altura de este edificio es de treinta pies, sobre otros treinta de largo y veinte y cuatro de ancho. El umbral de la puerta está tan elevado, que un hombre, puede apenas alcanzar á élla; es, de plata maciza, alta de nueve ó diez pies y de ancho tiene cerca de seis; suben á élla por una escala, montada sobre cuatro ruedas; de forma, que para entrar en el Kyâbé es preciso aproximarla por medio de éllas por que es muy pesada.

El templo está sostenido por tres columnas ó pilares de forma octagona, de cerca de veinte pies de altura; son de madera aloe, del grueso de un hombre y de una pieza. El interior, está adornado de ricas estofas de seda blanca y encarnada, y la parte exterior, con una tela de seda negra, labrada en Damas. Hay al rededor de él una muralla que impide el que se acerquen y muy corto espacio entre ésta y el templo.

Dos fajas doradas, ciñen las partes alta y baja exteriores del Kyâbé, y por uno de los lados de la azotea que lo cubre, asoma y se vé facilmente, una canal de oro macizo que se avanza al canto de aquella como seis pies, con el objeto de que la lluvia, cayga fuera de la muralla que lo circunda.

Hay ademas en el templo, otro objeto venerable para los Mahometanos, y es el pozo ó la fuente de Zemzem, que segun ellos, destila aquel

agua maravillosa que Dios proporcionó á Agar y á su hijo Ismaël en el desierto, despues que Abraham los echó de su casa; beben de élla por devocion y le atribuyen grandes virtudes.

Los peregrinos pasan tres dias en la Meca, y aquel que logra ser el primero en besar la piedra negra, es reputado por santo; pero es preciso que esto suceda en viernes y despues del jubileo ó rogativa publica: entonces todos se postran á sus pies y á veces muere sofocado aquel infeliz entre la multitud.

Hay á mas, durante aquellos tres dias otra ceremonia, que se reduce á una procesion hecha de rodillas al rededor del templo; un Iman es el que la dirige é indica las genuflexiones que deben hacerse.

Todos los años se mudan las telas que adornan el templo, interior y exteriormente: las usadas, las envian al gran Señor ó las guarda para sí el *Cherif* ó governador de la Meca, y sirven para el adorno de otras mezquitas ó para hacer reliquias que el *Cherif* vende á precio muy subido.

Concluidos los tres dias, salen los peregrinos de la Meca y van á hacer noche á un lugar llamado Minnet, á donde llegan la vispera de la fiesta Bayran; en la mañana siguiente hacen un sacrificio de corderos, que se distribuyen á los pobres, y en seguida, vuelven á cubrirse con todos sus ropas, como antes.

De
nada,
cuales
que és
blo qu
prepar
otras h
con rel
ra y lu
bendic
El gov
tempor
una de
pesar
Señor.

Con
Minnet
una ro
homet
mucho
un cie
fué ec
descan
para c
edifica
mayor
bien e
cion.
Mec

De allí, suben al monte Arafat, distante una jornada, y se detienen tres dias, en cada uno de los cuales arrojan siete piedras á la montaña y dicen que ésta ceremonia sirve para lanzar de élla al diablo que vino á tentar á Abraham al tiempo que se preparaba á sacrificar á su hijo Ismaël y nó Isaac; otras historias cuentan tambien sobre Adam y Eva, con relacion al parage. Bajan despues á una llanura y luego que concluyen sus oraciones, reciben la bendicion del cherif, respondiendó todos *Amen*. El governador de la Meca, lo es en lo espiritual y temporal; de consiguiente, es considerado como una de las primeras dignidades del imperio; mas á pesar de su poder ilimitado, está sugeto al gran Señor.

Concluida aquella ceremonia, bajan al pueblo de Minnet, situado en un hermoso llano en el cual hay una roca y en ella una cueva, donde segun los Mahometanos, iba á orar su profeta. Muestran con mucho interes y como gran maravilla, un hueco, en un cierto parage de la misma peña, que aseguran fué echo por los angeles con el fin de que Mahoma descansase allí su cabeza, quando hacia oracion, y para conservar la memoria de aquel milagro, han edificado una Mezquita en el mismo parage. La mayor parte de los que van á la Meca hacen tambien el viage á Medina, pero esto no es una obligacion.

Medina, es otra ciudad de la Arabia; á tres jor-

nadas del mar Rojo y no tan considerable como la Meca.

Hay en medio de aquella ciudad una gran Mezquita donde está el sepulcro de Mahoma, que es de marmol blanco, y cerca de él las tumbas de Abubeker, Omar y otros Califas que le sucedieron. Arden constantemente en el templo un gran numero de lamparas y el sepulcro está colocado en un patio pequeño de figura circular, cubierto con una cupula que los orientales nombran *Turbé*. Al rededor hay una galeria exterior con muchas ventanas, cuyas rejas son de plata; la interior está adornada de infinidad de piedras preciosas, especialmente en la parte donde corresponde la cabeza del sepulcro. Entre las muchas alhajas de valor, se vé un diamante mayor que el huevo de una paloma, y encima de éste, otro que el Sultan Osman, hijo de Achmet, hizo colocar allí y que es igual al que llevan en el turbante los Emperadores Mahometanos. Antiguamente, formaban estos diamantes, uno solo, pero Osman los hizo partir por la mitad, no se sabe por que, ni con que intento.

Debajo de ellos hay una media luna de oro de la cual cuelgan otros muchos diamantes de excesivo precio. La puerta por donde se entra á la galeria que circunda el Turbé, es de plata maciza, lo mismo que la por donde se entra al mismo Turbé. Esta solo se abre cuando hay poca gente, es decir, luego que los peregrinos se retiran, los cuales solo

pueden
entre
vado d
y se s
blanco

Mue
esta m
que ha
Adgy
Argel,
Meca;
Regem
dor ce
secret
seño u
la cua
que an
observ
Levan

pueden ver la galeria interior y sus riquezas, por entre las rejas que la cercan. El tumulto está elevado como tres pies del piso principal del templo, y se sube á el por cuatro escaleras de marmol blanco.

Muchas otras circunstancias podria referir en esta memoria; pero solo he querido ceñirme á lo que he sabido por dos personas fidedignas, á saber; Adgy Mahomet enviado extraordinario del Dey de Argel, el cual, acababa de hacer el viage de la Meca; y Mahomet Effendi plenipotenciario por la Regencia de Tripoli de Berberia, despues Embajador cerca de la corte de Francia. Este habia sido secretario del Divan durante algunos años y me enseñó una memoria escrita por él en lengua turca de la cual transcribi las paginas anteriores. Todo lo que ambos me contaron, lo halle conforme con las observaciones que despues hice en mi viage por Levante.

LA GARZA.

RICA con sus penachos y copetes,
Ufana y loca con ligero vuelo
Se remonta la Garza á las estrellas;
Y puliendo sus negros martinetes,
Procura ser allá cerca del cielo
La reyna sola de las aves bellas;
Y por ser élla de éllas
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y transmonta
A los ojos del lince mas atentos,
Y se contempla reyna de los vientos.
¡Mas ay! que en la alta nube
El aguila se vió y al cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarrá
Del bello ayron, que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso,
¡Ay pajaró altanéro,
Retrato de mi suerte verdadero!

MI VIAGE

A

ERMENONVILLE.

ERMENONVILLE es una villa de Francia, situada en el departamento del Oise, notable antiguamente, solo por un Castillo, en el que hay un bellissimo parque que pertenecia á la hermosa Gabriela, dama de Henrique IV. Durante los tiempos modernos, ha ido adquiriendo cada dia mas celebridad, especialmente por haber sido el ultimo retiro del misantropo y elocuente J. J. Rousseau, que falleció allí el 2 de Julio de 1778, y á quien se le erigió un modesto monumento en una islita, llamada de los alamos, situada en el medio de un hermoso lago.

Para hacer la descripcion exacta de aquel paysage encantador, seria preciso reunir los talentos de Rubens, del Albano, Tenniferes, Vateau, ú de otros artistas eminentes; pues solo así podria representarse al vivo aquella deliciosa mansion y el gusto singularmente delicado de la persona que

la proyectó, la cual, debe suponerse, poseía los atributos de agronomo, pintor, poeta, historiador, filosofo y hombre sensible.

Su dueño, tomó de los Ingleses, la idea de acercarse é imitar en un todo á la naturaleza, reuniendo una infinita variedad de objetos bellisimos en un parage de corta extension. A las elevadas alamedas, tiradas á cordel, donde la tixera del jardinero, monda desapiadadamente las ramas naciescentes que sobresalen; á la arena rastrillada de sus calles que solo presenta la monotonía de la esterilidad; á los surtidores y juegos de aguas que van luego á reunirse en un receptaculo simple y tranquilo, y á estatuas, medio cubiertas de musgo, simetricamente colocadas; prefirió el bello aspecto de la naturaleza, caprichosa, activa, sombría y variada; quiso que un objeto absolutamente nuevo le recordase aquel que era digno de ocupar un parage tan grandiosamente amenizado. ; Que reunion de objetos, que variedad, que contrastes tan hermosos! La vista se recrea y vaga deliciosamente y sin cesar por aquellos espacios, que un punto de optica diestra y habilmente combinado, engrandece y refleja diversamente segun la posicion del observador. En fin, de los jardines de Ermenonville, puedo decirse, son las paginas de un libro, que solo un sabio puede leer y explicar.

Para llegar á Ermenonville es preciso atravesar el bosque de Chantilly, diez leguas distante de

Paris
suave
derecho

que
de un
forma
menu
y la c

Mu
dar c
antig

Jos
solo
sus ja
á aqu
emba
la rel
homb
piran
consi
los m
la-Ch
no ob
queñ
dio d
bañar
scrip

EL HO

Paris, y descender por una vereda de declive muy suave. A mano izquierda hay un desierto y á la derecha un puente, con una estacada de madera, que conduce al Castillo, situado en las margenes de un rio. El camino desde aquel al pueblo está formado por una frondosa selva, adonde muy á menudo solia ir Henrique IV. á buscar el reposo y la dicha, al lado de Gabriela.

Muchas son las causas que han contribuido á dar celebridad á aquel pueblo obscuro é ignorado antiguamente.

Jose II. vino desde el centro de la Alemania solo con el objeto de ver aquel hermoso parque y sus jardines, y hoy dia todos los viageros se dirigen á aquel sitio con el de contemplar una tumba. Sin embargo, no es una fria losa la que los atrae, sino la religiosa veneracion que los restos de un grande hombre, esparcen al rededor de su sepulcro, inspirando la admiracion y el respeto, á cuantos lo consideran. El extranjero, pasa por delante de los magnificos mausoleos de Saint Denis y de Aix-la-Chapelle, sin volver siquiera su vista á ellos, y no obstante, se dirige lleno de interes, á una pequeña isla, coronada de humildes álamos, en medio de un lago de mediana extension, cuyas aguas, bañan casi la piedra en que está gravada esta inscripcion:

AQUI REPOSA

EL HOMBRE DE LA NATURALEZA Y DE LA VERDAD.

Lée enternecido el epitafio que este mismo hombre habia escogido para su tumba;

Vitam impendere vero;

y siente una profunda consternacion al ver escrito sobre el plomo,

Hic jacent ossa J. J. Rousseau.

Con que aqui es donde reposan los huesos de aquel hombre admirable! exclamé al punto penetrado de admiracion y respeto. Despues de haber meditado en silencio largo rato, dirigí mi vista al rededor, buscando avidamente el sepulcro de Voltaire, sobre el cual, deberian elevar las manos de un amigo, un monumento semejante al de Juan Jacobo y á su mismo lado. Entonces seria Ermenonville aquel parage delicioso del Eliseo en que Virgilio colocó á los filosofos y poetas. Rousseau, Voltaire! nombres augustos! entre cuyos genios y producciones, no se halla, sin embargo, analogia alguna. El uno profesó la filosofia dulce y culta de Platon y del Liceó; el otró conservó siempre el ceño y gravedad de Diogenes: pero no obstante, ambos fueron alguna vez, inspirados por el maligno genio que inspiraba á Socrates.

Voltaire presentó, divulgó con amenidad, verdades practicas; Rousseau no pudo medir ni manejó bien nuestras debilidades. Aquel quiso el bien y

no tuv
endos
hubo
nen ig
nuestr
el hor
J. Jac
acaso
do ha
ton de
dos y
der tu
ro no
siado
videm
tumba
son lo
sobre
se lis
honro
Me
un va
clama
de un
mide

no tuvo sistema; el ultimo, lo deseó, pero deteniéndose demasiado en suposiciones chocantes; no hubo relacion notable entre ellos, pero ambos tienen iguales causas y merecen los mismos títulos á nuestros homenajes. No trato de examinar ahora el hombre, pues sé todo lo que puede tacharse á J. Jacobo: fué hombre, de consiguiente, ingrato y acaso todo su estoicismo era solo vanidad, pudiendo habersele dicho con sobrada razon lo que Platon decia á Diogenes: *Reúsas sentarte en los cómodos y dorados asientos que te ofrezco y prefieres tener tu mugriento manto sobre el piso de mi sala; pero no creas alucinarme; tu orgullo se trasluce demasiado y sale por los ahujeros de tu vestido.* Mas, olvidemos al hombre y consideremos unicamente su tumba, que nos dice, *ya no existe.* Sus escritos son los que deben hacernos querida su memoria, sobre todo, á aquellos que corriendo la misma lid, se lisongearian de poder obtener distinciones tan honrosas.

Me alejé de aquel sagrado sepulcro y entré en un valle delicioso, donde no pude menos de exclamar como Poussin, *et in Arcadiâ ego.* Cerca de un surtidero de agua viva, se eleva una pirámide dedicada á Virgilio, en la cual se lee,

*Genio P. Virgilii Maronis
Lapis iste cum luco
Sacer esto.*

Mas abajo están gravados los nombres de Thomson, de Gessner y de otros felices cantores de las estaciones. Dos arboles entrelazados y esta divisa *omnia junxit amor*, anuncian el genero de sus versos y pintan con un solo rasgo los sitios diversos de aquel valle apacible, rico y silencioso. No lejos de él, se eleva un templo á la filosofia, el cual ha quedado imperfecto. Este paso tan repentino de la naturaleza á la filosofia es muy ingenioso y expresivo y el templo imperfecto ofrece una alegoria no menos ingeniosa. En el interior de él, lei;

*Hoc templum inchoatum
Philosophiæ nondum perfectæ
Michaeli Montaigne
Qui omnia dixit
Sacrum esto.*

Sobre las columnas, estan inscriptos los nombres de Newton, Descartes, Voltaire, Penn, Montesquieu, J. J. Rousseau; y sobre la columna partida, *quis hoc perficiet*. Una ermita muy modesta y semejante á aquellos templos que los primeros humanos elevaron sin escuadra ni compas, á la divinidad, se halla cerca del templo de la filosofia. La puerta de la ermita está enfrente al templo, y en élla gravadas estas palabras:

*Au createur j'élève mon homage,
En l'admirant dans son plus bel ouvrage.*

Pas
Mi im
empez
mas ap
que se
rage e

Es u
de agr
bello h
por lo
delicio
cillos
serpen
ticos y
orta d

Mas
á goz
élla, e
aquel q
die pan
to, qu
interna
cion á
objeto

Pasé adelante y la escena varió absolutamente. Mi imaginacion demasiado elevada hasta entonces empezó á descender y reposó sobre otros objetos mas apacibles, mas gratos. La primera inscripcion que se observa, indica al hombre de letras el parage en que se halla y le prepara á lo que va á ver:

*Scriptorum choras omnis
Amat nemus et fugit urbes.*

Es un desierto salvaje; pero todo lo que tiene de agreste por una parte, ofrece por la otra ó un bello horror, una ladera de montaña resguardada por los rayos del sol, ó un valle estrecho, pero delicioso y pintoresco. De un lado se ven bosquecillos aislados y casi aridas praderias; del otro, serpenteados riachuelos, cabañas y descansos rusticos y correspondientes al bosque. Sobre la puerta de una choza está escrito:

Cada uno en su casa es el Rey.

Mas adelante vi la cabaña donde Rousseau iba á gozar de los encantos de la soledad, y sobre élla, esta maxima: *Solo es verdaderamente libre, aquel que no tiene necesidad de consultar con nadie para hacer su voluntad.* Repitiendo este texto, que dá pabulo á muchas reflexiones, seguí internandome en el bosque, creciendo mi admiracion á cada paso, ocupando la vista, sin cesar, en objetos diversos, y con los sentidos encantados;

digo los sentidos, por que un lago que ví al fin del desierto, me recordó inmediatamente á Heloisa, y á su aspecto, se agolparon á mi memoria las situaciones y lances mas interesantes de aquella novela. No pude menos de pensar en Julia y repetir con placer

*Che non sa come dolce sospira
E como dolce parla, é dolce ride.*

En el mismo lago, noté una gran roca y algunas grutas, impenetrables á cualquier inclemencia; mas allá, una hermosa floresta, contrasta maravillosamente, con el desierto. Hay en élla un pavellon y algunas glorietas, pues alli, á todo presidió la sensibilidad, el gusto y la razon. *Otio et musis.* Cerca de aquel está una gruta cubierta de ramage, impenetrable á los rayos abrasadores del Dios del dia, y por cuyo pie pasa un cristalino arroyo; en su alrededor hay bancos de fresco cespéd y ojas esparcidas por el suelo. Todo inspira el deleite; el Dios del amor y los placeres suspende su vuelo y recorre lleno de gozo aquel sitio encantador pasando de la otomana del pavelon al verde musgo de la gruta, sin poder acertar, en cual de los dos puntos hallará mas comodidad y deleites.

De alli pasé á la orilla y atravesando el lago en una barca, llegué al pie de la torre de la bella Gabriela.

*Et cette tour droit de péage
La belle Gabrielle avait:
C'est de tout temps qu'un Français doit
A la beauté foi et hommage.*

Allí es donde Henrique IV. iba á deponer su casco y sus laureles á los piés de Gabriela. A la puerta de aquella antigua granja esté colgada la armadura de Dominique de Vic, Maestre de campo de Henrique IV, que perdió una pierna en la batalla de Ivry, y el cual pasando por la calle de la Feronniere dos dias despues del asesinato del Rey, fué sobrecogido de un dolor violento, cayó sin sentido y al dia siguiente espiró. Con el cuidado que tuvieron de acercar, reunir y mezclar diversos objetos, han sabido mover á un mismo tiempo el alma del pintor, del poeta y del historiador. La arquitectura y el corte de aquella torre, el fresco colorido de las pinturas que la adornan, la echura y trabajo esquisito de sus muebles, forman un conjunto que suspende y no deja nada que desear. Parece que se vé aun á Gabriela en su gabinete de forma oval, terminado en una torrecilla, por cuya puerta, aunque muy baja, entraba el grande Henrique.

Mr. Sedaine escribió algunos versos en uno de los pilares de la cocina de Gabriela, y al lado de ellos se leen los que compuso el celebre Conde de Cassini;

*Ici de Gabrielle
Fut l'aimable séjour;
Ici l'on vit près d'elle
Mars, vaincu par l'Amour.
Au nom de cette belle
Sois attendri!
Français, il nous rappelle
Le bon Henri.*

¿ Por qué los literatos que van á visitar aquel parage, no habian de dejar en él algun recuerdo permanente? El Duque de Nivernois tan distinguido por sus talentos dió el egemplo con los versos siguientes;

*Je ne traiterai plus de fables
Ce qu'on nous dit de ce beaux lieux,
Ou les mortels, devenus presque Dieux,
Goûtent sans fin de douceurs ineffables.
De l'Elisée ou tout est volupté,
Je regardais le favorable asyle
Comme un beau rêve, à plaisir inventé,
Mais je l'ai vu ce séjour enchanté;
Oui, je l'ai vu, je viens d'Ermenonville.*

Este es el sencillo bosquejo de Ermenonville, delineado por un viagero. La mano maestra de Rubens es la unica que puede con su pincel divino transmitir al lienzo, aquel bellissimo y animado cuadro de la naturaleza.

A UNA ROSA.

EN todos sus rosales
La madre primavera
Jamás á rosa alguna
Miró con mas terneza.
En mil graciosos rizados
! Cuan varia purpuréa
Sobre el regazo amante
Del boton que la estrecha!
Como en silencio suben
Desde el pie contrapuestas
Dos bien labradas hojas
Y se mécen sobre ella.
Una tal vez se dobla
Gira, y fugaz la besa.
La otra lo ve cobarde,
Y quiere, y va, y no llega.
Ella entre tanto rie
Mil fragantes esencias,
Y á su reir, ¡ó cuantos!
Cuantos deseos vuelan!

¡ O rosa, honor del año!
Tu singular belleza
¡ O cuan feliz sería
Si Emilia te quisiera!
Tomala, Emilia, toma,
Y dame en recompensa
La dulce miel de un beso
De tu boca risueña.
Ya vale mas la rosa
No te la doy, no; suelta,
Que el beso fué y lozana
Mi flor aquí se queda.
Seis besos y otros tantos
Me has de pagar por élla.
Es poco, no; tu ignoras
Los ayes que me cuesta.
Fuí, y al cortarla, impías
Me hirieron dos abejas
De un numeroso enjambre
Que á par giraba de ella.
No ves cuan lastimada
Esta mi triste diestra?
Ah Emilia! si; mi rosa
Precio mayor desea.
Un beso, ¿ y que es un beso?
Quiero por cada abeja
Del numeroso enjambre
Que á par giraba de élla.

EL SEPULCRO.

¿ No ves, Anarda, entre el monte
Y aquella sonora fuente
Un solitario sepulcro
Sombreado de cipreses ?
¿ Y no ves que en torno vuelan
Desarmados y dolientes
Mil amorcillos, guiados
Por el hijo de Citéres ?
Pues en paz allí reposan
Y descansan para siempre
Las silenciosas cenizas
De dos que se amaron fieles.
Eramos niños nosotros
Cuando Basilio y Euterpe
Llenaron estas comarcas
De sus cariños ardientes.
No hay olmo que en su corteza
Pruebas de su amor no muestre;
Basilio los unos dicen
Los otros claman Euterpe.

Sus amorosas canciones
Todo zagal las aprende;
No hay valle do no se canten
Ni monte do no resuenen.
Llegó su vejez y hallólos
En paz, y amandose siempre:
Y amaronse y espiráron;
Pero su amor permanece.
¿Te acuerdas, Anarda, un día
Que muy simples é inocentes
Oímos se requebraban
Detras de aquellos laureles?
¿Cuántas caricias manaban
Sus labios! cuantos placeres!
¿Cuanta eternidad de amores
Juraba su pecho ardiente!
Al verlos, recuerda Anarda,
O tan preciosas niñeces
Volaron, que me dijiste
Deshojando unos claveles;
Yo quiero amar; en creciendo
Serás Basilio, yo Euterpe,
Y juraremos cual ellos,
Amarnos hasta la muerte?
Anarda mi bien, ¿que esperas?
El tiempo de amar es éste;
Los días rapidos huyen
Y la juventud no vuelve.

No tardes; ven al sepulcro
Donde los pastores duermen,
Y á su egemplo en él juremos
Amarnos eternamente.



EPIGRAMA.

TENIA una rosa bella,
En su guirnalda galana,
Aminta, y en la mañana
Le iban los ojos tras élla:
Viola á la tarde marchita
Y arroja guirnalda y rosa;
Tal es la doncella hermosa
Que un soplo, la flor la quita.

LA VENGANZA HONRADA.

CUENTO ITALIANO.

VIVIAN en Milan, no hace mucho tiempo, dos jóvenes Ubaldi y Lelio, hijos de familias muy distinguidas de aquella ciudad, los cuales, habiendose conocido desde sus mas tiernos años en el mismo Colegio, contrayeron una intima confraternidad, que cada dia fué estrechándose mas y mas, especialmente despues que volvieron al lado de sus padres. Ambos eran bien educados y poseian todas las cualidades que se requieren, para lucir en la sociedad; de consiguiente, muy luego empezaron á distinguirse en élla, por sus talentos, caracter y otras prendas recomendables.

Lelio, mucho mas sentimental que su amigo, no tardó mucho en entregar su corazon á una Señorita noble y muy rica, pero cuya mano no podía obtener á causa de algunas disensiones que existian entre las dos familias, y los dos amantes se veian por esta razon, en la dura necesidad de verse y suspirar secretamente.

Ubal
mente
perter
habria
do él
puede
corazo
tendri
tentab
silenci
tratase
Nuest
ron s
Ubal
amista

Pas
cio in
tarse
casa d
pudo,
consu
á ver
suplic
suyas.
ñorita
entre
que c
tas de
pidios

Ubaldi, tambien amaba (aunque menos platonica-mente) á una joven bellisima, pero muy pobre y perteneciente al estado llano, con la cual, nunca habria permitido su familia, se enlazase, aun cuando él mismo lo hubiese intentado, pues su amor, puede decirse, era mas bien de capricho que de corazon; y sin pararse á considerar si algun dia tendria animo suficiente para unirse á élla, se contentaba con pasar el tiempo, aunque tambien en silencio y temiendo que los parientes de su amada tratasen de informarse de su objeto y sus designios. Nuestros dos amigos, como es de creer, se confiaron sus secretos amores, sin embargo de que Ubaldi, lo hizo mas bien por indiscrecion, que por amistad.

Pasaronse asi algunos meses, hasta que un negocio importante de familia, obligó á Lelio, á ausentarse de Milan por algun tiempo, y dirigiendose á casa de su amada, (á quien consoló lo mejor que pudo, sin embargo de que él mismo necesitaba consuelo) le advirtió que su amigo Ubaldi pasaria á verla muy á menudo y le entregaria sus cartas, suplicandole se sirviese confiarle tambien las suyas. Oréta (este era el nombre de aquella Señorita) bien informada de la amistad que existia entre los dos, consintió al momento, asegurandole que durante su ausencia, solo sus cartas y las visitas de Ubaldi podrian consolarla sus penas. Despidiose Lelio tiernamente de su amada y pasó á ca-

sa de su amigo, le suplicó se encargase de la correspondencia que iba á seguir con Oréta, pues solo él era el unico á quien juzgaba digno de confiar los intereses de su amor y se la recomendó como la prenda que mas amaba en la tierra, añadiendo (y no es extraño por que las ideas de los amantes tiernos siempre son pastoriles) que su Oréta era un inocente corderillo de quien él debia ser el pastor, guiandola durante su ausencia con el cayado de la amistad. Sin embargo estos pastores, suelen volverse lobos muy á menudo; pero no anticipemos los acontecimientos; Ubaldi prometio á Lelio todo cuanto exigio de su amistad y éste partió, si bien satisfecho de élla, muy triste por separarse de su amada.

Luego que Ubaldi se vio solo, trató de visitar mas á menudo á su querida Rosina y frecuentar los teatros y paseos publicos, con el fin de distraerse durante la ausencia de su amigo. Algunos dias despues recibió una carta para Oréta y fué inmediatamente á su casa, donde segun las instrucciones de su amigo Lelio, se introdujo con el mayor sigilo. Ubaldi, vió á Oréta, le entrego la carta, observó que era muy linda y de mucho talento, habló largo rato con élla y al fin se despidio, sintiendo mucho no poder permanecer en su compañía una hora mas. Dos dias despues volvió á visitarla para encargarse de la respuesta, segun lo que habian acordado, y la halló mas hermosa y

amable que la vez primera. A fuerza de hablar de amor por su amigo, llegó á enamorarse y concibió el proyecto de hablar por si mismo. Es verdad que esto era llevar la amistad demasiado al cabo, pero, lo que él decia; mi objeto no es el de suplantar á Lelio, sino entretenerme y pasar el tiempo mientras se halla ausente, con lo cual, conseguiré que élla no pierda la costumbre de amar. Esto, añadía Ubaldi, siempre es trabajar en favor de mi amigo, y si cuando vuelva, le entrego lo que me ha confiado, sin decirle nada de lo sucedido, en vez de perjuicio le habré hecho un favor, que no podria menos de agradecerme, el dia que llegase á saberlo.

Con este bello razonamiento, que seguramente no agradaria mucho á Lelio, logró acallar su conciencia, que á lo que parece no era muy escrupulosa y continuó sus visitas; de modo, que entregando cartas y recibiendo respuestas, acabó por hacer una declaracion en forma, que por desgracia suya fué muy mal recibida de Oréta. Picose Ubaldi sobremanera de esta primera repulsa, pero no perdió la esperanza de atraerla por el reconocimiento ó el temor, especialmente, siendo él el unico confidente de los amores de Lelio. Sin embargo, nada consiguió; al contrario, contestó Oréta á sus pretensiones con tal dignidad y firmeza que ni aun le dió tiempo para concluir las. Sorprendido y lleno de verguenza, le suplico se sirviese per-

donarle su atrevimiento, encargandole nada dijese á Lelio, pues éntonces, seria probable que su amistad se concluyese y aun tal vez daría lugar el asunto, á un lance mucho mas serio. Oréta, sea que en efecto temiese exponer á su amante, ó bien, por que nó pudiese menos de agradecer interiormente la declaracion que acababa de oir, se dejó desarmar, prometió callarse y aun olvidar su osadia, pero prohibiendole el que volviese á verla, si acaso conservaba aun la menor esperanza ó intentaba aventurar otra expresion. Ubaldi le protestó, que el respeto, habia ya reprimido y aun sofocado sus deseos, se echó á sus pies, ensalzó su virtud (contra la cual sin duda echaba pestes interiormente) y cuando creyó haber expiado su imprudencia, se despidió de Oréta, humilde y compungidamente. No obstante siguió visitandola, con objeto de entregarla las cartas de Lelio y recibir sus respuestas, pero contentiendose siempre en los limites de la urbanidad y el respeto, tal vez por que veía, era difícil salir de su empresa con lucimiento.

Volvió Lelio á Milan y Ubaldi pasó inmediatamente á darle un abrazo; facil es creer que Lelio no se detuvo mucho en cumplimientos, y que la primer pregunta que le hizo fue sobre su amada Oréta. Su amigo la satisfizo participandole que estaba tan tierna, tan hermosa como siempre, y deseando continuamente su llegada, de cuya noticia se regocijó infinito nuestro fino amante.

Ubaldi
habia
para
cretar
lo ocu
exami
se hab
que n
mente
por la
era un
virtud
des.

Est
que
venid
te se
cibir
interi
saltar
que s
despu
que
exigia
zon d
timier
una c
claras
pero

Ubaldi, sin embargo de la promesa que Oréta le habia echo de guardar secreto, temio mucho, y para evitar la sorpresa de Lelio, creyó obrar discretamente siendo el primero en participarle todo lo ocurrido. Dijole pues, que habiendo querido examinar y poner á prueba el corazon de Oréta, se habia arriesgado á hacerle una declaracion, pero que muy luego se satisfizo y sorprendió agradablemente al recibir de su boca una seca respuesta, por la cual juzgó que el corazon de Oréta no solo era un modelo de fidelidad y ternura, sino que sus virtudes igualaban á su belleza y demas cualidades.

Esta confianza, sin embargo de los elogios con que estaba sazónada, no agradó mucho al recién venido, quien, aunquando hubiese tenido suficiente serenidad para contenerse, habria dejado percibir facilmente en su fisionomia, la indignacion interior de su alma, y no pudiendo menos de sobresaltarse al oir la franca confesion de Ubaldi, por que semejantes peligros, siempre son temibles aun despues que no existen. “Siento mucho, le dijo, que hayas tomado un trabajo que mi amistad no exigia de tí; yo no te encargué sondeases el corazon de Oréta ni que tratases de averiguar sus sentimientos con respecto á mí, pues esto habria sido una curiosidad muy impertinente; tal vez me declaras lo sucedido, por que tu intento se malogró; pero si el resultado hubiese sido feliz quien sabe

si habrias.....Nó, querido Lelio, exclamó Ubaldi interrumpiendole, cres acaso.....Yo no creo nada, ni veo tampoco que ventajas hubiera podido gozar con una prueba semejante: no dudo de su corazon, ni jamas dudaré; toda la mudanza que esa tentativa podia haber operado, era el haberme-la hecho perder para siempre; y aun suponiendo que tu hubieses tenido la franqueza de manifestarme su debilidad sin aprovecharte de élla; crees que me habrias hecho un gran favor? Pues por cierto, que son estas noticias muy agradables para un amante!

Cuanto mas meditaba Lelio sobre la relacion que Ubaldi le habia hecho, mas culpable lo creía. Salió inmediatamente á ver á su Oréta, la obligó á que le confesase todo, y luego que se hubo informado, determinó no hablar mas á Ubaldi del asunto, pero sí vengarse lo mas pronto que pudiese, para lo cual no tardó en hallar una ocasion favorable.

Ya se ha dicho que Ubaldi amaba á Rosina, ó mas bien, que su objeto era pasar el tiempo y entretenerla con promesas que no pensaba cumplir. Rosina, tan virtuosa como bella, merecia la estimacion y el amor de un hombre honrado; mas no se imagine el lector, que Lelio trató de seducirla para vengarse de Ubaldi; era demasiado generoso para ofender á su amigo del mismo modo que éste habia tratado de ofenderle: nada de eso; ideó el

proyecto de castigar á Ubaldi con un acto de equidad, que al mismo tiempo le proporcionase el placer de la venganza.

Ubaldi, que absolutamente sospechaba el intento de su amigo, siguió confiándole sus secretos, de modo, que Lelio sabia cuando y de que modo iba á ver á su Rosina. Una tarde despues de haberlos espiado largo rato, tuvo la satisfaccion de ver que se encerraron en un aposento y se encaminó al instante á dar parte á los padres de Rosina, á quienes aconsejó fuesen á sorprenderle y le obligasen, aun con la fuerza, á reparar el honor de su hija. La familia, se dirige sin perder momento al parage que Lelio les habia indicado y en efecto sorprenden á los dos amantes, y obligan á Ubaldi á que se decida por la muerte, ó por el matrimonio. Por muy terrible que fuese para nuestro Ubaldi la idea del himeneo, mucho mas lo era la de morir; sin embargo, hizo cuanto pudo por salir de [aquel aprieto, tanto mas, cuanto no hacia muchos dias que se habia decido formalmente á no casarse con Rosina; mas, viendo que no estaban dispuestos á escuchar sus razones, se vio precisado á pronunciar el si cruel; el escribano que esperaba á la puerta, entró á dar fé, y extendio el contrato, que Ubaldi firmó rechinando. Entonces, los mismos parientes que poco antes habian querido matarle le colmaron de caricias y cumplimientos y se retiró confuso, taciturno y casado.

Poco antes de llegar á su casa, encontró á Lelio, el cual, fingiendo ignorar lo que sabia muy bien, le preguntó de donde venia y que novedades ocurrian. El triste Ubaldi se dio prisa á contarle cuanto acababa de suceder y no bien habia concluido, cuando Lelio con una serenidad imperturbable le contestó; "Ya yo lo sabia; dame un abrazo; yo soy quien te ha casado." Ubaldi, enmudecido de sorpresa, no supo que decir al pronto y aprovechandose su amigo de la situacion en que se hallaba le declaró en pocas palabras los pasos que habia dado, añadiendo con tono afectuoso ; Como, injusto Ubaldi! me crees acaso, un ingrato? Pensabas que el singular servicio que me hiciste durante mi ausencia, debia quedar sin la recompensa merecida? No amigo mio, yo debia interesarme por ti del mismo modo y con igual eficacia; confiesa que mi reconocimiento, supera á tu beneficio y que aunque es cierto que el resultado de tu proyecto no hizo mas que tranquilizarme sobre el corazon de mi Oréta, el mio, te acaba de asegurar la posesion de Rosina, que celebro te pertenezca ya, y que nadie en adelante te la dispute.

Ubaldi no respondió una sola palabra; tuvo que cargar con la esposa que le habian proporcionado (bien á su pesar) y renunció para siempre, el encargo de cuidar las queridas de sus amigos.

EL GILGUERO.

UFANO, alegre, altivo, enamorado
Rompiendo el ayre un pardo gilguerillo
Se sentó en los pimpollós de una haya;
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pagiza y baya:
Y zeloso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus zelos y amor junto,
Y al ramillo y al prado y á las flores,
Libre y ufano, cuenta sus amores.
¡Mas ay! que en este estado,
El cazador cruel de astucia armado,
Escondido lo acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquivá,
Y envuelto en sangre en tierra lo derriba.
¡O vida mal lograda,
Imagen de mi suerte desdichada!

EL PETIMETRE.

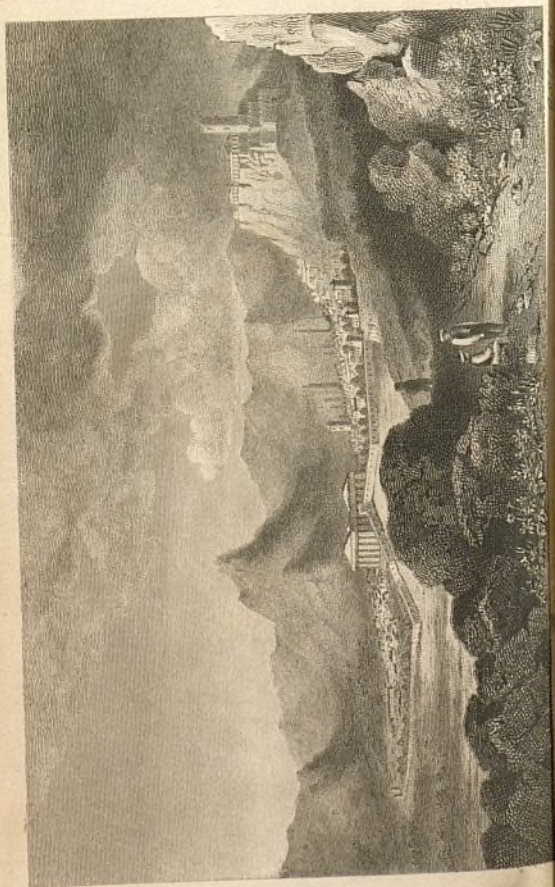
SONETO.

Yo visto, ya vé usted, perfectamente,
Mis corbatas muy finas y estiradas
Las botas dignamente embetunadas,
Pantalon, á la moda extrictamente.

Chaleco triple, ó cuádruple al corriente,
Mis sortijas, en miles apreciadas,
Mi brillante y tumbagas, valuadas
Como el reloj, en un precio eminente:

Sé un poco de frances y de italiano,
Pienso bien, me produzco á maravilla
Soy marcial, y con Damas, muy atento,

Tengo amigo razon, de estar ufano?
Que me falta?—No mas que una cosilla,
Un poco de pudor y entendimiento.



Ayuntamiento de Madrid

A
ver
sint
dan
nos
cou
dic
cur
ded
clas
Hab
sep
don
vec
aqu
cia
par
luz
ran
en

ATENAS.

Extracto de las memorias de un viajero.

AL amanecer de una hermosa mañana de primavera, el año de 1817, salí de la Bahía de Napoles, sintiendo dejar aquella hermosa ciudad y recordando las delicias que habia gozado durante algunos meses de residencia en élla. Ya familiarizado con las comodas maneras y caracter condescendiente de sus habitantes, habia hecho algunas excursiones por varios lugarcillos, cuyos bellos alrededores me encantaban, recordandome las acciones classicas y sucesos memorables de otras edades. Habia recorrido las silenciosas calles de ciudades sepultadas y figurado hallarme en la mismas tumbas donde reposan los huesos de los Mantuanos. Otras veces me paseaba sobre las azuladas aguas de aquella gloriosa bahia, ya luciesen por la efulgencia aun mas azul de un cielo puro y despejado, ó ya pareciesen tembletear con la palida, pero diafana luz de la Luna. Estaba acostumbrado á oir durante las noches, los alegres gritos que resonaban en sus playas, las alborotados risas del placer, las

melodiosas notas de la musica y los versos de aquellos genios inmortales, tal como se recitaban en los diversos grupos reunidos ansiosamente al rededor de los vagos vocingleros; en una palabra, habia gozado de todos los placeres intelectuales que un parage semejante puede comunicar, cuando rompiendo las trabas de la imaginacion, recorre ésta libremente el espacio de la memoria y la fantasia, festejandose élla misma con las ideas, que otros paises mas frios y menos clasicos, no pueden nunca inspirar.

Es verdad que aquellos pensamientos iban á fijarse á veces en la risueña mansion que habia dejado sobre las orillas del Ohio; en aquellos campos, otra vez, florestas, y en estas mismas florestas elevades con una magestad, que en vano habia buscado aun en las tranquilas veredas del Apenino. Contemplaba aquel hermoso rio que serpea y se descarria por medio de la belleza y magnificencia de la naturaleza, encerrando en su centro las verdes y floridas islas que brotan de sus aguas. Sin embargo ya aquella casa no poseía ningunos encantos; ya no existia ninguna de aquellas personas con cuyo amor, mi corazon reposaba; quede desamparado y sin amigos, ó si tenia alguno, solo existia en los recuerdos del tiempo pasado. Los dias de mi virilidad no me habian producido ninguna alegria: la desgracia, la incompasiva desgracia habia marchitado todas mis esperanzas, destruido mis placeres,

abandonandome como una debil barquilla en medio del anchuroso océano, sin compañía ni consuelo de ninguna especie. Solo á los dias de mi niñez, podia yo recurrir con regocijo; era la unica epoca de mi vida en que habia hallado delicias, alegría en el corazon, contento y gozo puros. Las esperanzas, los deseos y aun los temores que entonces hacian palpitár mi corazon eran los de la paz y el placer, y las visiones mas brillantes del porvenir se agolpaban á entrar en mi pecho. El paysage que me rodeaba, estaba matizado con los colores mas bellos de la esperanza y respiraba el fresco y puro ambiente del alba de la vida. Mas luego que la edad, ha ido avanzando, la escena se ha despojado de su belleza y al fin no me ha quedado otro contento que el triste recuerdo de los dias pasados, ó el árido consuelo de vagar por entre escenas que me son queridas, solo por el estudio ó por las ilusiones de mi juventud.

He caído insensiblemente y sin querer en una serie reflexiva de pensamientos lugubres: Sin embargo, algo deve permitirse á un anciano, que recuerda las ocupaciones (no diré entretenimientos) de la vida pasada y á quien nada queda ya, que pueda hacerle amar la permanencia en este molesto y tedioso pelegrinaje; pero quien no obstante, ha aprendido que aquellos que buscan los frutos y flores de Canna, deben errar durante el tiempo prescripto, en el desierto.

El viento era suave y favorable y hacía escurrir con ligereza nuestra pequeña barca griega. Antes que hubiese amanecido ya habíamos pasado el promontorio de Surrento, el cual extiende hasta el mar su dilatado y alto lomo, coronado de selvas y despeñaderos. Luego se presentaron á nuestra vista la hermosa bahia de Salerno y las apartadas montañas del Apenino que se elevaban á cierta distancia, cuyas escarpadas faldas estaban cubiertas hasta la cumbre, de frondosidad y verdor. A lo largo de la costa, se extendían los pueblos de Amalfi, Vietri y Salerno y las pardas ruinas del Prestum, que confusamente distinguamos por el sur. Mil recuerdos clásicos se agolpaban á mi imaginacion al mirar lo que me rodeaba. Alburno, con sus espesas florestas de coscoja que ondeaban por todo su circuito y los siempre floridos rosales de Prestum me traían á la memoria las bellas alusiones de Virgilio, mientras que las esteriles peñas de Galli me hacían recordar el domicilio de las Sirenas y los malogrados intentos de Ulises. Seguimos costeando las playas, encantados con la belleza natural de aquellas escenas, ó deleitados investigando los lugares tan memorables por la historia ó la poesia. En seguida pasamos los silenciosos estrechos de Sylá y los ya no temibles remolinos de Charibdis, ojeando la quietud del Etna y las pacíficas torres de Siracusa, haciendonos en seguida al Este sobre las claras aguas del ancho Mediterraneo.

La primer tierra que volvimos á descubrir, fué una de las Islas de los Cyclades. Sospechando el capitan de la barca que nos acercabamos demasiado á élla y temiendo á la obscuridad de la noche, mandó acortar de vela. Me hallaba sobre cubierta, gozando de la frescura del ayre y entreteníendome en contemplar la vivracion de las estrellas; recorria con la vista todo el firmamento, observando el resplandor de la Lira y la opacidad de Aldebaran que apenas relumbraba en la frente del toro; el grupo de las siete hermanas Pleyades, tardias precursoras del verano, los gemelos Castor y Polux en su ocultacion, y mil otras constelaciones que las fabulas de la antigüedad han investido con innominados encantos, cuando á poco, la luna llena desde algunos dias, se levantó de las azuladas ondas con silencio magestuoso y nos mostró á alguna distancia una de las Islas, por la banda de estribor. Solo el navegante es quien puede saber apreciar el brillo apacible de este planeta cuando se aparece inesperadamente en medio de la obscuridad y del sosiego de la noche, difundiendo su reflecta efulgencia sobre las aguas y el consuelo y la alegría en el corazon del marinero durante su guardia.

El alba del dia siguiente nos dejó ver la isla de Melos (la mas occidental de las Cyclades) por nuestra banda de estribor, y governando entonces al Norte pasamos costeando las de Seriphos y Cythnos sin poder menos de recordar vivamente los tiempos

pasados. Me parecia ver al rededor de mi los antiguas galeras de la Grecia esparcidas á una sobre estos mares; la melancolica flota que traía el cruel tributo de las virgenes consagradas á las playas de Creta; los alegres grupos de embarcaciones cargadas de estatuas, pinturas, presentes y devotas ofrendas para el sagrado relicario de Delos y finalmente creia oir aun los suspiros del dolor y las risas del jubilo. El promontorio de Sunio se presentó repentinamente á nuestra vista, levantandose escarpada y peñascosamente y en su cumbre, las albas ruinas del templo de Minerva.

El capitan determinó fondear en una pequeña ensenada, que estaba á corta distancia de la punta, con el objeto de esperar la entrada de la brisa que casi habia calmado de repente. Luego que puse el pie en tierra me dí prisa á subir al templo de Sunio. Despues de haber pasado una Capillita construida entre las rocas, dedicada á la Panagia, ó Santa Virgen, subí á la montaña y me hallé entre las ruinas de un edificio sagrado, en donde los sabios del Atica se habian reunido tan á menudo á discurrir y conversar, bajo la benigna influencia de Minerva, y en cuyo sitio el bagabundo hijo de Toxoris iba á escuchar las elocuentes palabras de Platon cuando oraba sobre la Divinidad, que penetra toda la naturaleza, y sobre las maravillas de sus obras.

A mi regreso, hallé reunidos á los marineros en

una quiebra profunda perfectamente resguardada de los rayos del sol, por un gran grupo de platanos, y regada por un arroyo cristalino de agua deliciosa, asando, segun el uso del pais, un carnero que habian comprado á un pastor de aquellas montañas. Luego que acabaron su almuerzo se dirigieron á la capilla donde despues de haber orado, adornaron con esmero la lampara, pusieron incienso en el incensario, dejaron un vaso lleno de aceyte y algunas bugias de cera, cuyas ceremonias concluidas, volvimos á nuestra barca y dimos la vela. Muy pronto nos hallamos en las aguas de Egina con los velas inchadas de la apacible brisa del SE. Al acercarse la noche nos arrimamos á las desiertas playas de Salamis y despues de doblar el ancho promontorio de Munychia, fondeamos en el famoso puerto del Piréo.

El camino de la costa á Atenas estaba formado entre las ruinas de dos estensas murallas, obras de Temistocles, Pericles y Cimon, de las cuales apenas se veian mas que los cimientos y las bulliciosas calles que se extendian á lo largo de éllas estaban cubiertas con arboledas de olivos ó sembradas de grano.

Entre el monton de escombros por donde pasaba me entregué á la agradable creencia, de que señalaban los templos y tumbas de los Dioses, heroes y poetas, que habian sobrevivido en mas duros monumentos, que los historiados marmoles

ó animadas estatuas. Al acercarme á los muros de la ciudad sagrada, contemplé con una mezcla de pesar y deleite las torreadas ruinas del Acropolis y casi me entretenia con la visionaria esperanza, de que la sombra de Minerva se me presentaria delante, como lo solía hacer en los antiguos tiempos, no ciertamente como entonces, cubierta con su tremendo y respetable escudo y sostenida por la enojada sombra de Aquiles para lanzar al brutal y rustico robador, sino trayendome la guirnalda de oliva, acompañada de la Musa, á agasajar y dar la bien venida á un extrangero que llegaba de lo mas distante del Océano, á adorarla en su templo favorito.

Residí algunos meses en Atenas y mi contento se aumentaba mas cada dia al recorrer é investigar las ruinas de tanto monumento antiguo. Cuantas veces, sentado sobre los escombros del Prestum, delineaba los parages mas notables en la historia, y miraba al profundo y enjuto valle del Ilisio que rodea el pie del Himeto, cubierto con las magnificas ruinas del pequeño templo de las musas, y otros mil vestigios del arte! Cuantas veces he contemplado aquellos hermosos sitios que servian de jardines á la Academia y al Licéo; aquellas elevadas columnas, sotén y aun mismo tiempo ornamento primoroso del templo de Jupiter Olimpico, en cuyos vacilantes ápices la intrepida cigüeña, reposaba descuidadamente adere-

zando sus plumas! Entre los vastos y bellisimos fragmentos que me circundaban, á penas podia creer que aquello era lo unico que habia quedado del suntuoso templo del Dios tutelar de Atenas. El Partenon está colocado en el punto mas alto de la ciudadela al rededor de la cual se veian otra vez los hermosos edificios de la ciudad. El lisongeado Ateniense podia mirar desde abajo y distinguir perfectamente aquellas gloriosas fabricas que se elevaban con esplendida gradacion una sobre otra hasta el magestuoso y torreado templo, en cuya cupula estaba colocada la estatua colosal de Minerva, trabajada por Phidias, del marfil mas puro. Su altura es de treinta y nueve pies; estaba cubierta con oro, apreciado en mas de medio millon de pesos, y aseguran que cuando el sol la iluminaba, podia distinguirse facilmente desde las distantes torres de Corinto.

Y sin embargo, que era ya todo aquello, en comparacion de los ornamentos humanos que en otro tiempo figuraban sobre la escena? Tal vez el mismo Phidias habia venido infinitas veces á pasearse en el mismo sitio en que yo estaba sentado, lisongeandose en contemplar los trofeos de su habilidad. Pericles habia admirado las bellezas que concibio su ingenio y desenvolvió su actividad. Socrates habia enseñado las indulgentes y dulces lecciones de virtud á una multitud admirada y lo mas brillante y desprecupado de cada sexo venia

á escuchar con deleite la sencilla sabiduria de aquel hombre eminente. Innumerables nombres de los que adornaron cada ramo de ciencia y arte, é ilustraron la virtud, despertaban en mí, sentimientos á cual mas profundo, hallando mi memoria un placer en recordarlos.

No es mi intencion, detenerme, á enumerar las escenas de interes que Atenas presenta á un viajero investigador y entusiasta; cuando las presencié eran ya, comparativamente, desconocidas. Los que viajan por climas extrangeros, han visto diversiones y se han recreado en los saraos, teatros y ciudades de los reynos de Europa, ó si han sido obligados á ir á ellos por molestas y delicadas empresas, prefieren las frias llanuras del Norte, las distantes regiones de la parte de allá del Indostan, ó las silvestres florestas de la America, á los collados y hermosos campos de la Albania y la Morea, domicilios sagrados y reverendos del genio, fuentes fecundas de virtud y de gloria. Ya se han pasado los dias de obscuridad y tristeza; los escombros mas miserables, han sido el ardiente objeto del mas escrupuloso examen; y los poetas de todas las naciones y de todas las edades han hecho de la Grecia el tema de sus cantos. Aun hay mas: Grecia ha empezado á despertar del continuado letargo en que por tanto tiempo yaciera y recuerda lo que ha sido; sus hijos han vertido su sangre, puro sacrificio del mas acendrado pa-

triotismo, ante el altar de la patria. La deidad ha aceptado gustosa sus ofrendas y el momento de su libertad se aproxima. El soldado de la gloria, no ahela ya en los enfermizos desiertos de la Siria, el guerrear por la preservacion del fanatismo y la supersticion, sino que ahora se apresura con extraordinaria velocidad, hacia los desfiladeros de la Albania á restaurar las artes, abandonadas durante tanto tiempo, la religion hollada por siglos enteros, y sus derechos imprescriptibles, encendiendo la antorcha de la libertad que un tiempo ardia y que aunque sofacada hasta ahora, volverá á arder con mas lustre y á alumbrar á las naciones vecinas.

MORATIN.

D. Leandro Fernandez de Moratin, célebre poeta español, bien conocido en la republica de las letras y en toda la Europa por los trabajos que le debe la literatura de su patria, que lo ha reputado siempre por un modelo en el genero dramatico, falleció en Paris á principios del mes de Junio proximo pasado de 1828.

La singularidad que observó en el genero del drama, su merito literario en los tiempos en que vivió, no le produjeron mas que envidiosos por que no le podian producir iguales que se lo rebajaran, ni los ha presentado la naturaleza en ningun tiempo, sino rara vez y á largas distancias; y esta misma economia con que se ha manejado siempre, expresa y dice mas, que todo lo que se podria decir aquí del Moliere español, epíteto que ha consignado la opinion al ilustre Moratin. La España, que ya mucho antes habia provisto al teatro Europeo de modelos y de originales, quando apenas conocia en su continente, lo que era ó debia ser una comedia, produjo al

fin, un Moratin, un poeta, que perfeccionase en aquel, las lecciones incorrectas que le habia dado en este genero, y acabó la obra, al gusto del arte y de la naturaleza.

El Parnaso, que habia adoptado á nuestro ilustre literato, como su alumno de preferencia, sentirá necesariamente su falta; y la España, su patria, que lo habia arrojado de sí por la disonancia que mostraba con el gusto y principios que hoy la rigen, no sentirá acaso á un hombre tan distinguido; pero la parte mas ilustrada de élla que vive como él vivia de las letras y del honor que éllas dan, le habrá sin duda levantado en cada uno de los corazones de los que la componen un venerable y eterno mausoleo, donde queden depositados sus despojos, hasta que el tiempo, las vuelva á desenrrollar como lo estaban antes. Sus principios, su gusto, y su alma, haran entonces, otra vez, del teatro, una escuela de costumbres y de bellezas del arte; y aquel delicado sabor á naturaleza que fué el origen de todas sus gracias y primores, reproduzca piezas exactas que abunden en sales comicas, pureza, naturalidad y hermosura de language, en oportunidad y viveza de dialogo, en novedad (que solo lo parece, comparada con los extravios de uso) y en todas las perfecciones con que el arte y su genio adornaron las comedias del Café, el Viejo y la Niña, el Barón, el Si de las Niñas, y demas piezas de Moratin

que aunque pocas, valen bien el inmenso caudal de Lope, cuyo fecundo ingenio pasó en sus trabajos, los terminos de lo creible.

Aunque no debieramos á Moratin sino esta corteidad de alhajas sin precio, en el genero comico, nos podriamos honrar muy bien con éllas y con su nombre que contenia sin duda otras muchas, malogradas acaso por las tristes y deplorables circunstancias de su patria. Moratin vivia en el Parnaso y se habia asociado continuamente con las Musas todas, cantando con cada una de éllas y en su linea y éstas le inspiraban pensamientos felices que pintaba luego con fuego y caracter particular. Asi es como ha dejado en sus romances, en sus odas, letrillas y satiras, en sus cantos y en otras obras poeticas de todas clases, un testimonio el mas autentico de la amistad que todas le profesaban y de la perfeccion y elegancia que la lengua y el arte le habian regalado para hacerlo mas digno de éllas.

No se necesita mas que repasar algunas de sus obras para juzgarlas todas; y en leyendo su letrilla al Conde de Floridablanca, su Leccion poetica, su Canto en español antiguo al Principe de la Paz, la toma de Granada ó cualesquiera de sus trobas, se puede, aunque no sea mas que por aproximacion, calcular el merito de las demas, no menos que su talento y gusto poeticos, su metodo en el dificil arte que poseia y su ilustracion y ge-

nio para la poesia, con especialidad para la dramatica: de modo, que la naturaleza parece haberlo formado por los modelos de Aristofanes, Plauto, Moliere y Lope, tomando de cada uno lo mas precioso y desechando las imperfecciones que empañaron el merito de cada uno de estos, para sacar en él una muestra en este genero que pudiese despues, servir de guia y precioso modelo á los profesores de bellas letras.

Sin duda se nos disimulará á favor de su merito y de su degracia, este entusiasmo con que hablamos de un poeta eminente de nuestra nacion cuya perdida no cesaran de llorar las letras, y cuyo merito literario no sufre en la Europa, sabia, contestacion alguna; ó nos presentará para desengañarnos, otro de muestra, que se pueda en su linea hombrar con él. Esta vanidad nacional que hace al hombre realzar el merito literario de su propio pais, tiene siempre en su mismo objeto una disculpa, por que supone amor á las letras, ó al menos, deseos de que su patria sobresalga. Mas, por fortuna, la que nos inspira Moratin, no tiene necesidad de disculpa ni perdon; y seguramente no nos habriamos determinado á equipararlo asi con sus contemporaneos, (con desventaja de éstos) si la opinion no nos sostuviese, ó si recelasemos que en el dia nos pusiesen delante, otro que pueda desalojar á Moratin del lugar en que lo hemos colocado.

Los Ingleses mismos, han echo justicia á sus extensos conocimientos en la parte dramatica. En el viage, que de orden del gobierno español hizo por la Europa con el especial objeto de adquirir instruccion y luces en las bellas letras, se fijó algun tiempo en Inglaterra, y alli estudió el genio y caracter de su literatura é hizo la traduccion del Hamlet, pieza del famoso Shakspeare, favorita de esta nacion por su autor y por su desempeño, cuya version y notas han confirmado su juicioso credito dramatico en la parte en que el publico ilustrado, lo ha declarado de preferencia. Las luces é ideas que esparce con respecto á esto, en la sabia introduccion de su obra, ratifica el voto del publico y hace ver que su talento critico no era inferior al poetico.

Bien sabemos que la escena aislada de una pieza dramatica, no puede dar una idea completa del autor ni de la obra. Sin embargo, permitasenos transcribir á continuacion, una muy corta, de su comedia titulada, El Viejo y la Niña, la cual hara juzgar de su language comico, de la gracia y soltura de su dialogo, naturalidad de su estilo y sales con que lo sazona.

La escena es en Cadiz, en una sala de la casa de Don Roque de Urrutia, comerciante, viejo y muy rico, casado ha poco con una Señorita huerfana, nombrada Isabel. Don Juan, antiguo amante de ésta, acaba de llegar de Madrid, recomendado á

Don Roque, quien lo aloja en su casa, sin embargo de la desconfianza y celos que de él tiene. Su objeto es que Muñoz, su criado, se esconda mientras él sale á sus negocios, que escuche, atisbe y le de parte.

En la malicia truhanesca de Muñoz y en su taimada condescendencia, manejada con el arte de dificultarsela en cada frase á Don Roque, que la tiene por el mejor recurso para aclarar sus sospechas, se verá el caracter de un criado que conoce bien la debilidad y pasion de su amo y se la lleva y empena con aquella mañosidad que hace toda la honradez oficiosa de esta clase de la sociedad, que que solo obra con su alvedrio cuando parece estar á la voluntad agena, y con su entendimiento, cuando se le cree en conformidad con el de los amos. El estilo y el habla de Don Roque no son menos comicos que los de Muñoz: modismos preciosos de la lengua, idioma siempre urbano y castizo, aun cuando se presente en la clase de infimo y vulgar, donaire y sabor comico en el criado y no menos comico en el amo, que solo se distingue por el fondo de supremacia que siempre descubre, y que le dá una gracia, que no se combina facilmente con la familiaridad, que inspira la escena misma. La novedad con que repite el sirviente á cada paso y sin fastidiar, antes bien, con una sabrosisima impresion, que se percibe y siente como nueva, la disonancia de la edad de Isabel con la

del viejo Don Roque, para deducir comicamente los inconvenientes, que trae y se están tocando en la accion que se representa, el aliño artificial, pero facil del diálogo, la viveza de las ideas que manifiesta el criado, y que realza el modo chistoso de exprimirlas, el objeto y accion principal del drama, que se descubre á pesar de la cortedad de la escena, la pintura de las diversas propensiones y entretenimientos de los juvenes en cada edad, y los salados y sentenciosos debates entre los dos sobre el origen y causa de los sinsabores de Don Roque, daran una idea, sino perfecta, á lo menos, bien aproximada del merito dramático de Moratin, y de su singularidad en nuestra epoca. La escena siguiente aunque breve y aislada, dice yá muy bien, su ligacion artistica y natural con la accion principal, que se vé en toda élla, y presenta sólo por sí misma, sin incertidumbre ni obscuridad, la parte que tiene en el drama, como episodio, haciendo ver claramente el arte y el ingenio de su celebre autor.

DON ROQUE *y despues* MUÑOZ.

DON ROQUE.

Beatriz! á otra puerta;
Pero no perdamos tiempo,
Esta es la ocasion, Muñoz,
Lo primero es lo primero:
Muñoz.

MUÑOZ.

Vaya.

DON ROQUE.

Mira, ahora

Es ocasion, miéntas veo
Si alguno viene, te escondes,
Como tenemos dispuesto.
Vamos, hombre, ¡qué pesado
Eres!

MUÑOZ.

No soy mas ligero.

DON ROQUE.

Despacha: por este lado
Puedes entrar.

MUÑOZ.

¡El proyecto!

DON ROQUE.

Hombre!

MUÑOZ.

Dale! si es inútil

Todo; ¡qué pensais que harémos
Con el escondite? nada,
Nada, si lo estoy ya viendo:
¡A qué es cansarse?... y supongo
Que hoy se van, lo doy por hecho,
Que los tres quedamos solos;
Las desazones, los zelos
No se acabarán jamas.

DON ROQUE.

Porqué?

MUÑOZ.

¿Qué, no dais en ello?

Porque no puede hacer migas
Una niña con un viejo:
No Señor. Si ella es alegre,
Antojadiza en extremo,
Amiga de cortejillos,
De comedias, de paseos,
Y aquí de todo carece:
Siempre metida en encierro
Condenada de por vida
A vestiros y coseros,
A ver ese gesto, á oír
El continuo cencerreo
De la tos, á calentar
Trapajos en el invierno
Para el vientre, á cocer aguas,
Preparar polvos, ungüentos,
Parches, cataplasmas, digo!
¿Como la ha de gustar esto?
Vaya, si no puede ser,
Todo será fingimiento.....

DON ROQUE.

Hombre, vamos.

MUÑOZ.

Quiero hablar,
Que no soy ningun podenco,
Sí, señor, á cada paso
Habr  silvidos, acechos,
Billeticos, tercer as.

DON ROQUE.

En parte, Mu oz, comprehendo
Tu razon, su genio es ese.

MU OZ.

 Dale bola! no es el genio,
La edad, la edad, ah  est ,
En la edad est  el misterio.
Los hombres y las mugeres
Todos, poco mas   m nos,
Son de una misma cala a:
Los chicos gustan de juegos,
De alborotar y correr,
Y poner mazas   perros;
Las muchachas, transformando
En mantellina el moquero,
Van   misa y   visita,
Se dicen mil cumplimientos,
Y en cachibaches de plomo
Hacen comida y refresco.
Luego que son grandecillas,
Olvidan tales enredos,

Ni piensan en otro cosa
Que en uno ú otro mozuelo,
Que al salir de casa un día
Las hizo al descuido un gesto.
Señora madre las guarda,
Las refiere mil ejemplos,
Y las hace por la noche
Repasar un libro viejo
Donde dice no sé qué
De pudor y encogimiento.
El padre piensa que tiene
En la chiquilla un portento
De virtud, y ella entretanto
Piensa en su lindo Don Diego.
Pues no digo nada el Cuyo,
Que anda que bebe los vientos;
Y pasa noches enteras
Hecho un arrimon eterno
Aguardando la ocasión
De ver un postigo abierto
Por donde Doña Mencía
Le diga: ce Caballero.
Ella y él á voces piden
Matrimonio, presto, presto,
Y en eso no piden mal:
¿Y porqué no lo pidiéron
Cuando el uno en el corral
Con otros chicos traviesos
Jugaba á la coscojilla;

Y ella en el recibimiento
Con las muchachas de enfrente
Se estaba haciendo muñecos
De trapajos, y les daba
Sopitas de cisco y hieso?
Porqué? Porque con los años
Es preciso que mudemos
De inclinaciones, Señor;
Y cuando se acerca el tiempo
De que la sangre nos bulle,
Y nos pide galanteo,
Los mocitos se aficionan
A las mozas, no hay remedio;
Porque cada cual se arrima
A su cada cual, ¿no es esto?
Y pensar que el genio causa
Esta inclinación, es cuento;
O es menester confesar
Que todos tienen un genio
Cuando tienen cierta edad.
Yo, Señor, en mí lo veo,
Fui muchacho y mozalbete,
Y tuve por aquel tiempo
Las travesurillas propias
De un chiquito y de un mozuelo;
Pero despues se acabó,
¡Ojalá no fuera cierto!
Y no espero, ¡qué esperar!
Ni por acaso lo pienso,

Que ninguna muchachuela,
Que la rebosa en el cuerpo
La robustez y el calor,
Se aficione de mi gesto...
Vamos eso es disparate,
Y aunque es doloroso el verlo;
Señor Don Roque de Urrutia,
Es preciso conocernos.

DON ROQUE.

Muñoz, calla, calla, calla
Por Dios, y no hablemos de eso,
Que cada palabra tuya
Me parte de medio á medio.

MUÑOZ.

¡Así pudiera explicarme
Del modo que lo comprendo!

DON ROQUE.

¡Pues qué más has de decir?
Mal haya amen....

MUÑOZ.

El camueso

Que...

DON ROQUE.

Calla.

MUÑOZ.

Callo, y me escuro.*

* Hace que se va.

DON ROQUE.

Vuelve, mira.

MUÑOZ.

Miro, y vuelvo.

DON ROQUE.

Hombre, si te he dicho ya
Que tienes razon, que es cierto
Cuanto acabas de decir;
Pero Muñoz *quid faciendum?*
¿Quieres que me tire á un pozo?
Quieres....

MUÑOZ.

Yo, Señor, no quiero
Mas que decir mi sentir
Sin disfraces ni rodeos.

DON ROQUE.

Ya me lo has dicho mil veces,
Y cada vez que te veo
Predicar sobre el asunto
Me degüellas...lo que quiero
Es que te escondas.

MUÑOZ.

¿En donde?

DON ROQUE.

Aquí, vamos, entra presto,
Nadie viene, vamos, hombre.

MUÑOZ.

Por el alma de mi abuelo,
Que disparate mayor
No lo pensára un jumento.
No conocéis....

DON ROQUE.

Muñoz, vete,
Marcha de mi casa presto,
Vete, recoge tu ropa.

MUÑOZ.

Si...

DON ROQUE.

Vetè, que no te quiero
Volver á ver en mi vida;
Vaya, marcha.

MUÑOZ.

Ya me meto.

DON ROQUE.

Por aquí.

MUÑOZ.

Vamos allá*.

DON ROQUE.

Luego que te metas dentro,
Te tiendes de largo á largo,
Y descansas.

* Empieza Muñoz á meterse debajo del canape.

MUÑOZ.

Ya lo entiendo.

DON ROQUE.

¿Que no cabes?

MUÑOZ.

No lo sé.

DON ROQUE.

Como?

MUÑOZ.

Que allá lo verémos.

DON ROQUE.

Parece que viene gente.*

MUÑOZ.

Esta es otra.

DON ROQUE.

Vaya, lerdo.

MUÑOZ.

Aquí te quiero escopeta.

DON ROQUE.

Que vienen ya.

MUÑOZ.

Si no puedo

* Dira este verso Don Roque cuando Muñoz está ya media escondido, hace diligencias para salir, y le ayuda su amo.

Ir adelante ni atras,
Mas que venga un regimiento.

DON ROQUE.

Pues haz por salir, á ver.

MUÑOZ.

No hay que tirar tan de recio.

DON ROQUE.

Es porque salgas aprisa.

MUÑOZ.

Ya salí.

DON ROQUE.

¡Jesus qué aprieto!

MUÑOZ.

Mas aprieto ha sido el mio
Que por poco no rebiento.

LAMENTOS
AL
SCHUYLKILL.

TEN compasion de mí que vivo ausente
Hermosa Ninfa de aqueste blando rio,
Pues bien te lo merece el llanto mio
Que acostumbro mezclar á tu corriente:

Saca la coronada y blanca frente
Schuylkill bello, á ver mi desvario,
Asi jamas te mengüe el seco estio
Y aqueste prado tu cristal aumente.

Mas que importa que el llanto mio recibas
Sino vas á morir al Miño en donde,
Mis penas puede ver la causa de éllas?

Tus Ninfas en tus ondas fugitivas
Y tu cabeza coronada esconde,
Que basta que me escuchen las estrellas.

EL DESTIERRO.

MIENTRAS que el mar ayrado
Compite con las rocas
De mi destierro triste
Quejarme quiero á solas.
Escucharán mis males,
Y las amargas horas,
Que la esperanza cuenta,
Y el sufrimiento llora.
Haré testigos mudos
De las confusas olas
Que callan mis verdades
Y sienten mis congojas.
Serán discursos tristes
De las pasadas glorias;
Que mal se acuerda de éllas
El alma que reposa.
Mas temo que me falte
El tiempo, por que acorta
Los plazos de la vida
El mal de la memoria,

Y el importuno viento
Lleva mis ansias locas,
Que en la desdicha imítan
Su mismo dueño ahora.
Amada ausente mía,
Si de la luz hermosa
De tus divinos ojos
Mi soledad es sombra;
¿ Cuando llegará el día,
Que el Tajo me responda
Tu nombre que repitan
Sus aguas venturosas ?
Desterrará del alma
El nuevo sol que adora
De mi llorado ausencia
La noche temerosa.
Serás el que naciendo
Las altas cumbres toca,
Los bajos valles viste,
Los verdes campos dora.
Ofreceráte entónces
Mi dicha vencedora
Los desatados lazos
Y las cadenas rotas.
Y harán si te acordares,
Seguras de lisonjas,
Palabras verdaderas,
Sospechas mentirosas.
Razones que pudieran

Obligarte, Señora,
Me nacen en el pecho,
Y mueren en la boca.
Por esta inutil playa
Mis quejas lastimosas
Lloradas de sus ecos
El fiero mar arroja.
Si he de volver á verte,
¿ Que dudas me alborotan?
¿ Que miedos me atormentan?
¿ Que penas me acongojan?

EL OTOÑO.

¿ADONDE rápidos fueron
Benéfica primavera,
Tus cariñosos verdores
Y tus auras placenteras?
¿Do estan los amables días
Cuando á la aurora risueña
De tus cálices rosados
Tributabas mil esencias?
¿Dó los pomposos follages
Que oyeron las cantinelas
Del ruiñeñor, en las noches
Llenando de amor las selvas?
¿Do estás, juventud del año?
Perdióse en la ardiente fuerza
De Agosto; murió el estio,
Y ahora Noviembre reyna.
Noviembre, que despojando
Los bosques y las praderas,
Con amarillos matices
Las galas de Abril afea.

¡Cual de los vientos al soplo
Para siempre caen en tierra
Las ojas al pie del tilo
Que vió su antigua belleza,
Y sus maternas ramas
En soledad lastimera
Los rigores del invierno
Desconsoladas esperan!
Del invierno, que dejando
Sus escarchadas cavernas,
Ya se adelanta seguido
De borrascosas tormentas.
¡A Dios albergues queridos
De las aves alhagüeñas!
Nidos de amor y teatros
De maternas ternezas!
Ya no abrigareis piadosos
La desnuda descendencia
Del colorin, ni mi oído
Regalarán sus querellas.
¡O cuan diferentes cantos
Ahora do quier resuenan!
Que entre horfandades la muerte
Su carro aciago paséa
¡Cuántas virtudes oprimen
Sus inexorables ruedas!
¡Cuánta esperanza sepultan,
Y cuanto amor atropellan!
Ni la juventud perdonan,

Ni el himeneo respetan.
¡ O Filis, Fiis! ¿quien sabe
Si ya en nuestro mal se acercan?
Nuestras niñeces voláron,
Y en pos las flores primeras
De la juventud. ¡Ay tristes!
A nuestros días, ¿que resta?
En ellos ya desde lejos
Asoma de canas llena
La ancianidad dolorosa,
El desamor y tristeza.
Amemos, amemos Filis;
Mira que rápidos llegan,
Que ya este Otoño es memoria
Y el tiempo destruye y vuela.

EL CORDERILLO.

De la custodia del amor materno
El corderillo jugeton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores;
Y por la libertad del pasto tierno
El candido licor olvida y deja,
Por quien hizo á su madre mil amores:
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas ah! que en un otéro
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes
Y á convertirse vino
En purpúreo el albo vellocino.
¡O inocencia ofendida
Breve bien, caro pasto, corta vida!



Painted by Rubens.

Engraved on Steel by Humphreys

CHAPEAU DE PAILLE.

RUBENS.

LA estampa que acampaña á este artículo, conocida generalmente por el nombre de *Chapeau de paille*, es obra del celebre Rubens y ha sido gravada ultimamente en Londres por uno de los buriles mas delicados de nuestra epoca. Nos parece pues muy oportuno, presentar un bosquejo biografico de aquel artista, el mas eminente de la escuela Flamenca, cuyas pinturas, adornan hoy, las galerias mas famosas y monumentos de mas gusto de la Europa.

PEDRO PABLO RUBENS, nació el año de 1577. Su padre, Consejero del Senado de Antuerpia durante algunos años, se vió al fin, en la necesidad de refugiarse á Colonia, á causa de la guerra civil, en cuya ciudad tuvo tres hijos; pero aun no se ha podido averiguar en cual de las dos, vió la luz nuestro Rubens.

El genio de éste, cuya singularidad empezó á sobresalir desde sus mas tiernos años, fué cultivado con especial esmero y adornado con cada ramo, de una educacion urbana y literaria. Muy pronto descubrió su madre la inclinacion decidida que su

hijo tenia al dibujo, y le permitió asistir á la academia de Verhaecht pintor y arquitecto de mucha fama: despues pasó á estudiar con Adam Van Oort, pero habiendo conocido su familia, al poco tiempo, que la habilidad del maestro, era insuficiente para las elevadas ideas y disposiciones singulares del discipulo y ser á mas aquel, de genio violento y muy opuesto á la modestia y amabilidad de nuestro alumno, lo retiraron de su escuela, haciendole que continuase practicando en su casa los principios que habia recibido.

Sin embargo, ansioso de hallar un artista cuyo genio, habilidad y disposiciones se aviniesen con las suyas, logró hacer conocimiento con Octavio Van Veen, llamado generalmente Otho Venius, pintor de un merito eminente y que no solo poseia el gusto y la perfeccion en su arte, sino tambien una instruccion general en las bellas letras. El caracter amable y genio profundo del maestro, que concordaban singularmente con los sentimientos de Rubens, hizo que éste adelantase rapidamente en poco tiempo, y que al fin se decidiese á seguir una profesion tan honrrosa. Estudió á su lado, con particular esmero y extraordinaria aplicacion los sabios principios que le inculcaba, é hizo tales progresos, que muy pronto llegó á igualar á su maestro.

Para acabar de obtener la perfeccion que deseaba y de la cual habia ya dado muestras, emprendió

un viage á Italia con el objeto de estudiar y copiar las antiguas y famosas colecciones y estatuas de que abunda aquella nacion.

Sandrat, intimo amigo de Rubens, nos dice, que fue, alta y especialmente recomendado al Duque de Mantua por el Archiduque Alberto, que ya habia formado idea del prodigioso talento de Rubens por algunas de las pinturas que adornaban su palacio. En Mantua, fué recibido por el Duque, con muestras del mayor cariño y extraordinaria distincion, quien al mismo tiempo le proporcionó ocasiones de distinguirse, como efectivamente sucedió, despues de haber copiado las producciones de Julio Romano. De Mantua, pasó á Roma, donde se detuvo con el fin de estudiar y copiar las obras maestras del divino Rafael. Las pinturas del Ticiano y de Paolo Beroneso, le llamaron por ultimo á Venecia, en cuya ciudad, acabó de perfeccionarse en el colorido.

Siete años hacia que se hallaba en Italia, cuando recibió la noticia de que su madre estaba enferma de peligro: entonces se apresuró á salir para Antuerpia deseando recibir su ultima bendicion, pero no logró cumplir con su ternura y afecto filiales por que aquella espiró dos dias antes de su llegada. A los pocos meses se desposó con una Señorita de la misma ciudad y tuvo la desgracia de perderla á los cuatro años. Retirose por algun tiempo al campo, pero no pudiendo arrojar

de sí la negra melancolia que le devoraba, se propuso viajar por Holanda, y al pasar por Utrecht tuvo la fortuna de conocer al famosa Hurtort cuya estimacion y distinciones se grangeó facilmente.

Desde aquella epoca, fué cuando empezó á esparcirse su fama por toda la Europa. Maria de Medicis, muger de Henrique IV. de Francia, le invitó á que pasase á Paris, donde poco tiempo despues de su llegada, empezó á pintar las galerias del palacio de Luxemburgo, cuya obra forma una serie de hechos de la historia de aquella Princesa y prueban evidentemente el delicado gusto de Rubens y su extremada habilidad en las composiciones alegóricas. El Duque de Buckingham que á la sazón se hallaba en Paris, no solo admiró sus producciones, talentos é instruccion general, sino que juzgandolo idóneo y muy á proposito para aclarar las desavenencias acaecidas entre las Cortes de España é Inglaterra, avisó á su gabinete y obtuvo que se nombrase á Rubens, enviado extraordinario cerca del Rey de España, con la comision de proponer terminos de paz y de regresar con las instrucciones de aquel Monarca. No menos cautivado Felipe con el merito y demas prendas de Rubens, le confirió el titulo de caballero y lo hizo secretario de su consejo privado. Volvió Rubens á Bruselas y desde alli, pasó á Inglaterra en 1630, con una comision de S. M. C. para negociar la paz entre las dos coronas, en cuya negociacion fué tan

feliz, que muy pronto se concluyó el tratado. Carlos I, que entonces ocupaba el trono de Inglaterra, no pudo recibir á Rubens como una persona de caracter publico, á causa de su profesion, mas sin embargo lo trató con las mayores distinciones. Despues que hubo pintado el interior del palacio de Whitehall, no solo le gratificó con una crecida cantidad de dinero, sino que lo creó al mismo tiempo Caballero, y el Duque de Buckingham, su amigo y patron, le compró en la misma época una coleccion de pinturas, estatuas, medallas y antiguos, por la suma de 10,000 libras.

Regresó Rubens á España y fué colmado de honores y premios por sus servicios; mas aunque nombrado Gentilhombre de camara y secretario en el consejo de estado de los Países-Bajos, no por esto abandono su profesion. De España pasó á Antuerpia donde se casó segunda vez con *Helena Forment*, la cual, siendo de una belleza singular, le sirvió como de modelo en sus figuras de muger. Rubens murió el año de 1640, á los 63 de su edad, dejando un caudal inmenso á sus hijos, de los cuales, el mayor llamado Alberto, le sucedio en el empleo de secretario de estado en Flandes.

Como Rubens, estaba adornado de todas las cualidades que hacen á un hombre estimable en la sociedad, siempre fué cortejado y tratado como persona de consecuencia. Su figura era noble y llena de expresion; sus maneras y trato interesan-

tes y amables. Su saber universal y apesar de que su estudio favorito le ocupaba la mayor parte del tiempo, dedicaba no obstante, muchas horas á la literatura, recreandose especialmente en las obras de poesia. Hablaba varias lenguas con perfeccion y fué un excelente politico.

Su casa de Antuerpia estaba adornada con las producciones mas exquisitas y de mayor valor de toda clase de artes. Tenia una espaciosa pieza, por el estilo de la rotunda de Roma, hermoseada con las pinturas mas escogidas que habia comprado en Italia, parte de las cuales, vendió despues al Duque de Buckingham.

La brillantez de su genio, le hacia sobresalir en cada una de las partes y de los conocimientos que se requerian en el todo sus obras. Era tal su inventiva y tanta la fertilidad de su imaginacion que si tenia que pintar un asunto varias veces, siempre le sugeria aquella, algo de nuevo y sorprendente. Las actitudes de sus figuras eran naturales y variadas; regularmente se distinguen por su porte gracioso y su expresion noble y animada. Todos convienen en que él es, quien mas ha sobresalido en el arte del colorido, llevandolo á la mas alta perfeccion. De tal suerte poseia los verdaderos principios del claro-oscuro, y concertaba sus luces con una harmonia tan sobresaliente, que todas sus figuras parecian animadas. Su pincel era delicado, sus golpes, atrevidos y á un mismo tiem-

po sueltos y suaves; su encarnacion igualaba al brillo natural; sus ropages, eran simples, pero grandes, anchos y acabados con naturalidad y gusto exquisito. La excelencia de Rubens se muestra en sus grandes composiciones, las cuales, hechas para ser vistas á cierta distancia, están tocadas con el tino, y la fuerza, que constituyen la verdadera belleza del arte.

Sin embargo algunos creen que las pinturas de Rubens, carecen de dibujo y correccion, y que algunas de sus figuras son corpulentas, bajas y sus miembros contorneados con descuido. Aunque durante su residencia se siete años en Italia, estudió todo lo antiguo, por el que otros celebres artistas modelaron su gusto y aunque lo examinó con una atencion escrupulosa, como lo demuestra la disertacion que sobre ésto dio al publico despues, con todo, nunca pudo desentenderse de aquel estilo grave tan peculiar á su escuela, que él habia adquirido insensiblemente en su propio pais. La asombrosa rapidez con que pintaba le hizo cometer algunos defectos, de los cuales, sin embargo, estan exentas sus obras maestras.

Entre estas, debe mencionarse la Crucifixion de Jesus entre los dos ladrones que durante algun tiempo estuvo expuesta al publico en Antuerpia; pero de todas sus obras, donde mas gusto, mas genio y habilidad mostró, fué en las pinturas del Luxemburgo.

Algorotti observa que fué menos expresivo, ó mas moderado en sus movimientos y actitudes que el Tintoretto y mas suave en el claro obscuro que Caravaggio, aunque no tan rico en sus composiciones, ni tan ligero en sus toques como Paolo Veroneso; en cuanto á sus encarnaciones fué menos verdadero que el Ticiano y menos delicado que Vandyck. No obstante, Rubens, ideó el dar á sus colores la transparencia y harmonia mas perfectas á pesar de la extraordinaria obscuridad de éllos, y poseyó una fuerza y una grandeza de estilo desconocidas hasta su epoca y que nadie ha podido superar despues.

TRADUCCION DE HORACIO.

Fusco el de vida justa
Y exenta de mancilla
No es menester los dardos
De la nacion morisca.

No del tirante nervio
Ni del carcax de Cypria
Preñado horror de harpones
Que basiliscos vivran.

Bien vaya por las sirtes
De la abrasada Libia
O por el inhumano
Cáucaso de la Scitia.

O en fin, por los lugares
Que riegan cristalinas
Del fugitivo Hidaspes
Las fabulosas Ninfas.

Pues mientras á mi amada
Lalage encarecida
Canto en la verde selva
De la region Sabina.

Ya sin tener cuidados
Salgo de mi alqueria
Y al lobo hago sin armas
Que escape y no me envista.

Monstruo cual no alimenta
Ni la frondosa encina
De la guerrera Daunia
Curso del claro Aufida.

Ni de Jubá le engendran
Los arenosos climas
Tierra madre de Leones
Que en su aridez se crían.

Ponme en el campo helado
Del tramontano Cimbra
Donde ninguna planta
Goza del aura estiva.

Plaga boreal del mundo
Que molestar se mira
De los polares cierzos
Nieblos y nieves frias.

O bajo el delio carro
De la solar Qüadriga
En la abrasada Zona
De habitacion esquivá

Siempre he de amarte bella
Lalage peregrina
Dulce benigna que hables
Dulce que alegre rias.

Á CANDIDA.

CANCION.

CANDIDA, mis recelos
Me obligan á decir
Alguna vez, al menos,
Acuerdate de mí.

Mi bien, mi vida, mi alma,
Mi claro sol de Abril,
Tan solo y desolado
Me siento yo sin tí,
Que en lagrimas bañado
No acierto aun á decir,
Alguna vez, al menos,
Acuerdate de mí.

Lloro mi bien ausente
Que ha un lustro que no ví
Y ahora ya cambiada,
En sueños, la creí:
Cambiada y olvidada
De que dirá sin fin,
Alguna vez al menos
Acuerdate de mí.

Un tiempo, de mi pecho
La fé le descubrí
Y en dulces esperanzas
Yo, pagado me ví;
Ella acaso confia
En otro mas feliz
Que, enagenado la hace,
Se olvide ya de mí.

Zelos y amor me tienen
Por tanto frenesí
Que para los pesares
¡Ay! creo que nací:
Con migo acabaran
Si llego á consentir,
Que de otro enamorada
Se olvida ya de mí.

Mi dulce bien ausente,
Amor me hará morir,
Entre recelos tristes
Y entre congojas mil.
Si tierna y apiadada
No me quieres decir,
Que alguna, vez al menos,
Te acordaras de mí.

AL AMOR.

AMOR, ¿de que maestro,
En cual oculta escuela
Se aprende esa tu larga
Arte de amar incierta?
Quien del entendimiento
Declara las ideas,
Cuando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela?
No lo explicó el Liceo,
No la famosa Atenas,
Y en Elicon docta
Ni Febo lo demuestra,
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan
Corto razona y frío
Con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego,
Que á tu primor competa,
Ni á sus misterios altos
Sus pensamientos llegan.
Tú, Amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia.

Y tu solo á ti mismo
Te explicas é interpretas.
Tu enseñas al mas rudo,
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes fieles
Desatas tú la lengua
En delicado estilo
Con elegancia extrema.
Y á mucho mas se extiende
Amor, tu sutileza:
¡Raro saber y extraña,
Manera de elocuencia!
Que á veces con palabras,
Confusas é imperfectas,
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra,
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruega.

Amor lea quien quisiere
Socráticas sentencias,
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia.

A LA MUERTE.

SONETO.

Ya formidable y espantoso suena
Dentro del corazon el postrer dia
Y la ultima hora negra y fria
Se acerca de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena
La muerte en trage de dolor envia
Señas de su desden de cortesía
Mas tiene de caricia que de pena.

Que pretende el temor desacordado
De la que á rescatar piadosa viene
Espiritu en miserias añudado ?

Llegue rogada pues mi bien previene,
Halleme agradecido, no asustado ;
Mi vida acabe, y mi vivir ordene.

LA PARTIDA.

¡ Ay! ¡ ay que parte! ¡ que la pierdo! abierta
Del coche triste la funesta puerta
La llama á su prision. Concha adorada
Concha, Concha mia ¡ que de mi olvidada
Entras donde esos barbaros crueles
Lejos te llevan de mi lado amante?
¡ Ay! que el zagal el látigo estallante
Chasquea y los ruidosos cascabeles
Y las esquilas suenan, y al estruendo
Los rapidos caballos van corriendo.
¡ Y corren, corren, y de mi se alejan?
¡ La alejan mas y mas sin que mi llanto
Mueva á piedad su barbara dureza?
Parad, parad, ó suspender un tanto
Vuestra marcha; que Concha su cabeza
Una vez y otra asoma entristecida
Y me clava los ojos; ¡ que no séa
La vez postrera que su rostro vea!
Y correis, y correis? dejad al menos
Que otra vez nuestros ojos se despidan,
Otra vez sola, y trasponeos luego.

¡ Corazones de marmol! ¡ á mi ruego
Todos ensordeceis? En vano, en vano
Cual relampago el coche se adelanta;
En pos, en pos mi infatigable planta
Cual relámpago irá, que amor la guia.
Concha, te seguiré de noche y dia,
Sin que hondos rios ni fragosos montes
Me puedan aterrar; tú vas delante.

Asoma, Concha; que tu vista amante
Cayga otra vez sobre mis tristes ojos.

¡ Tardas, ingrata, y en aquella loma,
Te me vas á ocultar? asoma, asoma
Que se acaba el mirar. Solo una rueda
A lo lejos descubro: todavia
La diviso: allí vá; detened que es mia
Es mi Concha; detened que os veda
Robarmela el amor: él á mi pecho
Para siempre la unió con lazo estrecho.....

¡ Ay! entre tanto que infeliz me quejo
Ellos ya para siempre se apartaron;
Mis ojos para siempre la han perdido;
Y solo en mis dolores me dejaron
El funesto carril por donde han ido.
¡ Por que no es dado á mi cansada planta
Alcanzar su carrera? ¡ Por que el cielo
Solo á las aves el dichoso vuelo
Benigno concedió? Jamas doliente
Llora el gilguero de su amor la ausencia;
Y yo entretanto de mi Concha ausente

En soledad desesperada lloro
Y lloraré sin fin. Si yo la adoro,
Si élla sensible mis cariños paga
¿ Por que nos separáis ? En donde quiera
Es mia, lo será; su pecho amante,
Yo le conozco, me amará constante
Seré su solo amor...; Triste! ¿ que digo?
Que se aparta de mí, y á un enemigo
Se va acercando á quien amó algun dia.
Huye, Concha, no creas, desconfia
De mi rival, y de los hombres todos.
Todos son falsos, perfidos, traidores,
Que dan pesares, recibiendo amores.
¡ Almas de corrupcion, jamas quisieron
Con la ingenua verdad, con la ternura,
Con la pureza y la fogosa llama
Con que mi pecho enamorado te ama.
Te ama, te ama sin fin: y tú entre tanto
¿ Que haras de mí? ¿ te acordaras? ¿ en llanto
Regarás mi memoria y tu camino?
¿ Probaras mi dolor, mi desconsuelo,
Mi horrible soledad? Astro del cielo
O sol, hermoso para mi algun dia,
Tu la ves, y me ves: ¿ donde esta ahora?
¿ Que hace? ¿ Vuelve á mirar? ¿ se affige? ¿ llora?
¿ O rie con la imagen lisongera
De mi odioso rival que allá la espera?
¿ Y esta es la paga de mi amor sincero?
¿ Y para esto, infeliz desesperado

Sufro por élla, y entre angustias, muero?
¡ Ah! ninguna muger ha merecido
Un suspiro amoroso, ni un cuidado.
Tan prontas al querer como al olvido,
Faciles, caprichosas, inconstantes,
Su amor es vanidad. A cien amantes
Quieren atar á su cadena á un tiempo,
Y rien de sus triunfos, y se aclaman,
Y á nadie amáron por que á todos aman.
Y mi Concha tambien?...no, nó lo creo.
Yo ví en sus ojos, que me hablaba ansioso
Su veraz corazon; todo era mio:
Yo su labio escuché, y su labio hermoso
Mio le declaró: cuantos oyéron
Sus palabras, sus ayes, sus gemidos
Es tuyo, y todo tuyo me dijeron:
Es mio, yo lo sé; que en tiernos lazos
Mil y mil veces la estreché en mis brazos
Y al suyo uni mi corazon ardiente,
Y juntos palpitaron blandamente,
Jurando amarse hasta la tumba fria
¡ O memoria cruel! ¡ Adonde han ido
Tantos, tantos placeres? Concha mia,
¡ Donde estás? ¡ donde estás? ¡ Qué ya mi oido
No escuchará tu voz harmoniosa,
Mucho mas dulce que la miel hiblea?
¡ Qué sin cesar mi vista lagrimosa
Te buscará sin encontrarte? Al Prado
Que tantas veces á tu tierno lado

Me vió, soberbio en mi feliz ventura,
Iré, por tí preguntaré, y el *Prado*
No está aquí, me dirá; y en la amargura
De mi acerbo dolor, cuantos lugares
Allí tocó su delicada planta
Todos los regaré con largo llanto,
En cada cual hallando mil pesares
Con mil recuerdos. Bajaré perdido
A las *Delicias* y con triste acento,
Concha, Concha mía, clamaré, y el viento
Mi voz se llevará, y allí tendido
Sobre la dura solitaria arena,
Pondrase el sol, y seguirá mi pena.
A tu morada iré; con planta incierta
Toda la correré desesperado,
Y toda, toda la hallaré desierta.
Furioso bajaré y á mis amigos,
De mi ardiente pasión fieles testigos,
Preguntaré en silencio por mi amante;
Y ellos la compasión en el semblante,
Nada responderán, ¡Desventurado!
¿A quien me volveré? Si solo un día
Durase mi dolor, yo me diría
Feliz y muy feliz; pero mis ojos
Un sol, y otro verán, y cien tras ellos,
Y á Concha no verán. Sus labios bellos
No se abrirán, y entre cordial ternura
Te amo repetiran mil y mil veces;
Ni con la suya estrecharé mi mano,

Ni gozare mirando la hermosura
De su expresivo rostro soberano.
¡Ay que nunca á mis ojos tan hermosa
Brilló cual hoy cuando de mi partia!
Jamás, jamás la olvidaré: una diosa
La diosa del amor me parecia.
Si, mi diosa serás, Concha adorada,
La única diosa á quien mi pecho amante
Cultos tributará. Ya en adelante
En todo el orbe para mí no existe
Mas belleza que tú, ni mas deseo:
Adorarte será mi tierno empleo
¡O Guadiana, Guadiana hermoso!
¡O rio entre los rios venturoso!
¡O mil veces feliz! Tu Manzanares
Su tesoro robaste: Placenteras
Mirarán á mi Concha tus riveras
Contemplando cual pasan tus olitas,
Y unas en otras sin cesar se pierden.
Pensativa al mirarlo en mi la mente,
Ocultará en tu rápida corriente
Con mil lagrimas tristes, mil amores.
¡O si despues hacia Madrid corrieras!
A las tuyas mis lagrimas unieras.
Ay! dila, dila, si en Madrid la vieres,
Que eternamente vivirá en mi pecho
Su inextinguible amor; que acongojado
La lloro sin cesar; que lo he jurado
Cuando la sien de abril, ciñan las flores

Iré á exhalar entre sus dulces brazos
Todo mi corazon, y mil amores
En cambio á recibir; que ella constante
Pague mi fé, por que en el mundo entero
No encontrará un amor mas verdadero.

EL ASNO DEL LIBRERO.

FABULA.

Con diferentes bestias hizo noche,
En una venta, un burro de librero,
Que una carga de libros conducía,
No me acuerdo á que feria de este reyno.

Despues que buenamente despacharon
Los animales, el sabroso pñenso,
En su idioma bestial se entretenían
Sobre varias materias discuriendo.

Cada bestia decia su dictamen
Segun su inteligencia y su talento,
Conformandose todas facilmente,
Sin replicas, sin contras, ni argumentos.

Solo entre todas éllas nuestro burro,
Con orgullo insufrible é inmodesto,
Le burlaba de todas bravamente
Su ignorancia bestial escarneciendo.

Por ultimo, cansado ya de oírlos,
Con suma gravedad y magisterio
Lanzó un rebuzno fuerte y sostenido,
Medio oportuno de intimar silencio:

Ignorantes (les dijo) ¿ por que causa
Osais hablar en donde yo me encuentro?
No temeis mi censura formidable?
Ignorais de mi estudio los progresos?

Los dientes me han nacido entre los libros
Cuanto se ha escrito, repasado téngo,
Y tan facil entiendo á los Latinos
Como á Griegos, Egipcios y Caldéos.

Segun eso, replican, tu has leido
Todos esos autores?—*Ni por pienso,*
Pero su ciencia á modo de contagio,
Desde los lomos, me pasó al cerebro.

Esta satisfaccion desatinada
Fué muy completa para aquel congreso,
Y en honor de su autor hicieron todos
Salva burral de zumbas y cencerros.

Muchos zoquetes revolviendo libros
Que nunca entendien, celebrados véo,
Más por quien?—Por parientes de los otros
Que hicieron salva al burro del Librero.

HENRIQUE IV.

Lo que mas llama la atencion hacia este gran Monarca, son sus virtudes militares. Tres batallas campales, treinta y cinco reencuentros, ciento cuarenta acciones de guerra y trescientos sitios, son testimonios nada equivococ y que muestran bien su inteligencia, actividad, prudencia y valor.

Aunque criado, digámoslo asi, en las campamentos, desde la edad de diez y siete años, no por eso eran menos suaves sus costumbres; la bondad de su alma era extremada; no fué un Rey, sino un padre de sus subditos, y hubiera deseado poder hacerlos felices á todos á un mismo tiempo. *No viviré contento*, exclamaba á menudo, *hasta que estos desgraciados labradores, sugetos á todos los trabajos del campo, puedan por efecto de mis paternales cuidados, vivir con mas comodidad y poner un ave en su puchero, los dias de fiesta.* Afable, cortes y confiado, se le veia disfrazarse muy á menudo é introducirse con el pueblo para averiguar el motivo de sus quejas y poner remedio á sus males. Cuidaba mucho de la pronta administracion de justicia, evitando las pesadas formalidades de las causas, con las cuales solo se consigue arruinar á las par-

tes, y dejando á cargo de los jueces el condenar á los culpados, reservaba para sí la prerogativa de absolverlos. *Nunca firmaré la muerte de ninguno, decía con frecuencia, antes bien, la gracia y el perdon. Mis manos, en tiempo de paz, estaran siempre limpias de sangre humana, aunque, jamas volveré de los combates sin que mi espada venga tenida con la de mis enemigos.*

Su clemencia fué tan grande, que perdonó á los conspiradores mas encarnizados de la liga, y aun á aquellos mismos que, olvidando los beneficios recibidos, habian atentado contra su vida. Muy á menudo se le oía decir: *La liga es una plaga que Dios ha enviado á la Francia en castigo de sus culpas, y es preciso olvidar todo lo que los conjurados han hecho y recibir sus golpes como si fuesen dados por un hombre, fuérá de sí, ó por un loco que se pasea desnudo.* En otra ocasion dijo: *Mi objeto es dorar frecuentemente á aquellos que mas me contrarían, á fin de ocultar al pueblo, con el dorado de mi bondad, el plomo que cubre su malicia.*

Instruido por la desgracia, conocia y sabia apreciar la amistad. Persuadidos sus amigos de la bondad de su corazon y de la rectitud de su juicio, jamas temieron exponerle la verdad pura, sobre cualquier asunto que se tratase. Sin embargo, la pasion del amor, mas fuerte á veces, que los consejos de aquellos, le solia arrastrar á pesar suyo. Un dia, habiendo hecho leer á Sulli la promesa de

matrimonio que habia dado á Mademoiselle de Balzac, la respuesta del Ministro fué hacerla mil pedazos, diciendole ; *ésta es mi opinion sobre la materia*. Henrique se contentó con decirle, *sin duda estás loco: Si Señor*, respondió vivamente Sulli, *soy un loco, un tonto, pero quisiera serlo tan rematadamente, que ninguno en el Reyno pudiese igualarme*. Esta replica en vez de agriar al monarca, solo sirvió para aumentar el cariño hacia su ministro, y poco despues hizo otra promesa de casamiento á su dama.

Se le ha tachado de demasiado economo, pero es por que ignoraban que las rentas y dones que distribuía anualmente ascendian á mas de tres millones, de los cuales una gran parte se daban á literatos del mayor merito y mas merecida reputacion. Nunca hacia gastos extraordinarios, por que se acordaba del tiempo en que habia sido Rey sin reyno, y en que le fué preciso hacer la guerra, sin poséer ningunos recursos. Conocia muy bien la necesidad que el estado tenia de una hacienda bien organizada y él era quien la dirigia; por esto dijo en cierta ocasion, al hermano del Duque de Mantua, mostrandole el arsenal: *Aqui tiene V. pertrechos para armar y equipar completamente cincuenta mil hombres*, y volviendose hacia la Bastilla, *y ahí con que pagarlos por seis meses*.

La mayor parte de sus rentas las empleaba en la construccion de buques, que al paso que cubri-

an la necesidad del estado, hermoscaban tambien los puertos de su reyno. Cuando los embajadores de España y del Archiduque Alberto vinieron á Paris con motivo del tratado de paz hecho en Ver-vis, se admiraron de hallar aquella ciudad tan distinta de lo que habia sido durante el sitio, y no pudieron menos de hablar al Rey sobre un cambio tan favorable. *No es extraño*, respondió: *Cuando el amo no está en casa, todo es desorden; su presencia sirve, por decirlo así, de ornamento y entonces todo marcha bien.*

Henrique III. habia hecho comenzar la obra del Puente nuevo de Paris, pero falleció cuando todavía no se habian levantado mas que dos arcos. Su sucesor lo hizo acabar y marcharon sobre él, por la primera vez, el año de 1604. En la misma epoca el Marques de Rosni* hacia construir por orden de su amo el terraplen que va de la plaza de Greve al Arsenal. La obra de las Galerias del Louvre, comenzada en tiempo de Carlos IX, se continuó durante el reinado de Henrique IV. quien ademas, hizo hermostear á Saint Germain, Fontainebleau y algunas otras habitaciones reales. A él es á quien se le debe la útil confluencia del Sena con el Loire y otra porcion de obras que prueban su magnificencia, su gusto, y el amor que tenía á sus subditos. Si la mano cruel de Ravallac no hubiese exterminado sacrilegamente una vida tan pre-

* Sulli.

ciosa, sin duda habria unido por medio de un canal, el Mediterraneo y el Océano, segun el plan que le fué presentado y que despues perfeccionó y egecutó Riguet, en el reynado de Luis XIV.

En este corto elogio que acabamos de hacer, extractado de las memorias de Palma Cayet, hemos cuidado de reunir las maximas y ocurrencias mas notables de Henrique IV. y en lo que nos queda que exponer acerca de este Principe, trazaremos otras, no menos interesantes, que daran á conocer la elevacion de sus sentimientos y la vivacidad de su espiritu.

Los pretendidos ó falsos reformados, habiendole pedido algunas ciudades, en seguridad: *Yo soy*, les dijo, *la unica seguridad de mis vasallos*; pero replicandole, que su antecesor Henrique III. lo habia hecho asi; *Par diez*, respondió vivamente, *si lo hizo, fué por que os temia y no os amaba, pero yo os amo y no os temo*.

Algunos cortesanos le representaron y pidieron se hiciese elegir Rey de Roma. *Demasiados reynos y paises tengo que gobernar, para encargarme ademas, del peso de un imperio: nó; jamas pretenderé nada; antes bien aconsejaré á mi hijo que se contente con el Reyno de que Dios se ha dignado nombrarle heredero*. Añadieron aquellos, que los principes, alemanes, siendo protestantes, elegirian uno de su misma religion. *Sabed*, les dijo, *que yo soy el primer hijo de la Iglesia, y que ninguno obtendra jamas el titulo*

de emperador de la christianidad mientras yo viva, á menos que sea miembro de la Iglesia catolica. Los deseos immoderados son indignos de un principe justo y solo corresponden á los tiranos. Siempre he tenido por punto de conciencia el contentarme con lo mio, como asimismo el no sufrir que nadie me lo usurpe.

En 1608, Felipe III. Rey de España envió á Don Pedro de Toledo, en calidad de Embajador cerca de Henrique IV. Este ministro era de una gravedad extraordinaria, y aunque dotado de gran talento é instruccion general, no podia tolerarsele su vanidad y presuncion. Mostrandole el Rey, cierto dia, las bellezas artisticas y la suntuosidad del Castillo de Fontainebleau, le preguntó, que pensaba de aquel edificio: la respuesta del ministro fué: *Que solo Dios era el unico que estaba mal alojado en Francia.* Picado Henrique de aquella especie de reprehension: *Es verdad*, le dijo; *pero nosotros los Franceses, alojamos al Ser supremo en nuestros corazones, nó entre cuatro paredes, como lo haceis vosotros los Espanoles; y aun cuando lo estuviese en los vuestros, dudo mucho que hallase en su alojamiento, mas que piedras;* en seguida, añadió sonriéndose: *Don Pedro, no notais que la obra está por concluir? Mi intencion no es dejar esta capilla en el estado en que la veis.*

Luego que Henrique IV., su esposa y toda la corte salieron de Fontainebleau para Paris, con objeto de pasar en la ciudad el resto del verano, el

ministro español fué á visitar al Rey, el cual despues de haberlo recibido con bondad, le dijo. *Mucho temo Señor Don Pedro que no se os pueda recibir aqui, del modo que mereceis. Señor, le respondió el ministro; he sido tan bien recibido, que estoy pesaroso de ver algunas desavenencias; las cuales podrán tal vez obligarme á venir con un egercito, y entonces, es bien seguro que no seré tan estimado. Par diez, exclamó el Rey; venid cuando vuestro amo gustáre que no dejareis de ser bien venido, por lo que respecta á vos; y en cuanto al hecho de que hablais sabed que aunque vuestro, amo en persona, venga á la cabeza de todas sus fuerzas, no solo impediré que llegué á la frontera, pero tambien, el que la vea.*

Habiendo ido un dia Don Pedro de Toledo á ver el Louvre, la conversacion recayó sobre edificios, y dijo al Rey, que su amo tenia en España materiales mucho mas ricos con que poder hermostear sus palacios y obras publicas: Henrique IV., haciendolo aproximar entonçes á una de las ventanas y mostrandole la ciudad: *No lo niego, le contestó; pero dígame V, está rodeado el Escorial de arrabales tan hermosos?*

Supo el Rey, que Don Pedro, se habia hallado presente, quando algunos cortesanos de Felipe III. informaron á este principe, que Henrique se veia atacado de la gota con frecuencia, y que aquellos, por alhagar á su Rey, habian dicho algunas chanzas sobre la referida enfermedad. Náda dijo Henrique

IV., pero mandó avisar al Embajador que á las seis de la mañana siguiente, pasase á verse con él. En efecto, Don Pedro se presentó al Monarca á la hora señalada y éste tomandolo de la mano, lo condujo á una de las galerias, donde despues de haberse paseado con él, muy de prisa y de un extremo al otro, por espacio de cinco horas, hablandole sin cesar sobre negocios de estado, le advirtió, que podia retirarse. A la hora de comer le dijeron que el ministro habia tenido que acostarse, rendido por la fatiga de un paseo tan violento y continuado. *Lo que yo deseo*, dijo el Rey, *es, que avise á su gabinete del estado de salud en que me hallo, y que si padezco de la gota y los Espanoles desean la guerra, podré montar á caballo, antes que ellos pongan el pie en el estribo.*

Los diputados de Provenza, se habian reunido en Leon con objeto de recibir al Rey cuando hiciese su entrada en aquella ciudad; mas habiendose intimidado á la vista del Monarca, el que debia arengarle, y conociendo Henrique su turbacion, le dijo: *Ya os comprendo; lo que quereis decirme, es que la Provenza es mia y no del Duque de Saboya;* en efecto, ésto era todo lo que tenia que exponerle.

Uno de sus sastres, que no sabia leer ni escribir, se atrevió á formar un libro en que hablaba sobre reglamentos de las manufacturas del reyno y lo presentó al Rey, quien despues de haber leído la

primer pagina, se volvió á su camarero y le dijo: *Id á avisar á mi Canciller que venga á tomarme medida de un vestido, por que, para reglamentos, aqui está mi sastre.*

Un rector de la Universidad de Paris, empezó á hacerle una harenga, en cierta ocasion, mas viendo Henrique que el orador se extendia mucho mas de lo que le habian prescripto, le preguntó cual era su profesion. *Senor, contestó aquel; egérzo la facultad de medicina. Muy enferma debe estar mi Universidad,* dijo el Rey, *pues la veo en manos de facultativos.*

Pero, entre los rasgos de bondad de Henrique IV., el siguiente parece mas digno de referirse.

El viernes 26 de Enero de 1607, asistieron el Rey, su esposa y demas personages de la Corte á la representacion de una pieza nueva en el teatro de Bourgogne. El argumento, se reducía á una disputa entre un marido y su muger: esta, reprendía á aquel su mala conducta y abandono, quejandose de que, lo poco que ganaba, no era suficiente para pagar el tributo y alcabalas. El marido se defendia, diciendo que de nada servia estar trabajando todo el día, si al cabo del año, todo el producto se lo llevaban el Rey y la justicia, y no solo se desanimaba por esta razon, sino que en adelante se proponia pasarlo mejor, por que al fin él era el primero que debia gozar de su trabajo. En esta contienda estaban, cuando he ahi que llegan, un

ministro de justicia y dos alguaciles, á cobrar las alcabalas á aquellos infelices y les advierten que si no pagan los egecutarán al momento. La muger se aflige, el marido grita, los alguaciles apuran, hasta que al fin pregunta aquel á estos, quienes son, y le responden, ministros de justicia. No puede ser, replica el marido, la justicia obra de otra manera; y en su mal dialecto, les expone las vicios y defectos de su administracion, modales groseros, &c. Pues aqui están los documentos que lo prueban y ademas, el mandamiento de egecutoria contra tí, dice el ministro, y en seguida, manda á la muger en nombre del Rey, que se levante y deje registrar el arca sobre que está sentada; obedece la infeliz, abren aquella y salen tres diablos, que cargan con el ministro y los alguaciles, dando fin con esto á aquella farsa que hizo reir mucho á los expectadores, aunque no á los que la representaron pues inmediatamente fueron llevados á la carcel por orden de algunos individuos de justicia que se creyeron agraviados; mas habiendo llegado esto á noticia del Rey mandó que los pusiesen en libertad al momento, diciendo que los jueces eran unos *ton-tos*, por que á decir verdad, él era el mas agraviado y sin embargo los perdonaba, por lo mucho que le habian hecho reir.

Todo el mundo decia despues que no se habia visto en Paris, hacía mucho tiempo, una pieza mas graciosa, de invencion mas sutil y comica, ni mejor representada.

EL NAUFRAGIO.

Sobre fragiles leños, que con alas
De lienzo debil de la mar son carros,
Un mercader surcó sus claras olas:
Llegó á la India y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas españolas:
Tremolo banderolas
Flamulas, estandartes, gallartes,
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto.
¡ Mas ay! que estaba ignoto
A la experiencia y ciencia del piloto
En la barra un penasco,
Donde tocando de la nave el casco,
Fue al fondo, hecho mil piezas,
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡ Pobre bagel, figura,
Del que anegó mi prospera ventura!

EL PASTOR DESDEÑADO.

CANCION.

PASA el tiempo ligero,
Una á otra las horas van siguiendo
Y sucede la noche al claro día:
Solo la pena mia
En que vivo muriendo
Es la que con semblante ayrado y fiero,
En vez de concluirse y aliviarse
Solo sabe aumentarse,
Y con rigor insano
Oprimirme con yugo el mas tirano.
Juzgaba yo, algun día,
Que podía la suerte fatigarse
En oprimir á mi cansado pecho;
Pero ya con despecho
Veo precipitarse
Mi esperanza, mi bien y mi alegría:
No cede, nó; la perfida fortuna
Moléstame importuna
Y solo está contenta,
Cuando descarga en mí su ira sangrienta.

¡Cuantas veces al cielo
Pedi con justos ayes y quejidos
Consuelo en mi tirana desventura!
¡Cuantas con amargura
Mis ojos condolidos
Volvi á la que motiva mis desvelos
Por ver si se ablandaba su crudeza!
Pero al fin, es belleza
Y debe ser tirana
Y mas fiera y cruel que tigre Hircana.
Suspira el pecho mio,
Suspira congojoso y dolorido
Sustos y tiernos ayes exhalando;
Y en premio estoy mirando,
Que en vez de ser oído
Crece la sinrazon, crece el desvio
Y no se oye la voz de mi lamento.
Aumentase el tormento
Y solo por clemencia
Se me concede el fin de mi existencia.
Partido doloroso
Para quien vive ageno de cuidado
Mas para mi muy dulce y deleitable.
De gozo inexplicable
Mi pecho se ha inundado
Al saber que llegó el dia dichoso
Que acabarán mis penas con mi muerte.
¡O venturosa suerte!
Y ¡oh triste desconsuelo
Que solo en el morir halla consuelo!

Ingrata prenda mia
Para mi mal mas dura que el diamante,
Y mas que roca que en el mar se eleva;
Bien has hecho la prueba,
A costa de tu amante
De á dó llega tu injusta tirania:
Lograste lo que tanto deseabas;
Mas creo que no acabas
Tu furor todavia:
Con mis cenizas, aun serás impía.

Morir al punto debo
Que asi lo quieres tú y el hado mío,
Aunque sin causa alguna ni motivo
Sufrí el rigor mas vivo
De un injusto desvío:
Pero un consuelo en tanto mal me llevo
Un consuelo tan solo me ha quedado;
Que el caso, publicado.
Te llamará á tí el mundo
Egemplo de injusticia sin segundo.

Amada cancion mia
No sigas mas tu canto lastimero
Que bien sabe la impia,
De proceder tan rigido y severo
La sin razon con que al presente muero.



Painted by R. Farrier

Engd. on Steel by E. Kearsy

No responde V.R.

LAS BODAS.

REGRESANDO á Paris el año de 1823, de mi viage por Italia, pasé por Leon y á ruegos de mi antigua amiga la Condesa viuda de C*** me detuve una semana, con objeto de asistir á unas bodas que debian celebrarse en su casa de campo, distante de aquella ciudad, unas doce millas. La joven esposa, habia sido la camarera favorita y distinguida de la Condesa, por espacio de seis años. Esta Señora, respetable por su honor y probidad y que unia á su talento natural muy claro, una instruccion escogida, tenia un hijo, titulado Marques de R*** joven, galan y dotado de todas las cualidades que constituyen un caballero perfecto.

Despues que la Condesa se hubo informado de algunas particularidades de mi viage me refirió la historia de la esposa que iba á dar á su hijo; digo dar, porque aunque el Marques era hombre de honor y de sentimientos elevados, nunca habria contraido un enlace semejante á no haber mediado la grandeza de alma, ó por mejor decir, la ternura de su madre.

“Ya ha visto V. á la bella María, me dijo la Condesa. Esta joven, pertenece á una familia distinguida, pero pobre, á causa de ciertas desgracias, y habiendo quedado huérfana desde su niñez, la llevaron á vivir con unos parientes de su madre, muy bien acomodados. Yo habia conocido en Paris á algunos individuos de su familia, hace años; supe que sus padres habian fallecido y quise encargarme de su educacion, pero ignorando su paradero, no pude satisfacer mis deseos, hasta hace seis años, que por una feliz casualidad descubri su residencia y la traje á vivir conmigo.

“El Conde mi esposo era muy aficionado á la caza, diversion que por lo regular le ocupaba, durante nuestra permanencia en el campo. Un dia que salió á élla, acompañado de un solo criado, tuvo la inadvertencia de alejarse mucho y se internó en un bosque, á seis leguas de aqui, del cual, sin duda no habria acertado á salir, sino hubiese hallado un leñador que muy pronto lo puso en una vereda inmediata al camino real, desde la cual se veian algunas casas á lo lejos. El sol iba á ponerse, mi esposo estaba rendido de cansancio, y juzgando que ya era imposible volver á dormir á casa, despachó á su criado á una de las mas inmediatas, para que informando de lo que le habia sucedido, suplicase que le permitieran pasar allí la noche, advirtiendole, que nada dijese acerca de su clase y circunstancias. Partió aquel y el Conde entretanto, fué á sentarse junto á

un pedazo de muralla derribada que servia de cerco á una antigua capilla. No se habian pasado muchos minutos, cuando vió atravesar por la vereda que tenia enfrente, á una jovencita muy linda y aseada, la cual llevaba en cada mano un cantarito con agua y se dirigia á su casa. Gozoso el Conde con tan feliz hallazgo, la llamó al instante suplicandole le permitiese beber; acercose la niña y despues que mi esposo satisfizo su ardiente sed, le hizo algunas preguntas á que contestó ella con mucha agudeza y buen humor, diciendo que vivia en aquella casa grande (señalandole la misma hacia donde el criado se habia dirigido) que pertenecia á un tio suyo. Y sus padres de V. preguntó el Conde.—Ya no viven.—Cuanto tiempo hace que los perdió V.?—Seis años.—Vivian tambien en aquella casa?—No Señor, en Leon.—Tiene V. hermanitos?—Uno tenia y murió hace dos años.—Yo he enviado á mi criado á preguntar si querran darme posada esta noche, por que ya es tarde y mi casa está lejos.—¡O, si señor; no lo dude V., mi tio tendrá mucho gusto en que V. vaya á su casa.—Está V. cierta de lo que dice?—Si Señor, por que muchas veces suelen pasar por aquí algunos caballeros y mi tio los convida siempre á descansar. El candor y alegria inocente que aquella criatura mostraba en su lindo semblante, cautivaron tanto al Conde que desde luego se propuso traermela al dia siguiente, muy persuadido de la satisfaccion que me resultaria de un hallazgo se-

mejante. Para lograr su intento, le dijo: Yo soy casado y no tengo mas que un hijo, que á la sazón está ausente: ¿querria V. venir mañana á ver á mi esposa? yo sé muy bien, que ella tendria mucho gusto en conocer á V. La muchacha no contestó mas que con una sonrisa de aprobacion y el Conde añadió: tambien tengo casa de campo, jardin, flores y otras cosas que agradarán á V. mucho: la Condesa es muy amable y estoy seguro que celebrara infinito su visita. ¿Que dice V. á esto?.... *No responde V?*.... Señor, dijo la niña; yo iria con mucho gusto á visitar a la Señora Condesa y recibir sus favores, pero como estoy bajo la tutela de mis tíos, será preciso que V. les hable.—Bien, dijo mi esposo, yo les hablaré y no dudo de que me concederán lo que les pida. En esto, llegó el criado y dijo al Conde, que los amos de aquella casa, tendrian mucho gusto en proporcionarle cuanto desease: entonces se levantó y tomando de la mano á la bella Maria, se encaminaron hacia la casa de campo, que solo estaba á ciento cincuenta pasos de la capilla. Figurese V. cual sería la sorpresa de mi esposo cuando al llegar á la puerta se halló con que el tio de la niña (que ya salia á recibirlo) era un antiguo administrador del Conde su padre, desde cuyo fallecimiento se habia retirado á vivir allí con toda su familia. No menos sorprendido aquel con una visita que ciertamente no esperaba, se dió prisa á proporcionarle todas cuantas comodidades podia desear

despues de una jornada tan incomoda, satisfaciendo la curiosidad de mi esposo en un todo.

“La tardanza del Conde, me habia tenido en una continua inquietud toda la noche, pero mis dudas se disiparon al amanecer del dia siguiente, con una carta suya, en que despues de referirme lo que le habia sucedido, me suplicaba pasase á unir mis ruegos á los suyos, á fin de traernos á la niña. En efecto despues que almorce, mandé poner el coche, y antes de las diez, ya habia tenido el gusto de abrazarle. No pudieron los parientes de Maria resistir á nuestras suplicas y despues de comer, salimos de alli, con élla, encargandoles que viniesen á vernos á menudo.

“Inmediatamente empecé á cuidar por mi misma de su educacion, inspirandole amor á la virtud, pero no tuve mucho que hacer, por que élla era inclinada naturalmente á lo bueno. Cada dia observaba en esta criatura mejores disposiciones y un cariño y una gratitud que recompensaban sobradamente mis cuidados. Admirabamos su belleza, que solo élla parecia ignorar, y su discrecion que varias veces puse á prueba, acabó de decidirme á depositar en élla toda mi confianza, proponiendome recompensarla despues de mi muerte y colocarla en la clase á que pertenecia.

“Cuatro años hacia que Maria vivia con nosotros cuando la muerte, vino á arrebatarme á un esposo adorado, cuya funesta noticia comuniqué al instante

á mi hijo, que á la sazón se hallaba en Berlin. Pusose en camino inmediatamente y vino á llorar con nosotras, la perdida de un padre amante, de un esposo tierno y de un generoso protector.

“Muy luego percibí, pero sin sorpresa, que el Marques no podia oír hablar de las virtudes y cualidades de Maria sin mostrar enfado, y que ademas, la miraba como á una persona que no merecia su atencion. Combatía sin cesar los sentimientos de todos los que le hacian justicia, aunque sin separarse jamas del respeto que me debia. Yo, sin penetrar el origen de esta conducta, me contenté con creer que solo era efecto de los celos inspirados por los bondades que yo la prodigaba y me confirmé mas en ello, al ver que los elogios que yo hacia de mi querida Maria, alarmaban y resentian la ternura del Marques; de modo, que al paso que esto me producía mucho sentimiento, tambien era mayor mi seguridad y esperaba que con el tiempo se cambiarían la conducta y el modo de pensar de mi hijo.

“Diez meses permanecí en esta idea, hasta que al cabo de ellos empecé á observar en Maria, cierto abandono y una melancolia, que en vano procuraba disimular. Causome esto mucha inquietud, y sin embargo no me atreví á satisfacer mi curiosidad, juzgando su mudanza, como un efecto de la soledad en que vivia. Poco despues noté, que cuando concluía sus quehaceres, cerca de mí, se encerra-

ba en su cuarto y permanecia allí horas enteras. Mi amistad le declaró la guerra; me determiné á preguntarle cual era el motivo de su tristeza y me satisfizo diciendo, con su acostumbrada dulzura, que solo se retiraba con el fin de poder leér mas á gusto. El Marques, por otra parte, sufría mucha alteracion en su salud hacia algun tiempo; su constitucion naturalmente robusta se debilitaba visiblemente; ya no amaba la caza, ni montaba sus famosos caballos; en fin, era otro, en un todo; su aspecto sombrío y silencioso y la obstinada reserva que conmigo observaba, resintieron mucho mi cariño, y tal vez habria sospechado alguna identidad entre sus penas y las de Maria si su conducta (que á vista mia, era la misma que al principio) no me lo hubiese desmentido. Le propuse que hiciese un viage á Paris con el fin de distraerse, pero se disculpó diciendome que le agradaba mas vivir á mi lado en el campo. No obstante, alarmada y poco satisfecha con las respuestas de ambos, me decidí á castigarlos, siguiendo sus pasos y expiando sus mas leves acciones, cosa, bien contraria por cierto á mi caracter, pero que la ternura me inspiraba.

“Una semana se habia pasado asi, cuando el Marques fué atacado repentinamente de una fiebre maligna, á la que siguió un delirio violento. Hice venir al punto de Paris á los mejores facultativos y todos convinieron en que la enfermedad no solo era grave, sino que necesariamente, provenia de

una pasion de animo, ocasionada por algun pesar secreto que era indispensable averiguar, para poner remedio, pues de otro modo peligraba mucho su vida. Toda mi ternura se alarmó entonces y devorada por la agitacion y los dudas, resolví á todo trance aclarar un misterio del cual quizas pendian los dias de mi adorado Marques. En la mañana siguiente á su delirio, observe que Maria estaba sumamente acongojada: la inchazon de sus ojos y la palidez mortal que cubria su hermoso rostro, me dieron á conocer las penas que la devoraban, y no me quedó duda alguna que su dolor lo causaba la enfermedad de mi hijo. Luego que se retiró á su cuarto la seguí en silencio, y habiendo dejado la puerta entreabierta me fué facil observar sus movimientos. Inmediatamente abrió su escribania de la cual sacó algunos papeles, y despues que los hubo leído se puso á escribir. Entonces acabé de cerciorarme que aquella correspondencia no podia ser con otro que con mi hijo, y creyendo muy favorable la ocasion para averiguar, lo que tanto deseaba saber, éntro de repente, se sorprende y cae desmayada: llámo, me ayudan á levantarla, y á poco, veo que abre sus bellos ojos y se arroja á mis pies hecha un mar de lagrimas. Su situacion, verdaderamente dolorosa, aumentaba su natural hermosura y me conmoví: despido á las criadas, cierro la puerta y la obligo á que me declare la causa de sus pesares. Soy criminal, Señora, me dijo,

ahogada en sollozos, y ya que V. se empeña en saber lo que motiva mi martirio.....mas no, prosiguió á poco; permita V. que salga al punto de un lugar en que estoy labrando involuntariamente la desgracia del mas amable de los hombres, la de una madre adorada y respetable y la suya propia. ¿Amas acaso el Marques? le interrumpí vivamente: te ama?...que hay en esto...?...no te detengas, ni temas manifestarme lo que ocurre.— ¡Ah Señora! me contestó anegada en llanto; solo su bondad de V, podria obligarme á declararlo..... sin embargo, temo mucho que V.....Nada temas, Maria....dime la verdad y nó aumentes con tu obstinado silencio mi agitacion y mis dudas. Viendo la extraordinaria seriedad con que le hablaba, se sentó á mi lado, y empezó á referirme la historia de sus amores con el Marques, su origen, sus progresos, combates interiores de su alma y medios de que se habian valido para hablarse, asegurandome de la pureza de sus intenciones y que las virtudes y el honor de mi hijo, igualaban á su clase y nacimiento. La melancolia que le devoraba, añadió, y la reserva que hasta aqui ha mostrado, solo provenian de la imposibilidad de verificar una union á la cual, jamas habria V. accedido por ningun titulo. Sin embargo, viendo que la passion del Marques iba aumentandose á cada instante y temiendo que V. llegase á descubrir nuestro secreto, me decidí á escribirle, hace dos dias, ad-

virtiendole iba á pedir á V. permiso para volver á casa de mis tios, y desde alli, pasar á encerrarme en un Convento. Ya no me queda duda, de que esta carta, ha producido en él la enfermedad que sufre, y sin embargo del peligro en que se halla y de las dudas que me atormentan sobre su estado, habia resuelto salir hoy de casa, sin decir una palabra, por que sabia muy bien que manifestando á V. mi intencion, era preciso declarar un secreto, que yo deseaba ocultar en el fondo de mi alma. Aquí tiene V. las cartas que yo habia escrito á Vmds, comunicandoles mi firme resolucion de profesar, y pidiendo, especialmente á V, me perdonase mi error y un sentimiento que no me ha sido posible evitar: ¡Ah Señora! egerza V. conmigo su piedad, permitiendo que me separe de su compañía y que siga los impulsos de mi corazón.

“Sin embargo de la profunda impresion que sus palabras me habian hecho y de estar dispuesta á reprehenderle su ingratitud y reserva obstinadas, no me atrevi á decirle nada y solo le pregunté algunos otros pormenores que me ocurrían. A todo me satisfizo con el mismo candor, y habiendo disipado absolutamente todas mis sospechas, la hice acostar diciendole que de ningun modo diese un paso sin avisarme, y que si era cierto cuanto acababa de exponerme, quizas podria hallar yo un remedio á su mal. En seguida fuí al cuarto de

mi hijo, á quien hallé en un delirio espantoso. Pasé despues al mio, hice llamar al facultativo de cabecera y derramando tiernas lagrimas le supliqué me dijese con franqueza lo que pensaba de la enfermedad del Marques. Todavía no puedo decir á V. nada, Señora, me contestó; hoy es cuando debe hacer crisis, y espero que antes de seis horas podré dar á V. mi opinion buena é mala: entretanto sosieguese V. y no se atormente con ideas funestas. Quedé en mi cuarto entregada á las reflexiones mas tristes, aunque por otra parte satisfecha con saber el origen de la enfermedad de mi hijo, á quien me propuse salvar á cualquier costa. Cuanto mas pensaba en Maria, mas digna la creia de obtener la mano del Marques: su familia era antigua; sus virtudes, de las cuales era yo testigo ocular, su conducta, sentimientos y educacion, merecian titulos á mi cariño y me resolví á unirlos si tenia la fortuna de que el Marques sanase. Inquieta y temerosa, pasé á su alcoba y me senté junto á la cabecera de su cama á esperar los momentos de su crisis. Por fin, no cansaré á V. mas, prosiguió la Condesa; á las cuarenta y ocho horas estuvo el Marques fuera de todo peligro, pero aguarde aun otros dos dias, durante los cuales no hice mas que prodigarle mi ternura y atenciones. Luego que le ví en estado de responder á las pocas preguntas que pensaba hacerle, le expuse cuanto habia ocurrido, y me confesó que nada podria

curarle la pasion de animo que le devoraba sino unia su suerte á la hermosa Maria. Informose de su situacion y de sus ideas, pero no pareciendome prudente manifestarselas, me contenté con responderle que se hallaba agitada á causa de su enfermedad y que era absolutamente indispensable que procurase él mismo tranquilizarnos, desechando su mortal melancolia, asegurandole (pues la ocasion me pareció oportuna) que tan luego como su salud lo permitiese, tendria la satisfaccion de unirlos y recompensar así su virtud y las penas que habian sufrido. El excesivo júbilo que esto causó al Marques, me hizo temer por su vida; no obstante, logré moderarselo á fuerza de reflexiones y cariños, y cuando lo ví sosegado, fui al cuarto de mi amable enferma, á quien hallé leyendo las cartas de mi hijo. No pude contener mi alegría cuando ví que estaba libre de calentura; declarele al punto mi intencion, la cual, no bien hubo oído, vino á arrojarse á mis pies y mostrarme su gratitud con lagrimas de ternura y regocijo.

“Hoy hace cuarenta y dos dias, que estos amantes se levantaron y que les permití se viesen: no puede V. imaginarse, añadió la Condesa de C***, ni yo misma puedo expresar bien su gozo mutuo, ni las tiernas caricias que me prodigaban; todo anunciaba la satisfaccion interior de sus almas y no cesaban de manifestarmela de mil maneras. Al cabo de dos semanas, se hallaron perfectamente resta-

blecidos uno y otro; salimos para Paris con objeto de visitar á los parientes de Maria, cuya satisfaccion fue indecible, y despues de haber arreglado algunos asuntos, regresamos, para dar fin á esta escena y cumplir con una promesa que asegura su dicha y la mia para toda la vida. Yo celebro mucho que V. haya venido á presenciar esta boda y mostrado tanto placer en oir la relacion que acabo de hacerle."

En efecto, no pude menos de asegurar á la Condesa el verdadero interes que me causaba la felicidad de los dos esposos futuros, aprobando en un todo su resolucion y virtud. Maria, que ya hoy se titula la Marquesa de R***, poco antes de salir para la Iglesia, se echó á los pies de la Condesa y delante de una concurrencia numerosa le expresó con el tierno y elocuente lenguaje de la sensibilidad, el reconocimiento á las infinitas bondades que le merecia. Enternecida aquella Señora con este rasgo que mostraba el cariño y respeto de Maria, declaró en alta voz las virtudes que la adornaban y el jubilo en que rebosaba su alma en proporcionar á su hijo una esposa tan digna de ser adorada. Salimos luego para la Iglesia; celebrose la boda con el esplendor y magnificencia que el rango y calidad del Marques requerian, y durante quince dias, no cesaron las diversiones y festines en aquella mansion del honor y la virtud.

LOS DIAS, Á PANCHA.

RASGO DE AMISTAD.

¡AUN duermes, Pancha, y el rosado oriente
Va à proclamar el venturoso dia
En que vieran la luz tus bellos ojos?
¡Ay! yo sensible, me despierto y salgo
A gozar entre las pensativas ramas
De un desmayado sauce, el primer rayo,
Del astro luminar. ¡O Pancha amiga!
La misteriosa eternidad del tiempo,
Es estrecha prision para mi afecto.
En él no hay límites. Sus alas tiende,
Vuela hacia á tí, recuerda lo pasado,
Y vuela, mas y mas cada vez.
¡No ves, Pancha, no ves en la alta cumbre
Como su rayo matinal asoma
El pacifico sol? ¡Brillante imagen
De virtud, de alegria y de belleza!
¡O salve, salve, celestial monarca!
Pues pródigo ya esparces por la esfera
De tu luz inmortal los ricos dones.
Bien, crie rosas tu vital aliento
O en soplo abrasador las mieses dóres;
O templado ilumines las colinas
Con el verdor del pampanoso Octubre,
Siempre eres bello y tu belleza es tuya.

Mas tan bello cual hoy, ó sol, perdona,
Mis ojos no te vieron, nunca, nunca.
Hermosa mas que tú mil y mil veces
Reluce mi amistad en este dia;
Es la bella amistad quien te hermosea.
Pancha brilla hoy en tí. ¡Ah pueda Pancha
Lucir en rededor de su familia
Cual tú feliz en medio á los planetas!
De rosas y placer siembra su dia;
A su memoria los pasados años
Recuerda grato y su nupcial cariño.
Aun en sueños, ó sol, haz que élla vea
Su esperanza lograda. Sueñe risas:
Viva tan largo tiempo cual desea
Mi fogosa amistad y ¡pueda el cielo
Cortando por piedad mi inutil vida,
La vida dolorosa que yo arrastro,
La suya prolongar prospera y bella!
¡O cual contenta, mi amistad se inflama!
¡Cuantos deseos de cariño hermoso
Hinchen mi corazon que allá en el pecho
Ya no acierta á caber! Yo soy tu amigo
Si; aquel que hoy hace un año
Oculto y perseguido, mas sin crimen,
Iba á tu lado á desechar pesares
Y á olvidar la amargura de su vida.
¿Te acuerdas, Pancha, del furor tremendo
Del torvo despotismo y cual insano
Sus tiros á mi vida dirigia?
Mas en vano, en vano, con feroz acento

Pronunciára prision y muerte infame;
Que tierna tu amistad y poderosa
De escudo me sirviera impenetrable
Y en salvo puro mi angustiada frente.
¡O memoria cruel? ¿Adonde han ido
Tantos gratos momentos, Pancha, adonde?
Quien ¡ay! me diera, volar á tu region
A la region Cubana, donde habitas
Y saludar sus fortunados muros!
Lentas las horas pasan del destierro
Y de la suerte impia que me abruma.
¡Mísero yo! pérdida mi esperanza,
Sin amigos, sin padres, sin amores,
¿A quien me volveré? ¿cual ser piadoso
Enjugará mi llanto de amargura?
De todo cuanto amé lloro extranjero
En este mundo muerto á mis placeres:
Do quier encuentro soledad profunda
Y huyen de mí el reposo y el contento.
¡Pudiese junto á tí, pobre, sin fama,
Venturoso vivir eternamente!
¡Ay! Pancha; acaso este sol mismo
No alumbrará mis dias dentro un año
Y yo no te veré ni ya mi mente
Recordará gustosa tus bondades.
De la pura amistad que te profeso
Recibe en fiel tributo un tierno abrazo,
Y esta parte de mi contigo muera.
Asi te lo suplica, el triste amigo
Que paz á tu alma bella le desea.

LOS DOS INGLESES.

NOVELA.

No ha habido en Francia un reynado mas infeliz que el de Carlos VI. Este principe, á quien la fuerza del sol, ó una vision extraordinaria, trastornaron la cabeza, cerca de Mans, cayó al fin en una demencia, que tuvo consecuencias terribles. Los Duques de Orleans y de Borgoña, hermano el uno y el otro tio del Rey, aspiraban á la regencia del Reyno, que, de justicia, se debia al primero; declaronse una guerra abierta y ésta originó un desorden tan espantoso, que algunos, de viles artesanos, llegaron á hacerse gefes de partido, y aun el mismo verdugo tuvo la insolencia de dar familiarmente la mano, al Duque de Borgoña.

Sin embargo, se concertó al cabo la paz entre estos principes; pero en una entrevista que tuvieron poco despues, el hijo del Duque de Borgoña hizo asesinar al Duque de Orleans. Louvet y Tamegui du Chatel, adheridos al Rey Carlos VII. que

no era entonces mas que Delfin, vengaron la muerte de su tío, dandosela al Duque de Borgoña, sobre el puente de Montereau.

La Francia, destrozada ya por estas facciones domesticas, vió colmadas sus desgracias con la derrota de Azincourt, donde el egercito Frances fué vencido por los Ingleses: estos se posesionaron á poco, de la mayor parte del Reyno, en el cual contaban ya por suyas la Guiena y la Normandia.

Irritada la reyna Isabel de Baviera contra su hijo el Delfin, que protegía al Condestable de Armañac, su mortal enemigo, obligó á Carlos VI. á desheredarlo y escoger á Henrique V. Rey de Inglaterra por su sucesor.

Ha habido siempre entre las Franceses y los Ingleses una emulacion que parece haber fijado una eterna rivalidad entre las dos naciones. Los Ingleses, envanecidos con sus triunfos, aprovechaban ansiosamente las ocasiones que se les presentaban, de humillar á aquellos, y los trataban con una altanería insoportable á la libertad natural de los franceses. Sufrian estos, no obstante, con la mas viva impaciencia á sus incomodos huespedes, acomodandose así á las circunstancias en que la suerte los habia puesto.

Entre los Ingleses que se hallaban entonces en Paris, habia dos que estaban muy prevenidos como todos sus compatriotas, contra esta nacion. Eran amigos intimos, compañeros antiguos de estudio.

de armas é inseparables. Ambos se hacian notar del publico y eran conocidos por hombres de valor beneficos y como las mejores figuras de Inglaterra, pero de una fortuna desproporcionada á su nacimiento. No se sabe á punto fijo cual era su clase ó destino, ni si eran voluntarios ú oficiales, pero esto no es de importancia, para lo que vamos á referir.

El uno se llamaba Wolsey, el otro Park. Wolsey era alto, bien formado, de una elegancia extremada, de maneras garvosas, aire imponente, vivacidad de espiritu y de mas instruccion que la que en aquel tiempo era comun en un joven; su caracter era jovial y sin ninguna sombra de la ferocidad de su pais; en una palabra, se podia reputar, como el hombre mas amable y divertido del mundo. Park, de cuerpo mas pequeño, pero muy proporcionado, tenia los cabellos mas hermosos, y una tez, unos ojos y una dentadura que la joven mas bella podia envidiar. Era mas serio y melancolico que su amigo, pero no le cedia, de ningun modo, ni en las maneras ni en el ingenio: los dos eran el objeto de la admiracion de las damas, aunque la circunstancia de ser ingleses les hacia mantenerse sin pretender favores de francesas, por que no podian vencer la aversion y orgullo nacionales. Solo concurrían á la sociedad muy de paso y aun asi sus conversaciones eran de puro cumplimiento, sin descender jamas á particularidades. Este procedi-

miento, picaba á las hermosuras francesas, y no habia una sola, que no desease vengar el honor del sexo y el de la nacion sobre los insensibles Ingleses. No podemos menos de alabar en estos la indiferencia con que se manejaban. Las damas tuvieron que hacer mucho por esta razon para reducirlos y suavizar su aspereza y orgullo: ponian en juego sus ternuras y afectados melindres, sus insinuaciones estudiadas y mañosas declaraciones, que manifiestan siempre el amor, al paso que se le quiere esconder, pero por desgracia nada consiguieron. Una joven, que prevenida de otros sentimientos, habria podido ver á todos los Ingleses sin sentir la mas leve impresion ni atentar á su libertad, fué la que deshizo con su sola presencia aquel muro de bronce que formaba en ellos el orgullo y odio nacionales.

Un dia que estaban en la Iglesia nuestros dos ingleses, vieron entrar á una dama muy enlutada, que parecia como de edad de treinta años, y se descubria bien por entre la lobrete de su vestido que todavia era de una hermosura singular. Noble presencia, blancura sobresaliente y una robustez agradable, todo concurría á realzar sus encantos: luego se atrajo la atencion de la concurrencia, pero no gozó mucho tiempo de esta satisfaccion, por que una joven que traía consigo, hija suya, sorprendió á todos y llamó á sí los ojos y la admiracion universal. Con decir que esta Señorita era la Placidia

de su tiempo, esta hecho su elogio y no necesitamos detenernos.

Wolsey, la miró con aparente frialdad: Park no se manifestó del mismo modo. Sabes el nombre de esta dama? preguntó á su amigo, despues de haberla mirado con atencion. No, contestó Wolsey, pero que te importa? Nada, repuso Park, solo es una curiosidad, la que me ha obligado á hacerte esta pregunta. Como, ó de donde podria yo saberlo? dijo Wolsey; siempre estamos juntos y ésta es la vez primera que la vemos. A poco, salieron de la iglesia, y Park se volvió á mirarla tres ó cuatro veces, lo que su amigo no dejó de observar.

Hola! hola! Señor Park, parece que la desconocida ha llamado mucho la atencion de V. A Dios franqueza, se acabaron nuestros placeres; te has enamorado y vas á volverte el ente mas ridiculo que dar se puede: por mi parte, te advierto, que si esto es verdad, renuncio á tu amistad desde ahora. ¿Que se diria de tí en Inglaterra, si se llegara á saber que te has dejado vencer de una francesa?—Digan lo que quieran, respondió Park; eso no es lo que me ha de impedir el que me enamore; mas por lo que hace á la persona de que me hablas, te aseguro que no me ha causado la menor impresion.—A fé mia, replico Wolsey, que me alegro infinito de lo que dices: es cierto que no te interesa nada esa beldad? Dame pues un abrazo;

Con que no amas á la desconocida? pues yo te declaro abiertamente que la amo con pasion y hubiera sentido infinito, que el acaso me hubiese presentado un motivo de desavenencia con tigo.—Siempre estas chanceando; este es tu caracter, respondió Park.—Que no vuelva á tener motivo de reir, repuso su amigo, sino te hablo ahora formal y sinceramente.—No te aconsejo yo sin embargo, esta inclinacion por que entonces me debes contar como tu rival, y ya sabes, que siendo el amor mucho mas fuerte que la amistad, suele no respetar los derechos de aquella.—Creeme, seamos amigos y no vengas tan fuera de tiempo á oponerme á una pasion en que tu pecho no tiene aun interes. Por mi honor, te aseguro que amo mas á la desconocida que á mi mismo.—Pero yo la he amado primero, dijo Park, y devo tener la preferencia.—No es posible por que yo la amé desde el momento que la ví, y esto fué antes que tu, ó al menos en el mismo instante; de consiguiente tu amor es, á lo mas, de la misma fecha.—Con que es preciso dejar de ser amigos, ya que comenzamos á ser rivales?...te dejo la eleccion, reflexionalo bien; ó renuncia á la desconocida ó á mi amistad.—Que simple eres, contestó Wolsey, en imaginarte que habiamos de dejar de ser amigos, por que somos rivales: no querido Park, no hay nada en el mundo que pueda alterar nuestra amistad; la muerte, es la unica que puede separarnos; tratemos pues de descubrir quien es

la hechicera persona que ha originado nuestro amor, visitemosla, hablemosle de nuestros sentimientos y cada uno por su parte se esforzará á inspirarle cariño y lugar preferente en su corazón: en seguida nos participaremos nuestros progresos, franca y amistosamente, y entonces, el menos feliz se retirará y aun se volverá á Inglaterra, para evitar hacer sombra al otro. Este es el unico modo de que deben obrar dos verdaderos amigos; te convienes?...responde.—El partido no es muy igual; mas sin embargo, convengo: es verdad que tu tienes mas merito que yo, añadio Park, pero yo tendré mas amor y éste balanceara tu merito.

Asi acabó esta conversacion. No sabemos si estas estipulaciones, eran entonces y lo son todavia, del gusto de esta nacion; no insistiremos; pero lo que no tiene duda es que tal fué el tratado de los dos Ingleses y que lo observaron exactamente. Ambos fueron al punto á ponerlo en egecucion, empezando por hacer una exacta pesquisa del nombre, calidad y domicilio de la bella desconocida.

Madama la Condesa de Montmirel, su madre, en los recientes sentimientos de una cruel viudedad, pasaba los dias en el retiro, sin ver, ni á sus parientes. Su esposo habia muerto en la batalla de Azincourt, y sus tierras situadas en Picardia, fueron presa de los enemigos. Apenas habia podido salvarse, ella misma con algunas joyas y una corta cantidad de dinero, restos miserables de una fortuna inmen-

sa. Su familia se reducía á pocas personas, y era inaccesible; de modo que por mucho que nuestros Ingleses trabajaron el primer día, no les fué posible adquirir noticia alguna.

Una casualidad, no obstante, les hizo saber que la Condesa y su hija debían volver á la Iglesia al día siguiente. En efecto, ya estaban allí las dos, cuando ellos llegaron, pero apenas pudieron penetrar por medio de la multitud que las rodeaba: sin embargo á fuerza de tentativas y esfuerzos continuados, lograron colocarse en un lugar desde donde podían vérlas y ser vistos. La joven Montmirel les pareció todavía mas bella y mas digna de ser amada. Notaron todos, aun los menos curiosos, el empeño sostenido de los Ingleses en mirarla, y las que tenían un interés igual lo observaban con miedo. Que, decían éstas, ambos se han dejado prender de los encantos de esta reciénvenida? Lo que no hemos podido conseguir nosotras en el largo intervalo de seis meses, habrá podido ella en un solo día? El hecho es duro, imperdonable, pero al menos, no se dirá que su conquista no le ha sido disputada; veremos si la simplicidad de esta Inés puede mas que nuestra experiencia y si sus corazones se nos escapan. No oían ellos estos discursos, ni formaban tampoco empeño alguno en oírlos. Sin embargo, la Condesa de Montmirel, desembarazándose algun tanto de sus velos, fijó sus miradas en Wolsey dos ó tres veces, mas éste, ocupado de su hija,

apenas pensaba en aquella. No se le escaparon á Park estas miradas; se alegró de que Madama de Montmirel se hubiese pagado de su amigo, y este descubrimiento le hizo concebir las mayores esperanzas. Wolsey, decia Park para sí, puede llegar acaso, á ser favorecido de la madre que todavia merece ser el objeto de un hombre galan, y me dejará el campo libre cerca de la hija, ó al menos me serviré de esta prevencion para procurarme el acceso á élla. Mientras hacia estas reflexiones y que su extasiado amigo contemplaba á la joven Montmirel, la madre y la hija se levantaron y salieron de la Iglesia, mas pronto de lo que uno y otro esperaban. Al punto despacharon á un criado fiel que tenian para que las siguiese con el fin de averiguar su nombre y residencia. El mensaje fué corto y feliz; supieron que vivian en una calle retirada, cerca de palacio, y alegrandose sobre manera, preguntó Wolsey á su amigo de que medios se valdrian para hablarles. Yo sé, respondió Park, uno excelente, á favor del cual podemos introducirnos y créo ademas que la Condesa está bastante dispuesta á escucharte si quieres cultivar las buenas disposiciones que observo en élla; no tengo la menor duda que te escuchará con gusto; agradar á la madre siempre es una ventaja para obtener las distinciones de la hija.—Con que, en una palabra, lo que pretendes, es que yo ponga buena cara á la madre y me declare su amante? No, eso ya es demasiado;

no te contentas con que yo haya sufrido que te asocies á mi para enamorar á la hija, sino que ademá, quieres darme una exclusiva eterna: nó, esto no será así, yo te lo aseguro y arreglaré el asunto, como conviene.—Que mal juzgas de las cosas! ¿Quien te ha dicho, que te hagas amante de la Condesa, ni que renuncies á su hija? Lo que digo es que tengas algunas complacencias con élla, que veas si puedes ganar su confianza, entrar en su amistad y disponerla á tu favor: yo te digo esto como amigo, y desinteresado; si te incomodas fuera de proposito, peor para ti, y si quieres que nos desavengamos, consiento por mi parte.—; Que vivo eres! repuso Wolsey; para que en adelante no tengas cosa alguna que reprocharme, me propongo seguir tus consejos y desde la primera ocasion que se presente, voy á manifestarme como uno de los adoradores de Madama Montmirel; haré el apasionado y el celoso fingiendo tener un rival, pero te advierto, que si algun dia observas que me inclino demasiado, me lo has de decir, por que no es á la madre, sino á la hija á quien voy; sin esta clausula, es nulo nuestro contrato.

Pasose mucho tiempo sin que pudiesen poner en egecucion su proyecto. Madama de Montmirel, se veia obligada á guardar el retiro de su cuarto á causa de una ligera indisposicion, y su hija la acompañaba todo el dia, de suerte que se pasaron cuatro ó cinco sin verla. La tierna Condesa habia hecho

justicia al merito de Wolsey y percibido cierta inclinacion á él: Su impaciencia por verle y fortificar aquella aceleró su restablecimiento.

Park se impacientaba con la larga desaparicion de Mademoiselle Montmirel: Wolsey estaba desesperado. En vano daban vueltas, desde la mañana hasta la noche por los alrededores de su casa que no tenia ventanas á la calle; la puerta, ademas, estaba siempre cerrada y el objeto de sus cuidados era invisible. Consolabanse uno al otro, pero estos consuelos eran inutilés. Donde está aquella alegría de tu caracter? preguntaba Park á Wolsey: tú que antes hablabas mas que cuatro, que reias de cualquiera cosa....ahora siempre estas mas serio que un ministro de estado, y apenas, hablas seis palabras en todo un dia.—Y crees tu acaso, estar mas alegre que yo? es verdad, que antes de ahora eras serio, pero al presente te has vuelto tan sombrío y melancólico que no es posible tolerarte.—Es, decia Park, por que estoy enamorado; es, contestaba Wolsey, por que yo tambien lo estoy. Ya no pensaban en la caza, ni en los paseos, juego y diversiones; solo su amor los ocupaba. Los primeros momentos de una pasión, son siempre tumultuosos; no hay alegría que baste, cuando el corazon esta desordenado por que el humor se resiente del estado de éste.

Mientras que nuestras dos ingleses, arrastraban una vida tan languida y penosa, entre suspiros, in-

quietudes, delirios é impaciencia, mientras que sentian el mayor disgusto por las cosas que mas les habian gustado, supieron que iba á haber una funcion en casa de una Señora amiga suya y fueron á élla, por' que no hallandose bien en parte alguna, creyeron pasar el tiempo allí, menos mal que en su casa.

Las desgracias publicas, no interrumpen las diversiones particulares; rebajan el fausto, pero no quitan la diversion; se juega menos, hay menos profusion en todo, pero no se deja de jugar y de divertirse.

La funcion comenzó por un concierto, durante el cual, Wolsey se halló junto á una dama que no era indiferente. Entabló con él una conversacion, haciendole muchas preguntas, á las que el distraido ingles respondió laconicamente: Que tiene V? preguntó ésta: hallo á V. otro y muy distinto de lo que solia ser.—Nada, Señora; contestó Wolsey—La musica siempre alegra á las personas y V. parece triste y melancolico; que es esto, teme V. comunicarme sus pesares?—Señora, no en todas ocasiones se puede reir; felices nosotros, si siempre tuviesemos una igualdad de humor.—Pues yo quiero ser del numero de sus amigas de V. é informarme de lo que le acongaia; mi consejo, no es tan deplorable que pueda V. arrepentirse de haberme comunicado cuanto sufre.—Pues bien, ya que V. se empeña en saberlo...sepa V, que estoy

enamorado.—V. enamorado? De quien y en donde?—En Francia, en Paris, y de una joven adorable, de Mademoiselle de Montmirel.—Y esa joven maltrata á V. tanto?—No Señora; lo que me inquieta y entristece, es no tener proporcion para visitar á la Condesa, su madre, que apenas sé donde vive, ni como y cuando podré hacerle presente que la adoro.—Habla V. de veras....? lo pregunto por que me parece muy extraño me haga V. una confianza semejante: V. enamorado..? No; no es posible.—Posible ó nó, interrumpió Wolsey, lo que digo á V. es la verdad.—Pues ya que esto es asi, no tiene V. que afligirse: Madama de Montmirel es una de mis mejores amigas y me ofrezco á hacer cerca de élla todos los servicios que dependen de mí, pero con la precisa condicion, de que todo lo que yo haga por V. me lo retribuirá, con hacerlo por mí, cerca de Park, pues le amo y él aun no lo ha percibido.—Cerca de Park? dijo Wolsey, esto no ha entrado en las convenciones que hemos hecho.—Como en las convenciones? que quiere V. decir con esto? no comprendo lo que V. dice; explíquese V.—Señora, el caso es que Park, tambien está enamorado de Mademoiselle de Montmirel, y que habiendonos propuesto amarla entrambos á un tiempo sin perjuicio de nuestra amistad, bajo la condicion de cederla sin violencia al que sea mas feliz de los dos, no puedo aceptar sus buenos oficios de V. á menos que no rebaje

V. algo: es decir, sino se compromete V. á trabajar por Park lo mismo que por mí.—Se burla V? preguntó la dama con una sonrisa que mostraba bien su indignacion interior. Me escoge V. acaso por materia de diversion?—No se incomode V. Señorá ; aseguro á V. por mi honor que no es tal mi objeto; lo que he dicho es la verdad pura, y no soy capaz de mentir, especialmente á V. á quien respeto infinitamente.

Park, por su parte, sostenia otro ataque. ¿No me dira V. le dijo una dama á quien la casualidad habia sentado junto á él, si su amigo tiene ocupado su corazon con algun objeto? pues no parece natural que en su edad, sea tan indiferente como parece.—No lo es, ciertamente; al contrario, contestó Park, hace alarde de su pasion y de una fidelidad escrupulosa; ama, pero en Inglaterra.—En Inglaterra? yo me alegraria saber algunas particularidades de su amor.—Señora, todo lo que yo sé es que adora á una Inglesa, y que no vive ni respira sino por élla; esta es la causa por que solicita su pronto regreso á Londres. La dama, cuyo corazon aun no estaba decidido por el uno, ni por el otro, viendo que nada le quedaba que hacer con Wolsey, se declaró interiormente por Park, y volviendo á sus preguntas, le dijo: Y V. Caballero, tiene V. tambien amores en su país? No ha visto V. aun en Francia alguna cosa que le haya llamado la atencion? Estas palabras eran harto significativas, pero

Park
con a
dama
fino,
yo, y
que n
mirad
es ne
las de
empo
tincio
finge
veo c
que c
delica
una c
vez,
V.

La
sion
que
palpi
ya se
joven
comp
impr
confi
dijo:
enan

Park, afectando no entenderlas, salió del apuro con aparentar cierta modestia y poco merito. Las damas francesas, dijo, tienen el gusto demasiado fino, para distinguir á un pobre extranjero como yo, y no puedo persuadirme que haya una sola que me honrase con su aprecio y ni aun con una mirada.—Bien veo, replicó al instante la dama, que es necesario hacer tocar á V. las cosas, y aclararlas demasiado para que las crea. Hace mucho tiempo que mis ojos han manifestado á V. la distincion con que le miran y se merece; mas V. finge no haberlo conocido, y de consiguiente me veo obligada á emplear las palabras, aunque bien sé que este procedimiento no está en las reglas de la delicadeza de mi sexo, pero sin embargo creo que una dama puede separarse de ellas por sola una vez, cuando se hace en favor de un sujeto como V.

La dama era hermosa, rica y de talento, la ocasion muy favorable; Park empezaba ya á conocer que no era bien hacer el cruel, su corazon estaba palpitante, las miradas de la dama eran tiernas y ya se veia proxima á triunfar; pero la idea de la joven Montmirel se presentó ante él y todo se descompuso. Menos sincero, ó por mejor decir, menos imprudente que su amigo, no juzgo á proposito confiarle la pasion que tenía á la Condesita y le dijo; Señora, he dicho á V, que mi amigo estaba enamorado en Inglaterra; yo tambien lo estoy y

aun mas comprometido que él, pues soy casado, y aunque mi esposa no es tan amable como V, siento, no obstante, que mi cariño hacia élla se aumenta cada dia mas. No tuvo tiempo la dama para responder por que el concierto se acabo en aquel instante, y todo el mundo se levantó para pasar al salon, donde estaba preparado un gran refresco.

Luego que nuestros dos Ingleses volvieron á su casa, se dieron cuenta de sus aventuras. Ya ves, dijo Wolsey á Park, lo incorruptible que soy; en mí solamente ha consistido el hacer entrar ó nó á aquella dama en mis intereses; solo con decirle que la amarias, hubiera hecho cualquier cosa en mi favor, y tal vez á estas horas ya habria yo hablado á Mademoiselle de Montmirel.—He ahí una de tus rarezas y uno de tus aturdimientos ordinarios, respondió Park. Que arriesgabas en hablarle algo y en darle esperanzas? La hubiera yo amado mas ó menos, por eso? Por que se lo rehusaste tan bruscamente?—Por mostrarte, hasta donde llega mi delicadeza contigo.—Bravo; pero así, no llegaremos á ver ni hablar jamas á nuestra Condesita; me desesperas con tus delicadezas y refinamientos.—Puede darse cosa igual! Con que todo lo que yo hago es mal hecho y solo es bueno lo que tu haces! No es verdad?—Cierto que sí y muy verdad; estoy tentado por ir á casa de esa Señora y decirle que eres un extravagante y aun soy capaz de declararle mi amor si con esto

hemos de lograr sus buenos servicios para con Mademoiselle de Montmirel.—No hagas tal, interrumpió Wolsey con viveza; si yo me le declaro y me escucha, tendré que seguir con mi conquista; nó; dejemonos de ardides, pues tal vez...—Tienes razon, dijo Park, mejor es tomar otro camino.

Por ultimo, la Condesa y su interesante hija fueron al dia siguiente á la Iglesia y nuestros dos amantes tuvieron el gusto de verlas. Madama de Montmirel se desquitó bien del largo tiempo que habia pasado sin ver á Wolsey: no separó sus ojos de él un solo instante, pero este respondia á sus miradas con poco interes. Qualesquiera otra muger menos preocupada en favor de Wolsey, se habria considerado altamente ofendida, mas élla al contrario, recibia con satisfaccion aun algunas miradas indiferentes que él le lanzaba al traves.

La Condesita, mas brillante que el sol en los dias mas hermosos del estío, no le daba mucho lugar para pensar en su madre. Al punto dirigieron á ella su vista Park y su amigo; pero, que dolor no penetraria sus almas, cuando observaron cerca de élla á un joven caballero muy elegante, que le hablaba con aire de franqueza y amistad, y con quien élla reia, mirandole ademas con ternura, sin acordarse de que tales Ingleses existian! Wolsey mas exaltado que su amigo, estuvo tentado

de ir á él á preguntarle con que derecho hablaba á aquella Señorita, mas el respeto debido al sitio en que se hallaba, le contuvo. No es posible imaginarse lo que sufrió durante el tiempo que duró la misa; todo el odio que concentraba en su alma hacia los franceses empezó á operar y lo dirigia contra su rival; en fin juró matarlo, ó hacerle renunciar á la joven Montmirel; pero no pudo cumplir con este juramento, como se verá en adelante. Park, agitado tambien por los zelos mas furiosos, estaba fuera de sí y apenas podia contener su ira. Volvieron á su casa sin hablarse una sola palabra, contentandose unicamente con pasearse mirandose y haciendo contorsiones de freneticos. Wolsey fué el primero que rompio el silencio.

Amigo Park; yo no creo que somos tan desgraciados verdaderamente, pues hasta ahora aun no hemos hecho caso alguno de muchas jovenes hermosas que se tendrian por muy felices en que las amasemos; y por que? Por una ingrata, por una remilgada que apenas ha llegado á la edad de la razon y que ya tiene un amante preferido, un amante á quien distingue á nuestra vista? Este proceder es terrible y siento movimientos de colera y de desprecio, que tal vez caeran sobre élla. Creeme Park; vengüemonos de la joven Condesa y de su amante; demos la muerte al uno, el desprecio á la otra, y no la volvamos á ver mas. Poco á poco res-

pondió Park; yo estoy tan incomodado como tu, al ver que Mademoiselle de Montmirel se muestra mas sensible á los suspiros de otro que á los nuestros, mas sin embargo, cuales son los motivos de queja que tenemos de élla? Ningunos, pues jamas la hemos hablado, y de consiguiente ignora que la amamos.—Pues que, no basta, replicó Wolsey, haberla visto en la Iglesia diez ó doce veces mirandola sin cesar durante su permanencia alli? esto equivale á hablarse y debe ser bastante á convencerla de nuestro amor; de consiguiente, no apruebo que quieras todavia seguir con el plan propuesto. Pero, dime la verdad Park, que sientes aun por élla?—Mas amor que nunca y estoy resuelto á que me corresponda ó á morir en la empresa.—He ahi lo que se llama amar á lo heroyco, contesto Wolsey: nunca creí que pudieses llegar á un extremo tan maravilloso. Pues preparate á sufrir el que un rival se goce de la preferencia á tu vista, corre á exponerte á sus desprecios y á sus burlas; vé á morir á sus pies, de amor, de languidez y desesperacion; no me opondré á éello, pero si, me guardare bien de imitarte.—No pienses que lo hare así, repuso Park; sufro con tanta impaciencia como tu, el que un rival haya podido introducirse en el corazon de la Condesita, pero antes de tomar resolucion alguna de los violentas que me pintas, quiero antes averiguar y persuadirme si lo que nos

parece rivalidad, lo es efectivamente ó si solo es una vision. Quiero hablarle de mi amor; si no me corresponde le hablaras del tuyo, y si tu exito no es mejor que el mio, entonces, cuenta conmigo, que yo te aseguro que el frances no gozará mucho tiempo de su satisfaccion, por que aun sé servirme de mi espada.—Y yo de mi lanza, dijo Wolsey, y desde ahora me reservo el honor de la victoria.—A élla aspiro yo tambien.—Sin embargo nuestra delicadeza, no permite que ambos nos empleemos contra él.—No es esa mi opinion, y te suplico no te mezcles de modo alguno; la suerte de las armas, es varia é inconstante; tal vez es la fortuna la que las dirige muy frecuentemente, y si el combate debe ser funesto á uno de los dos, no quiero que lo sea para tí: no amado Wolsey, vive para vengarme y para poseer á la hermosa Montmirel, yo te la cedo, aunque, no es cederla, el darla á otro yo.—No, querido Park, exclamó Wolsey lleno de entusiasmo; renuncio á élla si es que tengo de obtenerla á costa de tu vida. En nombre de la amistad que nos une y de la cual me das pruebas tan generosas, te suplico, no te expongas á un peligro, que mi cariño no me permitiría sufrir; la muerte de nuestro rival no podrá variar nuestras miras y condiciones; siempre conservarás sobre Mademoiselle de Montmirel, los mismos derechos que hoy tienes, y en el caso de cederla, solo lo haré, cuan-

do n
contig
cione
le va
tuvo

El
Caba
desitu
mas d
dre,
te y
de C
este,
provi
y la
habia
tales,
gunos
devia
mas
la in
gro,
cian
vió c
sorde
court
retira
la m
hubie
algun

do no tenga otro con quien disputarla mas que contigo. Duraron algun tiempo estas contestaciones; Park dijo mil cosas á su amigo para hacerle variar de resolucion, mas todo fué en vano y tuvo que cederle.

El Conde de Emincourt (este es el nombre del Caballero á quien habian visto hablar con la Condesita) era un joven de veinte y cinco años poco mas ó menos. El Marques de Emincourt, su padre, tenia un empleo de consideracion en la Corte y el hijo acababa de obtener el nombramiento de Coronel de un regimiento de infanteria. Era este, un joven muy amable, rico, valiente y de providad; sus unicos defectos, eran la temeridad y la franqueza. Su padre y el Conde Montmirel habian sido, durante mucho tiempo, enemigos mortales, pero al fin, habian logrado reconciliarlos algunos amigos de entrambos, y la joven Montmirel devia sellar esta reconciliacion, dando su mano lo mas pronto posible, al joven Conde de Emincourt: la inesperada y funesta muerte de su futuro suegro, suspendió las disposiciones que ya se hacian al afecto. Luego que falleció el Conde, se vió que sus rentas y negocios se hallaban en desorden, mas sin embargo, el Marques de Emincourt, que habia estipulado el matrimonio, no quiso retirar su palabra, y las bodas debian celebrarse con la mayor pompa, despues que la viuda y su hija hubiesen dado á la memoria de su esposo y padre, algunos meses de dolor y de ternura.

Miraba ya la Condesita al Conde de Emincourt, como á su esposo, y por esta razon, la distinguia particularmente. Verdad es que no tenia mucho que vencerse, pues en este punto, estaba su corazon muy de acuerdo con sus obligaciones. Nuestros dos Ingleses, que ignoraban casi todas estas circunstancias, las cuales, acaso no les habrian embarazado para seguir con su intento, iban adelante con el.

Madama de Montmirel empezaba á relajar su luto poco á poco y ya hacia y recibia visitas. Un dia que fué á ver á una amiga suya, tuvo la fortuna de hallar alli á nuestros dos Ingleses. La vista de Wolsey le causó, al punto, un enagenamiento extraordinario, que se le percibia bien en su rostro; jamas se habia presentado tan bella, ni tampoco habia deseado parecerlo mas que entonces, aunque inutilmente, por que Wolsey apenas se dignó mirarla y respondió á sus cumplimientos con frialdad chocante. Park, al contrario, se manejó de otro modo y aproximandose á élla pudo hablarle á su satisfaccion, pero lo hizo tan embarazadamente y con una cortedad tan grande, que la Condesa no pudo menos de creerlo deslumbrado con sus encantos y aun habria querido poderse esconder, como el sol, detras de alguna nube para debilitar su brillantez. Hizo cuanto pudo para inspirarle seguridad y animo, pero perdió su tiempo y su trabajo.

Entretanto Wolsey adelantaba mejor en su negocio, cerca de la Condesita; habia hallado ocasion favorable para hablar con élla y considerando que el tiempo era precioso, trató de aprovecharlo, empezando por decirle muy respetuosamente, que hacia mas de dos meses que la adoraba. No pudo menos de sorprenderse Mademoiselle de Montmirel, pero nuestro Ingles, continuó su declaracion asegurandole era cierto cuanto decia y suplicandole le dijese francamente, si su corazon estaba ya ocupado, pues tenia motivos para sospechar que merecia demasiado su atencion, un Caballero con quien la habia visto hacía ocho ó diez dias. V. puede estar segura, añadió Wolsey, que por mucho que él ame á V, no puede amarla como yo, y si V. quiere ponerlo á prueba, espero no llegará el caso de que se arrepienta; en fin, su contestacion de V. adversa ó favorable, en nada alterará mi amor, y feliz ó desgraciado, sabre adorar á V. toda la vida. La hermosa Montmirel, que ya sabia muy bien que Wolsey era joven alegre y muy divertido, tomó á Park por él y creyendo que chaceaba le contestó del mismo modo. Wolsey, viendola reir, pronosticó buen suceso. Park! exclamo á poco; como vamos? En que estado están nuestros negocios? hablas por tí ó por mí? Estas preguntas improvisadas desconcertaron de tal modo á Madama de Montmirel, que no supo que decir ni que hacer: la llegada del Conde de Emincourt, le dió lugar

ó reponerse. Desde que la amable Condesita vio á su amante; acerquese V, le dijo; no se puede negar que tiene V. mucho ingenio, pero no habla V. el idioma del amor con tanta gracia como este caballero que está á mi lado; habria dado cualquier cosa por que V. hubiese podido oir todo cuanto me ha dicho de tierno y apasionado; cuantos zelos habria V. tenido! y volviendose á Wolsey (á quien este exordio no agradó nada) le dijo; Caballero, creo que V. se servirá repetirlo; me causará gran satisfaccion y lo mismo á toda la concurrencia. Wolsey, aunque rechinando por esta chanza pesada, se contuvo por no parecer ridiculo y viendo que todo el mundo reía empezó á reir y se levantó como los demas. Park pasó á la sala del juego. Wolsey y el Conde de Emincourt fueron de los pocos que quedaron en la misma pieza, y á poco, nuestro Ingles lo llamó á parte y le dijo. Caballero, sé que V. ama á Mademoiselle de Montmirel; su amor de V, no es de mi gusto....Siento mucho, interrumpio vivamente el Conde, la incomodidad de V, pero no puedo menos de seguir amandola.—¡O! bien, pero es preciso que V. desista.—Que desista? y que derecho tiene V. para exigirlo?—El que me da el amor que la tengo, replicó Wolsey; yo la amo y me creo mas digno de élla que V; de consiguiente, resuélvase V. á cedermela de grado, ó por la fuerza.—Por la fuerza? no, no lo creo.—Pues nos veremos.—Cuando V. guste, dijo el Conde; sin embargo suplico á V. se sirva acla-

rarme
ñorita
amigo
sequia
que es
da qu
Confie
prende
soy an
ber m
orilla
y allí
bien,
mome
chen a

Parl
rato, v
su cas
Amigo
na de
remos
al cab
esta y
llevarl
cuanto
ultimo
con su
al cab
acosta

rarme una duda; el caballero que hablaba á la Señorita de Montmirel cuando yo entré, no es su amigo de V?—Si.—Y no es él, quien pretende obsequiar á la Condesita?—Cierto; y por lo mismo que es mi amigo y su amante como yo, no me agrada que V. continúe rivalizando con nosotros.—Confieso, dijo el Conde, admirado, que no comprendo este asunto.—¡Oh! repuso Wolsey, yo no soy amigo de tantas explicaciones; si V. desea saber mas, puede concurrir mañana á las seis, á la orilla del rio, detras de la parte baja de la ciudad, y allí me hallara V. á caballo y con lanza.—Esta bien, dijo Emincourt, sera V. satisfecho; por el momento, separemonos para evitar que sospechen algo los que nos observan.

Park continuó jugando y al cabo de un largo rato, viendo que Wolsey se habia ido se retiró á su casa, donde lo hallo preparando sus armas.—Amigo Park, dijo Wolsey lleno de alegría, mañana debo batirme con Emincourt y asi nos desharemos de un rival formidable; digo rival, por que al cabo él es el correspondido; en fin, el lance esta ya empeñado y no hay recurso, es preciso llevarlo adelante.—¡Cuanto envidio tu suerte! cuanto me alegraria de hallarme en tu lugar! Por ultimo, se sentaron á cenar y Wolsey continuó con su buen humor, sin acordarse más del asunto; al cabo de hora y media se separaron para irse á acostar. Nuestro valiente Ingles durmió tranquila-

mente y no tuvo esos sueños profeticos, en los que segun dicen, tienen parte la naturaleza ó el genio que vela sobre nuestros dias, haciendonos presentir las desgracias que nos amenazan. Al amanecer, vino Park á su cuarto y le abrazó estrechamente, diciendole; Parté amigo mio; vé a mostrar tu amor y tu bizaria, y ya que no me es permitido acompañarte, aquí esperaré tu regreso, para felicitarte de tu victoria.

Paris no era entonces lo que hoy; es decir, que en aquella epoca, se labraba aun, la tierra sobre que estan ahora contruidos los mejores edificios. Precisamente el mismo sitio donde hoy estan las Tullerias fué el campo de batalla que el Conde y Wolsey eligieron. Llegaron casi al mismo tiempo; el combate fué largo, dudoso y muy disputado de una y otra parte. El valor, la emulacion, el arte, los zelos y la animosidad se sucedieron à su turno, y al fin la espada reemplazo á la lanza. Aunque en aquel tiempo, parecia que los Ingleses, tenian derecho de batir y arrollar á los Franceses, el Conde reparó el honor de la nacion é hizo tan grandes esfuerzos contra Wolsey que le derribo á sus pies. Inmediatamente soltó su espada, voló á socorrerlemas, ya era tarde; Wolsey habia espirado al caer.

Su muerte no hizo gran ruido; todos los dias se veian duelos aun mas sangrientos, y era muy frecuente que de diez que se batian, cinco á cinco, quedasen seis ú ocho sobre el campo.

Park, el afligido Park, desesperado por la pérdida de su amigo, quiso darse la muerte y acompañarle al sepulcro. Lloró amargamente sobre el cadaver del valiente Wolsey; lanzó mil suspiros, quejas é imprecaciones; veinte veces, estuvo á punto de atravesarse con su espada, pero pensando que si él moria nadie vengaria la muerte de su amigo, reservó sus dias con este objeto, dando en seguida disposiciones para que llevasen á su casa el cadaver, á quien hizo dar sepultura con la mayor magnificencia segun su amistad y fortuna lo permitian. Dos dias despues de los funerales, escribió al Conde de Emincourt la carta siguiente.

Ha dado V. la muerte á Wolsey y supongo que lo ha hecho con honor y bizzarria. Sin embargo, todavia no puede V. lisongearse de su victoria, pues que aun estoy yo vivo. Reconozca V. en mi un enemigo tanto mas grande y terrible, cuanto se halla dispuesto á vengar la muerte de su mejor amigo. Aguardaré á V. en el mismo sitio á fin de que el teatro de la muerte de Wolsey, lo sea tambien de la de V.

El Conde de Emincourt, á quien la muerte de Wolsey no habia costado mas que una muy leve herida, ya casi cerrada, creyó sacar tambien el mismo partido con Park. Dirigióse pues al sitio señalado con aquella arrogancia que siempre causa una victoria reciente y con la osadia que inspira la esperanza de adquirir otra; mas se engañó, y puede decirse que la fortuna solo le habia lisongeadó, para

entregarlo y perderlo. Enfurecido nuestro bizarro Ingles viendo correr su sangre de una herida, aunque ligera, recibida en el muslo derecho, cae impetuosamente á fondo sobre su enemigo, lo estrecha, turba, no le da tiempo á reponerse, lo atraviesa de parte á parte y cae muerto el Conde.

Madama de Montmirel, recibió la noticia de su muerte al mismo tiempo que le comunicaban la de Wolsey, sintiendo á par del alma la una y la otra. Su hija inconsolable y casi desesperada, maldijo á Park, le juró un odio implacable y desechó todas las satisfacciones que este le dio por medio de una amiga suya. Atreviose Park sin embargo, á presentarse ante ella en la casa de esta misma amiga. Mademoiselle de Montmirel le hizo reconvenciones sangrientas y crueles que habrían sido insostenibles aun en la boca de una persona indiferente y que aterran y confunden al que las oye de la persona amada. Abatido Park y anegados sus ojos en lagrimas, osaba apenas mirarla guardando el silencio mas profundo. Las lagrimas de un hombre amable y valiente, siempre son interesantes y seductoras; de modo que por muy irritada que estuviese Mademoiselle de Montmirel, temia enternecerse ella misma y salió precipitadamente, dejando á Park en un estado digno de compasion y abandonado á mil funestos designios que contra sí mismo formaba. Su amiga le dispó á fuerza de reflexiones las negras ideas agolpadas en su imaginacion,

y ex
da,
prom
Mad
men
advi
E
su C
toma
con
cour
veng
do in
Park
y esc
el ins
suces
nombr
teza
do de
Mont
eleva
zas q
hacia
suget
una e
tion.
Henri
lenta

y exigió la palabra, de que no atentaria contra su vida, reservandose para gozar de un día mas feliz; prometiole ademas sus buenos oficios cerca de Mademoiselle de Montmirel, á la cual esperaba ver menos irritada y mas tratable dentro de poco, y le advirtio que se pusiese en salvo.

El desgraciado Park, fue á ver inmediatamente á su General, le contó todo lo ocurrido y suplicó le tomase bajo su proteccion, en lo cual se condujo con gran prudencia, por que el Marques de Emscourt le hacia ya buscar por todas partes á fin de vengar la muerte de su hijo, que sin embargo quedo impune. El General ingles apreciaba mucho á Park como hombre de honor y de bellas cualidades y escribió á Henrique V. Rey de Inglaterra, á quien el insensato Carlos VI. acababa de declarar por su sucesor. Henrique quiso conocer á Park y le nombro Capitan de guardias. No obstante la tristeza de éste, era cada día mas espantosa; el recuerdo de su amigo, los rigores de Mademoiselle de Montmirel, que le trataba tan mal despues de su elevacion como antes de ella, y las pocas esperanzas que tenia de llegar á reducirla ú olvidarla, le hacian mirar con odio su vida. Los Ingleses están sugetos á una negra melancolia que dejenera en una enfermedad incurable que ellos llaman *consumption*. Park, parecia insensible á las bondades de Henrique y se atrevió á manifestarle la pasion violenta que le devoraba el corazon. Henrique des-

pues de haberse informado de quien era la joven á quien tanto amaba, escribió á Madama de Montmirel, su madre, la cual viendose sin rentas y sin apoyo, redujo á su hija, la suplicó diese su mano á Park y que aceptase el honor que el Rey de Inglaterra queria hacerle. Mademoiselle de Montmirel, conmovida por la constancia de un amante tan tierno y fiel, consintio gustosa y se celebró el matrimonio con la mayor magnificencia. Esta feliz circunstancia, hizo recuperar á Park su belleza y natural buen humor. Amado de su esposa, al principio por deber y despues por inclinacion y cariño, gozó á su lado de la mayor felicidad, dejaron una posteridad numerosa, y Henrique VIII. se desposó despues con una de las herederas de aquella casa.

FIN.

Pa
6
10
43
47
69
85
101
121
135
181
197
207
255
267
286

CORRECCIONES.

<i>Pag.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
6	12,	que os	que los
10	6,	años servidumbre	años de servidumbre
43	1,	cumplirlos	cumplir los
47	22,	gefes	jueces
69	3,	A visto	A vista
85	9,	que la alhaja	que es la alhaja
101	7,	hubiere	hubiese
121	7,	y el	y él
135	10,	dijos	dias
181	20,	Cuantos	¡Cuantos
197	20,	alborotados	alborotadas
207	4,	ahela	anhela
255	15,	Le	Se
267	14,	penasco	peñasco
286	4,	puro	puso

Declaración

que los	12	6
en el de escritura	10	10
cuando los	12	12
haces	12	12
que es la alhaja	12	12
haces	12	12
y el	12	12
das	12	12
Clasificación	12	12
alborotados	12	12
ancho	12	12
so	12	12
pequeño	12	12
pues	12	12